HORIA SIMA

¿Qué es el comunismo?

Quinta edición

Fuerza Nueva Editorial

J. JOAQUIN DE OLAZABAL
Muelle de Churruca, 2
Tels. 463 64 72 - 433 23 52
LAS ARENAS - VIZCAYA

HORIA SIMA

J. JOAQUIN DE OLAZABAL
Muelle de Churruca, 2
Tels. 463 84 12 - 433 23 52
LAS ARENAS - VIZCAYA

¿qué es el comunismo?

Quinta edición

Depósito legal: M. 39.496 - 1977

ISBN: 84-7378-004-3

SUCS. DE RIVADENEYRA, S. A.—PASEO ONÉSIMO REDONDO, 26.—MADRID-8

NOTA INTRODUCTIVA

Este libro tiene su origen en dos conferencias pronunciadas en el Círculo de Estudios de la revista «Fuerza Nueva», el 16 de enero y el 22 de abril de 1970, bajo el título «¿Qué es el comunismo?» y «El comunismo en acción y los medios de defensa».

La última conferencia ha sido ampliada con nuevas perspectivas para orientación en la problemática del fenómeno comunista. En el cuadro de una conferencia no se puede abusar del tiempo y de la atención del auditorio.

Al extenderse la última conferencia se ha integrado en partes distintas, de tal modo que, finalmente, el trabajo se presenta de la siguiente forma:

I. ¿Qué es el comunismo?

II. Cristianismo y comunismo.

III. Comunismo en acción y los medios de defensa.

Todos los temas tratados forman un todo inseparable, representando los datos de una experiencia de más de 40 años en la lucha contra el comunismo. El fin de este libro no es aquel de limitarse al campo de la teoría, sino servir como guía práctica en la acción de descubrir y combatir al enemigo en la jungla de la conspiración comunista.

13 de septiembre de 1970.

EL AUTOR.

I. ¿QUE ES EL COMUNISMO?

El tema de mi conferencia parecería carente de interés e incluso inactual. ¿Cómo tratar una cuestión tan elemental, cuando millares de autores en tantos millares de libros y decenas de millares de artículos, utilizando inmensas fuentes de información, han explicado este fenómeno? Tanto se ha tratado este problema que actualmente es de suponer que ni la más alejada persona de la vida política puede desconocer el comunismo en sus rasgos característicos.

No obstante, nos atrevemos a afirmar lo contrario: a pesar de que esta organización suma más de cien años de existencia, a pesar de que ha triunfado en Rusia Soviética desde hace más de medio siglo y en la actualidad domina casi la mitad de la superficie del globo terráqueo, a pesar de que acerca de esta ideología se han escrito bibliotecas enteras y continúa escribiéndose en un ritmo alucinante, como si no existiera otra cosa más digna de conocer en el mundo que el marxismo-leninismo; sin embargo, el mundo vive con una errónea imagen sobre el comunismo. Lo que se figura que es comunismo, no lo es, mientras lo que es auténtico comunismo continúa como un misterio para la inmensa mayoría de la gente.

Para convencernos de esta realidad disponemos de un argumento decisivo:

— ¿Cómo se explica que, a pesar del concienzudo trabajo de tantos expertos en materia de comunismo, no se ha descubierto hasta ahora remedio alguno contra esta mortal plaga

de nuestra civilización? ¿Cómo se explica que, a pesar de la existencia de tan excelentes informes sobre el comunismo, no obstante, los hombres políticos que rigieron el destino de la Humanidad en este lapsus de tiempo, no lograron poner en marcha un sistema eficaz de defensa contra este peligro? La amenaza aumenta de día en día. Pueblos tras pueblos caen en la esclavitud del comunismo. Desde la fundación del comunismo, y hasta la fecha, la historia del mismo constituye una ininterrumpida serie de éxitos. ¿Es una fatalidad que empuja a la Humanidad hacia las ruedas de la monstruosa tiranía comunista, hacia aquel famoso deslizamiento, hacia la izquierda de la Historia? ¿Se han agotado en tal medida las fuentes de inteligencia del Occidente, en tanto que acepta con resignación, como un inevitable vencimiento, el gobierno mundial de la dictadura comunista?

— La explicación no me parece que pueda satisfacer a un espíritu crítico. Es absurdo suponer que estos pueblos de brillante cultura, los que hasta ayer dominaban todo el orbe y que aún en la actualidad demuestran, por su gigantesco esfuerzo en el campo de la civilización técnica, vibrante de energía, han renunciado a sus responsabilidades históricas. Es inconcebible que su instinto de conservación haya degenerado en tal medida como hasta llegar a cavar su propia tumba, en la cual serán enterrados mañana por los ateo-marxistas.

— La progresiva capitulación del mundo occidental, infinitamente superior en medios técnicos industriales, económicos e intelectuales al mundo comunista, constituye un fenómeno anormal. Ocurre algo en el mundo que no tiene otra explicación que la de que la Humanidad vive en una total ignorancia de los resortes que mueven el engranaje del imperialismo comunista.

Tengo que completar ahora mi afirmación. Solamente el mundo libre, el mundo todavía libre, es el que se halla en situación desventajosa de luchar contra un enemigo al que no conoce. Los pueblos que han caído en la esclavitud del

comunismo conocen su verdadero ser mediante su propia y trágica experiencia. Más su conocimiento no le sirve de nada, es tardío. No pueden valorarlo políticamente. El sistema comunista de gobierno, basado en el terror ilimitado, no les ofrece oportunidad alguna para poder reconquistar el derecho a la vida. Aquellos pueblos están condenados a vivir dentro de un círculo de hierro. Todo intento de cambiar su cruel suerte, toda rebeldía tropieza con la feroz represalia del régimen. Sobre el frontispicio de cada Estado comunista, grande o pequeño, está escrita la sentencia descubierta por Dante a la entrada del infierno: «Lasciate ogni speranza, voi che entrate.»

Estos pueblos no han perdido la esperanza de derribar la tiranía. Pero ellos saben que nunca podrán liberarse por sus propias fuerzas. El régimen comunista no les permite movimiento alguno que pueda poner en peligro su existencia. Por eso ellos dirigen sus tristes miradas hacia el Occidente, hacia la poderosa Cristiandad del Occidente, de donde esperan su salvación, y en la base de esta esperanza se halla un juicio lógico. «No puede ser —piensan estos pueblos— que el Occidente no haya aprendido algo de nuestra experiencia con el comunismo y no tome sus medidas de defensa. No es posible que los dirigentes de los pueblos civilizados del mundo repitan los errores de nuestros dirigentes, que nos ha costado la libertad, independencia y millones de muertos. Si no lo es por solidaridad con nuestros sufrimientos, por lo menos su sagrado egoísmo les obligará a aplastar la fiera antes de que ésta no se fortalezca demasiado, evitando así que no sea imposible su derrota. Nuestra tragedia le servirá de lección para reaccionar con toda energía contra el mal que se ha apoderado de nosotros.»

Nuestros pueblos están condenados a una esclavitud perpetua y, aún más grave que esto, a una extinción paulatina si no se produce el milagro de una intervención de parte del Occidente.

Y ahora pasamos al tema propiamente dicho. ¿Por qué es

tan difícil conocer la naturaleza del comunismo? ¿Por qué, a pesar de disponerse de una documentación inmensa, el comunismo envuelve un problema tenebroso, en cuyos escondrijos e incógnitas, la inteligencia arriesga perderse como en un laberinto? La explicación es simple: el comunismo no es lo que se ve de él, lo que se percibe de su realidad histórica y política. Su imagen visible no es más que una parte de él y no la parte esencial. El comunismo puede ser comparado a un iceberg, del cual no se ve más que su parte superior en la superficie, mientras que la parte sumergida, y la más peligrosa para la navegación, queda oculta por las olas.

Para comprender la pérfida construcción del comunismo podemos referirnos también a la distinción que hacen los filósofos entre noúmenos y fenómenos. El noúmeno es la cosa en sí, la realidad absoluta, mientras que los fenómenos son las apariciones o las manifestaciones del noúmeno, conforme a la manera en que nosotros lo podemos conocer por las categorías de la inteligencia. Existe también un noúmeno comunista, una realidad oculta, que envía sus reflejos multicolores en nuestra sociedad. Nosotros confundimos el comunismo con las formas bajo las cuales desarrolla su potencial destructivo e ignoramos su infraestructura, su centro de mando que dirige todas sus actividades. Lo que se ve del comunismo son sus exteriores, sus instrumentos de trabajo, sus realidades de segundo grado, mientras que su realidad, la de primer grado, que explica su serie de éxitos, no se deja sorprender más que mediante una perforación en sus estructuras superficiales.

Nuestro método en explicar lo que es el comunismo consistirá en derribar su fachada engañosa, sus capas bajo las cuales se oculta, para quedar frente a frente ante el monstruo. Pondremos primeramente orden en el material de que disponemos, mostrando lo que no es comunismo, eliminando sus apariencias, para que, finalmente, hablemos de su núcleo vital, de donde emana todo lo que acontece en el mundo bajo el nombre del comunismo. Esta diferencia entre el enemigo real

y los subterfugios que emplea para engañar la buena fe de los hombres es de importancia decisiva para explicar el comunismo. Con raras excepciones, los pueblos combaten el comunismo en sus epifenómenos, en sus derivaciones, e ignoran la central que alimenta todas sus actividades.

1. *El comunismo no es una doctrina.*

El comunismo posee una doctrina, pero en su estructura íntima no es lo que se llama filosofía o doctrina marxista.

Es una superstición creer que los éxitos del comunismo se deben a la superioridad del concepto marxista en relación con otras ideologías y a su justa visión que ha tenido sobre la evolución de la Humanidad en nuestra época.

Se ha convertido en lugar común la constatación de que las tesis de Marx, referentes a las transformaciones que sufrirá la sociedad moderna bajo el empuje de las nuevas fuerzas económicas, no se han comprobado en realidad. Marx sostenía que el comunismo triunfará en los países industriales, porque sólo en estos países se lograrán las condiciones necesarias para derrumbar el orden burgués. En los países de alto nivel industrial, afirmaba él, se producirán unos fenómenos simultáneos de tendencias diametralmente opuestas: por un lado, una concentración del capital; por el otro, un proceso de proletarización progresiva de las masas populares. Cuando estas contradicciones internas de la sociedad burguesa lleguen al paroxismo, la lucha de clases revestirá formas agudas, se producirán revoluciones y el poder caerá en manos del proletariado.

Para la desesperación de los exegetas marxistas, en ningún lugar de la tierra esta predicción se ha convertido en verdad. La realidad rechaza encuadrarse en los moldes del pensamiento marxista. Y es fácil demostrarlo.

1) El comunismo no ha triunfado en ningún país de alto

nivel industrial. Todas las victorias comunistas se han logrado en países de tipo agrario, con una industria incipiente o en un estado no suficientemente desarrollado para poder afianzar su economía: Rusia, China, Rumania, Polonia, Hungría, Letonia, Estonia, Cuba, Albania, Corea, Vietnam, etc., etc.

2) La segunda desagradable constatación para los doctrinarios post-marxistas es aquella que las masas populares de los países fuertemente industrializados no se proletarizan. El fenómeno que se produce es de tendencia contraria. El nivel de vida de las masas populares mejora rápidamente, alcanzando el nivel de la clase media. El problema social se resuelve en los Estados occidentales, como en el Japón, podría decir, por medio de un proceso de convertir al obrero en burgués: mediante salarios más elevados, por un sistema de seguridad social, por la participación en el beneficio de las empresas. La miseria de la clase obrera, así como ha sido descrita en la literatura del siglo XIX, ya no existe en la actualidad en estos países.

No puedo extenderme sobre este problema, demostrando que también bajo otros aspectos la doctrina del materialismo histórico es deficitaria. Más, a pesar de todo el *descrédito* en que ha caído el marxismo como doctrina, el marxismo como movimiento y organización política continúa cosechando triunfos. La doctrina, a pesar de ser invalidada por los hechos, no perjudica al movimiento. ¿Cómo se explica esta anomalía? No hay más que una sola explicación: el secreto de la expansión comunista no radica en su doctrina. Debe existir otro motor, un otro centro energético que asegura la marcha hacia adelante del comunismo, independiente de su doctrina.

2. *El comunismo no es un sistema económico y social.*

Igual que en el capítulo relativo a la doctrina, no negamos que el comunismo se ha forjado un sistema económico y social que presenta en la lucha como un atractivo estandarte para

captar la simpatía de las masas populares, pero este sistema no constituye su nota dominante y no es el que explica su gigantesca expansión.

La lucha que ha estallado entre el comunismo y el resto del mundo libre sería, según la propaganda comunista, una lucha a vida y muerte entre dos sistemas económicos y sociales distintos: de un lado, el capitalismo; de otro lado, la nueva sociedad, organizada sobre las bases socialistas. En esta competencia mundial uno de estos dos sistemas tiene que desaparecer.

Esta simplificación de las relaciones existentes entre los dos bloques no corresponde a la realidad. La supuesta existencia de un irremediable antagonismo entre el capitalismo y el comunismo es uno de los falsos documentos de identidad con que se presenta el comunismo en la vida internacional.

Si examinamos las dos fuerzas que se disputan de casi un siglo la dominación del mundo, constatamos con estupor que las diferencias entre ellas no son tan radicales como lo difunde la propaganda comunista. Entre las dos fuerzas, una supuesta conservadora y la otra supuesta revolucionaria, casi no podemos distinguir con claridad lo que les separa. ¿Qué innovaciones trae consigo el comunismo en relación con el capitalismo? Si nos orientamos según los escritores comunistas, el comunismo traería consigo una estructura social superior a la antigua sociedad burguesa-capitalista, de la cual desaparecerían las injusticias sociales. Pero ¿ocurre esto? Si miramos en el campo de las realizaciones del comunismo, los Estados donde ha triunfado, no descubrimos nada de estas grandes y generosas transformaciones sociales anunciadas, la aplicación de un programa encaminado a eliminar las deficiencias del sistema capitalista. Por el contrario, hay un hecho aún más sensacional: el comunismo no solamente deja subsistir en el seno de su propio régimen el sistema capitalista, con todos sus vicios, sino lo aplica en su aspecto negativo y condenable, con una dureza desconocida en el mundo de la empresa libre.

En el sistema comunista no desaparece ni el sistema capitalista ni su tendencia de concentración; por el contrario, bajo el control del Estado se realiza la más gigantesca concentración de capitales imaginables en el seno de una sociedad. Son expropiados todos los capitalistas, grandes y pequeños, todos los profesionales, todos los artesanos, todo individuo que posee la más mínima fortuna, pero no en el beneficio del pueblo, sino a favor del aparato del Partido comunista, constituido por algunas decenas de personas. Estas personas son las más ricas del mundo. Ellas disponen de modo ilimitado de todas las riquezas del país, de sus medios de producción y, lo que es más grave aún, incluso del trabajo de las personas humanas. No existe nada en la economía de un país que no sea absorbido por la hidra del Partido.

¿Qué pasa con la explotación del hombre por el hombre en el sistema comunista? ¿Ha desaparecido, dejando lugar a la justicia social, como lo proclaman sus profetas? No sólo que no se comprueba un comienzo de reparación de las injusticias sociales reinantes en la sociedad precedente, sino, por el contrario, la explotación del hombre reviste formas bárbaras, llegando hasta la destrucción física de la persona humana, mediante trabajos agotadores, salarios irrisorios y hambre. El comunismo ha introducido la esclavitud moderna: el hombre-robot, el hombre como simple unidad de trabajo, tratado peor que los animales.

En un libro mío, referente a este tema, mencionaba que el comunismo, comparado con el capitalismo, no mejora la condición humana, no aporta idea alguna generosa, sino que hace suya de la sociedad burguesa todo lo que es malo, todos sus aspectos negativos, y a todos les concede trato de preferencia, intensificándolos al máximo. Mientras en la sociedad burguesa-capitalista el bien y el mal coexisten en diferentes proporciones, en la sociedad comunista el bien está completamente eliminado y el mal extraído como una entidad valiosa y cultivado en estado puro, algo así como se cultivan los micro-

bios «in vitro». El comunismo no combate al capitalismo para suprimir sus abusos, para crear un mundo mejor y más justo, sino para ejercer la técnica del mal, la explotación, las injusticias, sin limitación alguna. No es el paraíso en la tierra lo que desea realizar el comunismo, sino el infierno en la tierra, mediante las más refinadas formas de la tortura del pobre ser humano.

Si realizamos una incursión histórica para examinar las relaciones entre el comunismo y los países capitalistas durante los últimos cincuenta años, nos encontramos ante los mismos fenómenos inexplicables, los cuales nos impiden aceptar la idea de un conflicto. Si existe esta lucha a vida y muerte entre los dos sistemas, ¿cómo se explica que siempre que la Rusia Soviética ha llegado a una difícil situación, los países capitalistas le han prestado su máxima ayuda? ¿Quién no recuerda que el régimen bolchevique de Rusia ha sido salvado por el presidente Wilson? ¿Quién ha salvado a Stalin de los golpes del Ejército alemán? ¿Quién ha permitido a los Ejércitos rojos conquistar la Europa oriental? ¿Quién ha dado su beneplácito para el aplastamiento de la revolución húngara? Mas, ahora, recientemente, ¿quién ha consentido la invasión de Checoslovaquia y el ahogo de este tímido comienzo de liberalización? Siempre que un régimen comunista se encuentra en dificultad se le tiende una mano de ayuda por parte de los países capitalistas para protegerlo, bien sea contra los descontentos de las masas populares, bien sea de los peligros externos.

En conclusión, no sólo que no existe aquel antagonismo profundo e irremediable entre el capitalismo y el comunismo, sino que asistimos más bien a una compenetración entre los dos sistemas, como si existiera una inteligencia secreta entre sí. El capitalismo protege el comunismo y prepara el terreno para la implantación de la tiranía roja.

3. *El comunismo no es una revolución.*

A pesar de que las apariencias indican que nos hallamos ante una revolución que se propaga irresistiblemente, conquistando país tras país, sin embargo, la realidad nos obliga a una revisión histórica. No conocemos revolución alguna realizada por los comunistas, y los mismos no han llegado al poder en ningún país por la vía de una revolución. Las revoluciones las han hecho otros, otras personas, otros partidos, con otros programas, otros lemas, mientras que el único mérito de los comunistas es el haber tenido la habilidad de aprovecharse de los sacrificios de los auténticos revolucionarios. Esto no se llama revolución, sino parasitismo revolucionario.

Tomaremos, por ejemplo, Rusia, país en el cual ha triunfado por vez primera la ideología comunista en el mundo, y considerando aquel país como el alma mater del comunismo. La Gran Revolución rusa ha sido la obra de los elementos moderados de la nación, liberales, socialistas revolucionarios o agrarios, socialdemócratas e incluso ciertos elementos de la nobleza. La revolución estalló como una reacción del pueblo entero, de todas las clases sociales, en contra de un régimen que ya no correspondía más a las necesidades de su vida. Un formidable empuje recibió también la revolución rusa por parte de las nacionalidades componentes del mosaico que era el Imperio ruso, quienes se habían levantado para conseguir sus libertades nacionales. Si se hubiera desarrollado en condiciones normales, los resultados de la Revolución rusa hubieran sido semejantes a los de la Revolución francesa: eliminación de los privilegios injustos y la creación de una sociedad de tipo burgués.

En la fecha en que fue derrocado el régimen zarista, febrero de 1917, los jefes bolcheviques Lenin, Trotski y otros se encontraban en el exilio, pues habían sido deportados anteriormente. Su participación en los acontecimientos de febrero fue nula. Incluso en el seno de los soviets de los soldados y de los obreros, que se constituyeron después de la abdicación del Zar,

predominaban los elementos moderados. Los bolcheviques utilizaron el período de gobierno de Kerenski paar suplantar en la jefatura de los soviets a las fuerzas nacionales. Unos tras otros, los socialistas revolucionarios y los socialistas-demócratas, el verdadero motor de la revolución, fueron apartados de sus puestos de mando y sustituidos por los bolcheviques, y mediante esta sustitución la clase obrera se vio convertida en masa de maniobra de los bolcheviques. Cuando tuvieron la certidumbre de que dominan a las masas populares, entonces los bolcheviques apartaron también el gobierno provisional y se hicieron cargo ellos mismos del poder.

Los bolcheviques ni siquiera reconocen como fecha de su revolución el día de la abdicación del Zar, ya que tendrían que reconocer que la revolución la han hecho otros y no ellos, sino la fecha de octubre de 1917, cuando fue derrocado el gobierno Kerenski. Los bolcheviques conquistaron el poder con algunos millares de hombres, quienes habían logrado infiltrarse en los puestos de mando de las organizaciones obreras.

La implantación del régimen comunista en España se realizó exactamente siguiendo la misma fórmula. En el derrocamiento de la Monarquía la participación de los comunistas fue nula, pero imperceptiblemente el poder se deslizó cada vez más hacia la izquierda, hasta que después del triunfo del Frente Popular en 1936, los comunistas obtuvieron una influencia preponderante en el gobierno.

¿Qué revoluciones han realizado los comunistas para convertirse en dueños de Rumania, Hungría, Bulgaria, Polonia o los Países Bálticos? ¿Se ha rebelado la población de estos países bajo la bandera del partido comunista, contra la antigua clase dirigente, para que después proclamaran su adhesión a Moscú? Los partidos comunistas de estos países eran demasiado débiles para realizar solos una revolución, porque tenían que enfrentarse a la vez con una población hostil a todo acercamiento con Moscú. Los comunistas han sido colocados en el poder por el Ejército soviético de ocupación, aunque repre-

sentaban fracciones ínfimas de población, con la benevolente ayuda de las grandes democracias occidentales.

Mas consideremos, por ejemplo, el caso de Cuba, el cual es más reciente y tan elocuente. Fidel Castro no ha conquistado el poder en calidad de jefe comunista, sino como jefe de una revolución nacional. Si desde el comienzo hubiera puesto de relieve su identidad política, no hubiera logrado este éxito. El ha especulado con los descontentos del régimen de Batista, coaligando toda la oposición, y solamente después de haberse consolidado en el poder ha dejado caer la máscara y ha dado a la revolución una dirección comunista, eliminando uno tras otro a los elementos que se oponían a esta orientación.

China no ha sido conquistada por Mao mediante una acción revolucionaria, sino por una campaña militar organizada en el Norte del país con la ayuda de los soviets y con la anuencia de los americanos. Estos últimos crearon un vacío militar en esta región, obligando a los japoneses a retirarse, mientras rehusaban sostener más a Chan-Kai-shek.

Hay también otro tipo de conquista comunista de un país por medio del terror, como ha sucedido en Yugoslavia con Tito, o en Indochina con Ho Chi-Minh. Igualmente este método no puede considerarse revolucionario, ya que le falta la adhesión de la población.

Cuando una agrupación política representa una corriente revolucionaria se ve en la actitud de las masas populares. Las masas salen a la calle, gritando las consignas de aquella agrupación, arriesgándose por sus jefes, luchando contra el orden constituido y, una vez destruido éste, instalan en el poder a aquellos que representan sus ideales. Pero en todas las revoluciones en que se ha finalizado con la victoria de los comunistas sus jefes se han quedado al comienzo entre los bastidores, han dejado a otros que luchen, que asuman los riesgos de la batalla, mientras que ellos han entrado en acción en el último momento para cosechar los frutos de los sacrificios hechos por los demás.

No hay que confundir la revolución con las agitaciones mantenidas por los comunistas en el mundo entero. Estas agitaciones son obra de unos millares de agentes entrenados en escuelas especiales. Unos cuantos individuos bien preparados pueden provocar confusión en el seno de un pueblo, perpetrando atentados o explotando el descontento popular. La revolución es un fenómeno mucho más profundo, una acumulación de descontentos en el seno de una nación que brotan a la luz en un momento dado como la lava de un volcán. La Revolución francesa fue una revolución. La Revolución rusa de febrero de 1917 fue igualmente una revolución, pero la Historia no registra revolución alguna realizada por los comunistas bajo su propia responsabilidad.

Los comunistas no son revolucionarios en el sentido noble de la palabra. En ningún país del mundo han sido capaces de entrenar a las masas para luchar por la victoria de su bandera. ¿Qué es la táctica del Frente Popular sino la confesión de su propia impotencia? Siempre el comunismo tiene la necesidad de esconderse detrás de otras etiquetas, detrás de otras fuerzas, sirviéndose de los emblemas y las consignas de otros partidos, porque saben que, tomando la iniciativa, serían repudiados por el pueblo. Cuando se presenta a las elecciones un partido comunista nunca rebasa a una fracción del cuerpo electoral.

Los comunistas son adiestrados en el arte de aprovecharse de los errores de otros partidos políticos y de las debilidades humanas. Con estos métodos pérfidos pueden alcanzar el poder, pero nunca el honor de forjar una revolución.

4. *El comunismo no es un partido.*

Aunque existen numerosos partidos comunistas en el mundo, las agrupaciones políticas que llevan este título no pueden ser asimilados a los partidos tradicionales, empezando por los

partidos conservadores hasta llegar a los social-demócratas. Un partido comunista no encuentra sitio en el concepto general de partido político.

Un partido, grosso modo, es una fracción de un pueblo que se organiza sobre la base de un programa o animado por un ideal para conquistar el poder dentro de un Estado. Un partido lucha para imponer su punto de vista, formulado por un grupo de ciudadanos, en la dirección del Estado. En todo caso, independientemente de los objetivos perseguidos por un partido, él es la expresión de la nación: una formación que brota de las energías nacionales, de la tierra de la Patria y halla su cumplimiento político en sus límites. Por ejemplo, un partido de Francia no persigue conquistar el poder en Inglaterra, o viceversa. Las aspiraciones de un partido, de las más sublimes hasta las más mezquinas, se satisfacen en el seno de una nación.

Los partidos comunistas no poseen un sello, un ámbito nacional: ellos no son manifestaciones de la nación ni como origen ni como estructura interior. ¿Cómo nace un partido comunista? El empuje de un partido comunista no procede de una inquietud de una categoría de ciudadanos, sino más allá de sus fronteras, de la Internacional Comunista. Esta organización dispone la creación de un partido en tal o cuál país y en el momento que cree oportuno. Procedente de un ambiente político externo a la nación y hostil a la misma, es lógico que un partido comunista no se puede identificar en ningún momento de su existencia con los intereses de la nación y ni siquiera con los de la clase que pretende que representa. La meta final de un partido comunista es la destrucción del Estado nacional, para que por encima de sus ruinas se levante un Estado controlado por la fuerza internacional que lo ha creado. Un partido comunista es una sucursal de la Internacional Comunista y en todo lo que emprende cumple los planes de esta organización.

Un partido comunista es como una penetración de un cuer-

po extraño en el cuerpo de la nación. Por esto, mientras la nación se encuentra en buenas condiciones de salud, reacciona con vigor contra el comunismo, le combate, le rechaza e intenta eleminarlo de su organismo, exactamente como el organismo biológico se defiende contra los microbios y contra los trasplantes de órganos. El comunismo es una forma extraña de vida colectiva, la cual adultera la unidad fundamental de la nación.

Si nos referimos a la estructura interna del partido comunista constatamos una serie de anomalías que le descalifica, prohibiéndole figurar al lado de los partidos nacionales. Todo partido comunista, de cualquier país, está organizado a base del llamado centralismo democrático, un extraño emparejamiento y contradicción de términos. Si un partido tiene una constitución democrática, entonces tanto la dirección como todas las decisiones que se adoptan dependen del voto de sus miembros. Si un partido es centralizado, entonces tanto la dirección como las actividades de aquél dependen del centro, son obra exclusiva de un grupo restringido de personas o de un jefe supremo. ¿En qué categoría encaja el partido comunista? De manera alguna puede tratarse de democracia, puesto que los afiliados de este partido son simples ejecutantes de las órdenes recibidas del centro. Para salvar las apariencias se realiza un simulacro de elecciones, con candidatos designados de antemano, quienes son elegidos con regularidad por unanimidad; igualmente se procede a un simulacro de debates, a diferentes niveles del partido, y en los cuales triunfan siempre las tesis del Comité central. Un partido comunista no guarda parentesco alguno con la democracia, sino es conducido según las reglas de la más tiránica dictadura. Todos los cargos son impuestos por la jefatura central, y todas las decisiones se toman por el mismo fuero, sin la participación de las organizaciones básicas. La libertad individual es una noción desconocida en el comunismo, repudiada y aniquilada cuando intenta afirmarse.

Se podría objetar que este sistema de organización, basado en jerarquía y disciplina, ha sido adoptado también por otros partidos, los cuales no han sido comunistas: el nacional-socialismo, el fascismo, los movimientos nacionalistas en general y las dictaduras militares. En primer lugar, nunca en el seno de estos partidos la limitación de la libertad individual reviste el aspecto terrorífico que reina dentro del partido comunista.

Pero la diferencia fundamental es otra: los partidos únicos nacionalistas, las formaciones patrióticas o militares tienen al frente un jefe, de quien emanan las órdenes y quien asume la responsabilidad de la empresa histórica. En este caso, una nación sabe a quién tiene como jefe. Pero en un partido comunista es difícil precisar quién es el jefe, quién asume la responsabilidad suprema y con quién tratan los demás pueblos. Existe un secretario general, quien parece ser el hombre fuerte, puesto que de él emanan mediante el aparato del partido todas las órdenes. Pero ¿es de verdad el secretario general el jefe del partido comunista? Hemos visto lo que ocurrió con Kruschev, quien derribó el mito de Stalin y apartó de la dirección del partido a la vieja guardia bolchevique. ¿Kruschev, el que amenazaba a Occidente con quemarle y enterrarle? ¿Kruschev, quien parecía ser el nuevo amo absoluto de todas las Rusias? En un buen día desapareció de la escena de la Historia, sin que se produzca ni la más leve revuelta de sus partidarios, convirtiéndose en un ilustre pensionista por la gracia y obra de sus sucesores. Este inesperado cambio, al lado de otros derrocamientos y cambios de tiranos comunistas, tiene que hacernos pensar sobre el particular. Existe, según todas las probabilidades, otra fuerza que influye dentro de un partido comunista, una dirección oculta, invisible. Un partido comunista tiene que poseer una dirección anónima, mucho más poderosa que el aparato del partido. Esta jefatura es engranada en el sistema mundial de la organización de todos los partidos comunistas. Para comprender cómo es dirigido un partido comunista y para saber cómo se dirige el movimiento entero comunista hay que

descubrir a los grandes anónimos que obran entre sus bastidores.

Los partidos comunistas no se denominan partidos, porque tendrían algo en común con los partidos tradicionales, así como los conoce nuestra civilización desde la Revolución francesa hasta ahora. Se autodenominan partidos porque bajo esta fisonomía pueden ganar con mayor facilidad carta de naturaleza en el seno de una nación. Los partidos comunistas constituyen las vanguardias del enemigo entre nosotros, y para llevar a cabo su obra destructiva se disfrazan bajo las benignas apariencias de un partido de características normales.

5. *El comunismo no es un Estado.*

Esta afirmación parece la más extravagante de todas las demás. ¿Cómo se puede negar la existencia del Estado comunista, es decir, de un Estado creado por los comunistas, conforme su concepto de vida, cuando hoy día existen tantos Estados comunistas con los que el mundo libre mantiene relaciones diplomáticas normales? Nosotros no negamos la existencia de estas entidades políticas, denominadas Estados comunistas, como lo son Rusia comunista, Rumania comunista, Polonia comunista, etc. Pero consideramos que estos países, tal como están gobernados en la actualidad por los equipos comunistas, no reúnen los requisitos necesarios para denominarse Estados, en la aceptación clásica de la palabra. Los Estados comunistas se han introducido en la familia mundial de los Estados mediante ignorancia y fraude y se han apoderado de títulos que no pueden justificar con su propia estructura.

Sin entrar en discusiones de especialidad, nos limitamos a lo que encontramos en cualquier tratado de Derecho Público. La existencia de un Estado es condicionada por tres factores: un territorio, una población y una autoridad central para representar sus intereses y aspiraciones. La sustancia del Estado

es la nación. La nación se organiza sobre un territorio, con vista al cumplimiento de su destino histórico. La estructura de los Estados comunistas es diferente. Estos se presentan amputados. De los tres factores que constituyen un Estado, aquéllos no poseen más que el territorio. Por consiguiente, no pueden ser considerados más que simples expresiones geográficas. Son Estados muertos, Estados sin pueblos. Evidentemente, las naciones existen, pero se encuentran en la situación paradójica de ser ostracizadas en su propio país y de llevar una existencia oscura. En un Estado comunista coexisten dos realidades extranjeras: la dirección, la oficialidad y la nación, la cual lleva una existencia paralela ajena al Estado. ¿Dónde encontramos las naciones en los Estados comunistas? Estas se hallan en los campos de concentración o reducidas al estado de animales de trabajo. En un Estado comunista la nación está detenida en su totalidad y vive como en una gigantesca prisión. Las fronteras están herméticamente cerradas y vigiladas por guardianes feroces para que nadie se escape de aquélla. La nación, con todas sus clases, con todas sus profesiones, con todas sus energías creadoras, se encuentra en un encierro perpetuo.

Una vez apartadas las naciones de la formación de los Estados comunistas, estos Estados no pueden izar la bandera de la soberanía nacional. No son Estados independientes, y ni siquiera autónomos. Existe, es verdad, una autoridad central, un gobierno, una administración, un régimen —mejor dicho—, pero esta autoridad no emana de la nación. El principio según el cual todos los poderes emanan de la nación no encuentra ni la más vaga aplicación dentro de un Estado comunista. La nación creadora del Estado yace encadenada, desprovista de todos los bienes y de todos sus derechos, y carente de todo medio para manifestar su voluntad. Los que hablan en su nombre, las personas que aparecen con títulos de jefes de Estado, jefes de partido o de gobierno, representan en realidad una supraestructura impuesta a la nación por otra fuerza. La autoridad comu-

nista no tiene relación alguna con el ejercicio del principio de la soberanía nacional.

La autoridad central en un Estado comunista está bajo el control de la Internacional Comunista, de la organización mundial que manda por medio de sus personas de confianza a todos los Estados comunistas. En realidad, los Estados comunistas representan los límites de la expansión del imperialismo comunista. Son sus nuevas conquistas, sus nuevas anexiones, sus nuevas provincias.

Los comunistas han adquirido mediante abuso y violencia los títulos de representación de los Estados que hoy día se llaman comunistas, así como ocurre con Rumania, Hungría, Polonia, Cuba, etc. Ellos han subyugado a las naciones por la fuerza y han adulterado por entero el curso de su vida histórica. La Historia de estas naciones ya no es de ellos, sino de la Internacional que ha impuesto su sangrienta dictadura.

El Estado comunista posee como todo Estado los órganos característicos de un Estado: gobierno, asamblea nacional, ejército, diplomacia, etc., y estas instituciones que parecen ser la continuidad de las existentes bajo el régimen anterior, contribuyen a crear la ilusión en el extranjero de que el Estado comunista no difiere de los Estados del mundo libre. Pero estos órganos representativos no son la expresión de la nación. No es la nación que las llena con su vida y sus problemas. Todos estos cargos, todas estas instituciones brotan de una fuente ajena a la nación. Las mueve un único motor: el aparato del terror. Todo lo que se ve en un Estado comunista, desde el gobierno hasta un comité deportivo, forma parte del aparato del terror y sirve a la expansión del comunismo en el mundo. Así como en un sistema de regadío existe un lago central, desde donde las bombas empujan el agua, igual ocurre en un Estado comunista. Todas las instituciones son alimentadas por las tenebrosas energías con las que les empuja el aparato del terror.

Si fuera suprimido el aparato del terror, lo cual no puede

ocurrir mientras detrás de él vigile la fuerza mundial del comunismo, entonces automáticamente se derramaría también la fachada engañosa de los Estados comunistas con todas sus ramificaciones y la nación saldría triunfante a la luz.

6. *El comunismo es una conspiración.*

Una vez terminada la operación de eliminar los exteriores del comunismo, podemos adentrarnos en sus profundidades más allá de su fachada engañosa, más allá de los conceptos y los juicios que dominan el pensamiento moderno. Así como existe una cara visible y otra oculta de la Luna, la cual no ha podido ser explorada todavía hasta nuestros días, igualmente tenemos que imaginarnos el comunismo con dos caras, y sólo la exploración de su cara oculta nos garantiza la posesión de la verdad.

En su última expresón, el comunismo es una conspiración. Para convencernos de este hecho tenemos a nuestra disposición una prueba irrebatible. Incluso desde su nacimiento, incluso desde su más remotos orígenes, el comunismo ha aparecido bajo la forma de una conspiración. El plasma germinal del comunismo es una conspiración. Mirad todos los partidos, todas las agrupaciones políticas, todos los movimientos; han aparecido ostentando desde el primer momento su identidad política y espiritual. Nosotros somos esto, deseamos tal cosa, poseemos tal programa y aspiramos a tales reformas. Solamente el comunismo constituye una excepción. La presencia del comunismo en el mundo ha sido advertida en primer lugar bajo la forma de sociedades secretas, aproximadamente hacia el año 1820. En el año 1836 se ponen las bases formales de este movimiento, cuando las redes secretas comunistas que funcionaban en diferentes países occidentales forman la «Alianza Comunista», con la sede en Londres. Marx perteneció desde los primeros momentos a estas sociedades secretas y finalmente se convirtió

en el primer jefe supremo del movimiento comunista. Hay que precisar, por consiguiente, que Marx, antes de ser filósofo, doctrinario y visionario del comunismo, ha sido un conspirador. La doctrina apareció mucho más tarde, después de que el movimiento se hubo formado y las células conspiradoras actuaban en todo el mundo. La conspiración precede a la doctrina y el conspirador Marx antecede al filósofo Marx.

Su propia filosofía tiene un carácter conspirador. No debemos imaginarnos que Marx estudió la realidad social y económica de su tiempo y de otras épocas y de allí sacó sus teorías actuando como todo filósofo. Esto es un terrible error. Marx buscó crear una filosofía que sirviera a los fines de la conspiración. Al forjar su teoría, él partió desde la conclusión, desde su meta final, desde los planes de la conspiración, la dominación mundial, creando su filosofía en función de esta perspectiva. Y esto es fácil demostrarlo. Toda su filosofía está de tal manera orientada que tenga como final práctico la lucha de clases, como instrumento de las transformaciones históricas. ¿Cuál es el principal obstáculo en el camino de la dominación mundial, indiferentemente de quien la emprende, obstáculo ante el cual han fracasado todos los imperialismos? Los pueblos, las naciones. En efecto, estas entidades naturales, duras e imposibles de destruir desde fuera, por la fuerza o mediante la conquista, debían de ser atacadas con un arma que pueda provocar su muerte desde el interior. El marxismo, al proclamar la lucha de clases como factor decisivo en la Historia de la Humanidad, implícitamente ha forjado el instrumento de aniquilamiento de los pueblos. En vez de que los pueblos defiendan su existencia contra las amenazas exteriores, serán envueltos aquéllos en luchas internas de clase, las cuales les debilitará y les empujará para acercarse al comunismo.

La conspiración representa la base del movimiento comunista y el hilo rojo de su historia. Aquélla es el alma del comunismo, su pulsación interna, el motor que le asegura su continuidad y la serie ininterrumpida de sus éxitos. Sin la exis-

tencia de este factor oculto no comprendemos nada de la gigantesca máquina que opera en el mundo bajo este título y la cual tiende a extenderse sobre toda la tierra.

Todo puede ser sometido a revisiones y transformaciones en el seno del comunismo. Pueden aparecer y desaparecer partidos comunistas. La doctrina comunista puede estirarse como la goma para adaptarse a las más variadas situaciones. Los sistemas económicos pueden sufrir los mismos cambios, y si es necesario pueden disolverse igualmente Estados comunistas e incluso el Ejército rojo. Se puede renunciar también a las armas nucleares. Mas nada se resuelve. El peligro comunista no ha desaparecido. Mientras no se desarticule el órgano central, el núcleo oculto conspirativo, todas las demás modificaciones no tienen más que un carácter táctico y renacerán bajo otra fisonomía.

En resumen, al principio ha existido una conspiración y después de ésta se han añadido partidos internacionales, doctrina, Estados y ejércitos.

Hablando en términos marxistas, la conspiración representa la infraestructura del comunismo, y todas las demás manifestaciones constituyen su supraestructura.

7. *Las estructuras paralelas.*

Denunciando al comunismo de ser una conspiración no pretendemos afirmar algo nuevo. Encontramos esta misma interpretación también en otros autores. Pero como hay conspiraciones y conspiraciones, como existen diferentes tipos de conspiración, deseamos en unas pocas palabras precisar la naturaleza de la conspiración comunista, para no quedarnos con una idea vaga sobre ella.

Unos confunden la conspiración comunista con los partidos comunistas, legales o ilegales, de los países libres. Los partidos comunistas desarrollan una actividad perjuidicial para los inte-

reses nacionales, pero aquéllos no son idénticos a la fuerza oculta que dirige la guerra política contra los Estados libres, como denomina el general Díaz de Villegas al conjunto de las actividades conspirativas del comunismo mundial. Los partidos comunistas son los instrumentos de la conspiración, pero no su realidad intrínseca.

Otros piensan en los millares de agentes enviados por Moscú en todos los países libres para infiltrarse en los órganos del Estado y recoger informaciones. En los países libres operan millares y millares de agentes preparados en las escuelas de espionaje de Moscú, pero estos agentes nunca podrían forzar el cinturón de protección de los Estados nacionales y más temprano o más tarde serán descubiertos por los servicios de información y contraespionaje. La infiltración de los agentes representa un instrumento de la central comunista, pero no su manifestación fundamental.

Hay quienes piensan en diferentes combinaciones que llevan a cabo los partidos comunistas con las agrupaciones políticas de la oposición para derrocar al régimen existente, combinaciones conocidas bajo la denominación de «frente popular». El frente popular es una táctica usada muy a menudo por la conspiración comunista, pero no su elemento característico, no su más dañino producto.

Finalmente, se confunde la conspiración comunista con la subversión, con la agitación que emprenden los comunistas para socavar el orden en el Estado, como sería, por ejemplo, una huelga, un manifiesto, un sabotaje, una manifestación callejera, la ocupación de un edificio público, atentados perpetrados por los elementos separatistas, etc. La subversión es igualmente un instrumento de la conspiración comunista, como son los partidos comunistas, la infiltración o las maniobras políticas.

La conspiración comunista —y en ésta radica el terrible peligro que representa— crea estructuras paralelas en el Estado. Paralelamente a los órganos y a las instituciones del Es-

tado, se forman núcleos comunistas en el interior de estas instituciones con personas reclutadas de sus filas o de las que han logrado infiltrarse en aquéllas. Mientras que la infiltración comunista constituye un peligro menor, puesto que no se trata más que de una o dos personas, la estructura paralela debe ser concebida como otra institución al servicio del enemigo, formada por decenas de personas que trabajan juntas y se apoyan recíprocamente. La estructura paralela ahoga el aparato de Estado y progresivamente le sustituye en sus funciones vitales. Paralelamente a la diplomacia oficial se constituirá una diplomacia secreta; al igual, en los órganos de justicia aparecerán jueces servidores de los intereses comunistas; de un modo similar en la prensa, la radio, televisión, el enemigo organizará sus comités de colaboradores.

La conspiración comunista penetra hondamente en la vida da la nación, devastando sus centros vitales. Las instituciones conservan su fisonomía y aparentemente parece que nada ha cambiado, pero las personas que las integran no son las mismas. Sea que son dobladas por los elementos extranjeros, sea que han caído en la esfera de la influencia de la conspiración.

La creación de una estructura paralela es una operación muy difícil, muy delicada y de larga duración, pero desde el momento en que los comunistas han logrado fijarse dentro de una institución del Estado, la han eliminado de la circulación, la han paralizado e incluso han cambiado sus funciones, transformándola en un órgano perjudicial para la nación. La estructura paralela representa un «summum» del genio conspirativo.

La conspiración comunista se concentra con predilección sobre los elemento permanentes del Estado, sobre los organismos que elaboran las decisiones del Estado o aplican las mismas; instituciones que no se hallan sometidas a las fluctuaciones políticas. Por ejemplo, el Parlamento, no constituye un ambiente propicio para la fijación de una estructura paralela, ni los gabinetes ministeriales, puesto que su personal se cam-

bla con frecuencia. La conspiración tampoco ataca a las instituciones inferiores del Estado, burocracia media, ya que la esfera de influencia de estos órganos es demasiado reducida. El terreno predilecto de la conspiración comunista, donde fija sus ventosas las estructuras paralelas, es en lo que constituye la alta burocracia, aquella capa intermedia de funcionarios que cumplen con el papel de enlace entre las masas del pueblo y la autoridad suprema, el personal administrativo de las direcciones y de los servicios.

Un jefe de Gobierno o ministro, por muy capacitado que esté, no puede adoptar decisión alguna sin consultar previamente a sus más cercanos colaboradores, sin revisar los documentos que se le presentan, los cuales son elaborados por el personal de especialidad del ministerio, por sus expertos. Si actúa una estructura paralela en aquel departamento, entonces fatalmente las decisiones de aquel ministro serán afectadas por el material documental falsificado que se pone a su disposición. Es célebre el caso de Alger Hiss en los Estados Unidos, comprobado más tarde como agente comunista, y quien, en calidad de experto, elaboró el Estatuto de las Naciones Unidas junto con los representantes de los soviets. Aquel Estatuto fue de tal manera redactado, que podía asegurar la hegemonía de los Estados comunistas en la organización de esta institución internacional.

La intervención de la estructura paralela en el seno de un Estado puede asemejarse con el cáncer en el cuerpo humano. Partiendo desde un punto, esta enfermedad invade luego todo el organismo, creando estructuras biológicas de naturaleza diferente, las cuales destruyen sus funciones vitales.

Todos los miembros de una red comunista se apoyan recíprocamente, y si alguno de ellos empieza a despertar sospechas, los demás le prestan su ayuda, garantizándole su honradez. El funcionario honrado, que se da cuenta de la situación, se halla ante un frente unido. Nadie le cree, y finalmente acaba sufriendo sanciones y se le expulsa de la institución.

Contra el sistema de las estructuras paralelas, la defensa es muy difícil, puesto que el Estado se encuentra averiado en sus más profundos cimientos. La política de la capitulación progresiva del Occidente ante el comunismo no tiene otra explicación que la existencia de estas estructuras paralelas. Incluso los encargados de la seguridad interior y exterior del Estado se hallan al servicio del comunismo mundial.

II. CRISTIANISMO Y COMUNISMO

En mi conferencia anterior demostré que el comunismo no es una doctrina, no es un sistema socio-económico, no es una revolución, no es un Estado, no es un partido, y que estas manifestaciones son sólo sus aspectos secundarios, que tienen, además, la desventaja de ocultar su verdadera naturaleza. Indicaba también que el comunismo, en su última expresión, es una conspiración, una conspiración «sui-géneris», como no ha existido aún en la tierra. La conspiración comunista desempeña su actividad en los puestos clave, en los mandos centrales de un Estado, y desde estos lugares seguros, protegidos por la autoridad misma del Estado, trabaja para su destrucción. Cuando ha cumplido con su misión, el Estado se derrumba como un árbol atacado por las termitas.

Conociendo ahora qué es el comunismo —semejante a una hidra que penetra con sus tentáculos hasta en los más altos secretos del Estado—, podemos pasar a los medios de defensa. ¿Qué podemos hacer para no ser devorados por este monstruo invisible? El primer principio y el más importante que debemos respetar en la lucha contra el imperialismo comunista es establecer nuestra propia identidad: ¿quién somos?, ¿cuál es la bandera a que servimos? Para defenderse hay que saber en primer lugar qué se quiere defender: qué posición, qué frente, qué idea, que trinchera política y espiritual.

Quisiera insistir acerca de esta cuestión, porque sólo desde aquí, desde este recinto, desde esta fortaleza de nuestras propias

convicciones, podemos forjar un sistema eficaz de defensa contra el peligro comunista. Para poder enfrentarnos con éxito a este temible enemigo hay que delimitar primeramente nuestro mundo del suyo, trazar una línea de separación entre la comunidad cristiana y europea y la barbarie comunista. En este aspecto los comunistas nos pueden servir como maestros. Ellos, no sólo que fortifican su mundo con obstáculos ideológicos, pero para que no penetre influencia alguna en el interior de su imperio, lo circundan también con obstáculos materiales, con muros de cemento y púas. Si no sabemos quién somos y cuál es el mundo que nosotros constituimos, nos arriesgamos, sin darnos cuenta, a pasar al bando del enemigo e incluso a volver las armas contra nuestra propia Patria.

Es un hecho bien conocido que el primer asalto y el peor que tenemos que aguantar por parte del comunismo internacional es aquel contra nuestro concepto sobre la vida, contra nuestro sistema de valores, tal como se ha cristalizado a lo largo de los milenios de civilización cristiana.

El plan de la conspiración comunista, que ha sido elaborado desde hace 150 años y quizás anteriormente, prevé como primer objetivo y el más importante hacer desmoronarse los fundamentos de la sociedad europea, corromper los principios que inspiran su forma de vida. Cada civilización tiene una cierta estructura, constituida por ciertas creencias. Si esta estructura es adulterada, si las convicciones generalmente aceptadas se debilitan, entonces también el mundo en el cual vivimos cambia de aspecto. Imperceptiblemente se produce una transformación en nuestra mentalidad, una enajenación de todo lo que hemos considerado hasta entonces la certidumbre de nuestra vida, y la civilización a la que pertenecemos se marchita y muere como una planta arrancada de la tierra.

Si el comunismo logra provocar en el seno de la sociedad cristiana y de la cultura europea un proceso de autodisolución, entonces mucho más fácil podrá sojuzgar a estos pueblos. No se puede defender lo que no se siente en el alma, lo que no

se vive, lo que no se considera un valor primordial de la existencia. No se puede luchar y morir por una idea que ya no dice nada, que se ha apagado en el alma o no despierta dolor y entusiasmo alguno.

Queda, pues, bien establecido que el comunismo ataca en primer lugar nuestro fuero interior, persiguiendo desarraigarnos, romper con el pasado, con nuestra Historia; apartarnos de las tumbas de nuestros antecesores, de sus gloriosas gestas, de la Iglesia que nos ha bautizado, de los milenios que han plasmado nuestra existencia. Antes de invadir y sojuzgar los pueblos, el comunismo desorganiza sus resortes vitales para que no puedan reaccionar con todo su vigor ante el peligro. La parálisis del instinto de conservación de una civilización o de un pueblo es en el fondo una consecuencia de la parálisis que padeció con antelación su cerebro. La mayor desgracia que puede acaecer a un pueblo no es aquella de padecer escaseces, de tener terribles guerras o de ser invadida, sino de cesar de ser dueño de su destino. Llegado este momento, todos los demás bienes no le sirven para nada, porque ha perdido lo esencial, su identidad política y espiritual, y se ha convertido en un objeto de la Historia, una simple masa de maniobra, de cuya suerte deciden otras fuerzas.

Ofreceremos un ejemplo. Después de la invasión de los árabes, España perdió todo: reino, riquezas, millones de personas en cautiverio y casi todo el suelo de la Patria, quedándole libre sólo algunos territorios del Norte. Pero no perdió la fe en su destino histórico. Esta fe estuvo en la base de la Reconquista y luego ha abierto la era de los grandes descubrimientos. Sin esta fe no hubiera sobrevivido el pueblo español.

Los jefes invisibles de la conspiracion comunista se han dado cuenta desde el comienzo de su acción destructora que atacar frontalmente al mundo cristiano es contraproducente, ya que esto provocaría una reacción por lo menos igual al ataque de aquéllos. Luego su empresa no prosperaría. Para engañar a los pueblos han inventado una serie de ideologías intermedia-

rías, las cuales no deben aparecer a los hombres tan peligrosas, capaces de eliminar las sospechas, pero que al mismo tiempo sean suficientemente corrosivas para provocar brechas en el frente de la Cristiandad. Estas ideologías destructoras, todas partiendo de la misma fuente, han cambiado de etiqueta a través del tiempo, denominándose en primer lugar, a partir del comienzo del siglo pasado, liberalismo; luego, modernismo, y actualmente prefiere camuflarse bajo la máscara del grogresismo.

Los Papas, inspirados por el Espíritu Santo, han advertido desde las primeras apariencias de estas corrientes de ideas nocivas, tanto al clero como al pueblo, acerca de las metas tenebrosas a las que sirven y las intenciones pérfidas con las cuales son propagadas. No basta con defenderse contra el comunismo, sino igualmente contra las diversas doctrinas u organizaciones bajo las cuales éste se oculta. Hay numerosos textos dictados por los Papas, los cuales son hoy día de mayor actualidad que nunca, cuanto estos conceptos anticristianos han invadido la vida intelectual de los pueblos. Liberalismo, modernismo, socialismo, progresismo, son las vanguardias del comunismo y tienen la misión de operar el desarme mental para que por encima de la ruina de nuestras creencias se instaure la tiranía roja.

1. *La persona humana.*

Para arrancar al individuo de su ambiente natural de existencia, constituido por la familia, la propiedad, la patria y la religión, el comunismo ha emprendido una serie de operaciones mentales fraudulentas con la ayuda de su formidable aparato dialéctico-propagandístico. Las nociones fundamentales de la cultura europea están sometidas a un continuo bombardeo de falsas ideas y falsas teorías, con el propósito de eliminarlas de la circulación y pasarlas al archivo del pensamiento humano.

Persigue, con otras palabras, transformar el pensamiento vivo, pensamiento que determina la conducta de los individuos y de los pueblos, en un pensamiento muerto, pensamiento que sólo los eruditos lo registren.

Para ilustrar esta afirmación, nunca como en nuestros días se ha hablado tanto del hombre, de los sacrosantos derechos del hombre, de la libertad del individuo, de la dignidad de la persona humana. Al mismo tiempo, como lo han puesto de relieve con ironía tantos autores honrados, nunca como en nuestros días se han respetado tan poco los derechos del hombre, jamás se ha pisoteado con mayor brutalidad a esta frágil criatura divina. Los celosos y los sospechosos defensores de los derechos humanos, que derraman espuma por sus bocas y no cesan en sus recriminaciones cuando se trata de denunciar las supuestas faltas de respeto de estos derechos en el mundo libre, se apodera de ellos una extraña amnesia y no sacan palabra alguna cuando se les llama la atención que detrás del telón de acero y de bambú yacen en la más negra esclavitud un millar de millones de seres humanos.

Existe una dirección filosófica dedicada al hombre, a la persona humana, conocida bajo la denominación de la filosofía de la existencia o existencialismo. No deseo emprender una incursión filosófica fatigosa, en la cual ni soy experto, sino quiero precisar en algunas palabras lo que ha ocurrido con esta grandiosa filosofía, la cual ha abierto nuevas perspectivas al pensamiento humano, cómo ha sido hecha suya por las fuerzas de la subversión comunista y rebajada a una filosofía de la calle y de café, en las cuales encuentran soporte y fuente de inspiración todas las corrientes nihilistas de nuestra época.

Como explica Berdiaeff, en oposición a la filosofía clásica, que creía que lo universal, la perfección, la verdad, se identifica con lo general, con las esencias lógicas, con la abstracción progresiva, hasta llegar al ser supremo, al ser en sí, la filosofía de la existencia desplaza a los debates metafísicos del mundo al yo, del exterior al interior, del objeto al sujeto. El individuo,

en vez de mirar hacia afuera, se sumerge en sí mismo, y desde esta plataforma busca explicar y englobar todos los demás fenómenos, la naturaleza, el no-yo. Lo universal ya no es una manifestación de una esencia, sino se incorpora a lo personal, convirtiéndose en existencia, así como esta existencia se desarrolla en sus límites concretos.

La filosofía de la existencia tiene sus orígenes en el cristianismo, y uno de sus principales teóricos ha sido San Agustín. En la época moderna, cuando ha resucitado esta corriente, encontramos como jefe de esta escuela a otro gran cristiano, al danés Kierkegaard. A partir de este momento se produce una ruptura en el seno de esta escuela. Una parte queda fiel al impulso inicial del cristianismo, mientras que otro grupo de pensadores fundaron una dirección existencialista atea, teniendo como protagonistas a Nietzsche, Heidegger, Sartre y otros.

Hemos recordado estas cosas como puntos de partida para llegar a lo que nos preocupa, al interés que ha despertado la filosofía de la existencia en el mundo contemporáneo. Pues bien: hay que notar que de estos sistemas filosóficos el que ha triunfado en el mundo y es mejor conocido es el de Sartre. Si se abre una discusión acerca del existencialismo, Sartre pasa al primer plano. No obstante, se impone una legítima pregunta: ¿por qué precisamente esta filosofía destructiva, nihilista, una filosofía que proclama el naufragio de la existencia humana, que asegura que el hombre fracasará en todas sus empresas y que toda su vida será un fracaso; por qué esta filosofía que propaga el absurdo de la existencia humana, afirmando que se desarrolla sin razón y justificación alguna, una filosofía que no deja al hombre esperanza alguna y ni siquiera una salida de las ruinas, en las cuales está condenado a vivir, ha gozado de tanto aprecio y admiración entre los contemporáneos, ha invadido las Universidades, ha conquistado la calle, ha creado estados de espíritu contagiosos, los cuales se han propagado sobre todo en el seno de la juventud? El existencialismo de Sartre se ha convertido en mito. ¿Cuál es el misterio de su popularidad?

El éxito fulminante de la filosofía de Sartre no es por su naturaleza metafísica, no se debe a su valor intrínseco, mucho más inferior que de otros sistemas de la misma escuela, sino a su aplicación práctica, a su molde anárquico de vida que propone.

Si el bien y el mal son iguales de importantes ante nuestro trágico destino, si no importa cómo actuar, ya que llegamos al mismo resultado, al fracaso, entonces no nos queda otra cosa que conformarnos con estas situaciones y hacer uso de la libertad de la cual disponemos, según mejor nos parezca, sin ley ni limitación alguna: Sartre libera al individuo de toda responsabilidad ante sus semejantes y ante la sociedad. Todo es lícito porque no existe nada, ningún otro criterio de conducta que tenga validez, salvo la libertad, de la cual podemos disfrutar como queremos.

De todo el edificio de la existencia humana, sólo una única razón se salva del derrumbamiento en la filosofía de Sartre: la libertad del individuo, a la que concibe sin límites en su ejercicio, una libertad absoluta, total, teniendo su centro de gravedad en sí misma. Después de vaciar la existencia de todo sentido, Sartre ofrece al individuo la perspectiva de su libertad total, el único resorte que le ha quedado. Pero, carente de toda certidumbre en la vida, el individuo no puede sino más que hacer uso de manera desesperada de la libertad absoluta que está a su disposición, y por este camino es arrastrado en el torbellino del vacío, de la nada, donde acaba desintegrándose. El existencialismo propuesto por Sartre conduce por necesidad a la inexistencia, a la negación de la persona humana y de sus posibilidades creadoras.

Las fuerzas de la conspiración comunista han comprendido inmediatamente qué ventajas se pueden sacar de esta filosofía disolvente en su lucha de destrucción del Occidente. Con sus enormes medios de difusión han hecho de Sartre el ídolo de las nuevas generaciones, le han proyectado en la conciencia de los contemporáneos como un liberador del hombre de la esclavitud

de tantos prejuicios con los cuales le tiene encadenado la sociedad. Por primera vez el individuo podía gozar de la libertad en su total plenitud y en todas sus variedades. Los cálculos comunistas eran claros. Una juventud apartada de cualquier autoridad, de toda ley, de todo valor, una juventud anárquica, rebelde a toda forma de vida colectiva, automáticamente se convierte en el aliado del comunismo. El joven no se sentirá solidario con la nación a la que pertenece y no la defenderá en caso de peligro. Por el contrario, tendrá la sensación de ser un ajeno en medio de este mundo, al que ya no entiende, y se convertirá finalmente en su enemigo.

Hemos tomado como ejemplo el caso de Sartre porque es, así considerado, un caso clásico. Con él ha ocurrido un escándalo publicitario; su filosofía está siendo proyectada, en millares y millares de imágenes, en el alma de las nuevas generaciones, intoxicando su vida con los «slogans» de la libertad sin límites. Las basas metafísicas de su existencialismo se olvidan; lo que queda es la vida frívola que se le abre a un joven, más allá del bien y del mal, exento de toda responsabilidad y de todo sentimiento del deber. Los efectos de esta filosofía han sido devastadores, preparando el terreno para la posterior implantación del comunismo.

Pero, al lado de Sartre, hay millares y millares de casos, millares y millares de obras de todo género y de todas las artes que gozan de la misma protección oculta, siendo lanzadas en las metrópolis culturales del mundo con un ruido ensordecedor. En la tiniebla se fabrican genios. Figuras desconocidas adquieren dimensiones de creadores gigantescos, oscureciendo la gloria de los auténticos intelectuales. Mas, ¿se podría producir este bombardeo publicitario simultáneo en torno de un autor, en todos los países, si no existiera una cadena de editoriales, de gacetas, de revistas, al servicio de la misma mafia comunista, interesada en propagar ideas disolventes por mediación de una selección negativa a todo lo que se produce en el campo de la cultura universal?

Los comunistas poseen un olfato especial para descubrir todo lo que hay de podrido en el alma de los hombres y todo lo que le puede servir en el campo de la literatura, en el arte y de la ciencia. Una vez que han descubierto en un autor tendencias degeneradas lo ponen en circulación con una fuerza irresistible, como un reclamo de un producto cualquiera al que, por la fuerza de la repetición, se impone al público.

Al notar que el entusiasmo de los contemporáneos, para Sartre, ha disminuido, el aparato publicitario del comunismo ha fabricado nu nuevo ídolo, quien debe representar la misma dirección y renovar los impulsos de autodestrucción en el seno de la juventud. La nueva «vedette» de los no comprendidos, de los desheredados de la suerte, de los descontentos de la estructura de la sociedad, se llama Herbert Marcuse. Mientras Sartre ha cumplido con su misión destructiva, en el plan metafísico, atacando nuestras creencias, Marcuse ha dirigido el tiro de la crítica contra el orden económico, social y político del mundo occidental. El reclama la destrucción de este orden en el nombre de no sabemos qué ideales de cultura y humanidad.

Tanto Sartre como Marcuse pertenecen a la izquierda intelectual y política, identidad que no ocultan. Pero, para ganarse la adhesión de las nuevas generaciones, para no ser tachados de comunistas y descalificados como tales aun cuando en realidad lo son, ellos ejercen su crítica de vez en cuando también contra la sociedad soviética, a la que acusa de haber traicionado los ideales marxistas. No debemos engañarnos por estas apariencias. Su artillería pesada está dirigida contra el Occidente y el mal que origina a nuestra civilización es incalculable.

2. *Cristo y la persona humana.*

El hombre de hoy está sitiado por doquier por inumerables herejías religiosas, filosóficas, políticas, científicas, con el fin de hacerle olvidar su origen sobrenatural y su misión en la tierra. Se ha desencadenado una verdadera caza tras del hombre para prenderle en la trampa de estas herejías. Si se salva de un peligro, hay otro que le acecha, en tanto que hay muy pocos hombres que salen sanos y salvos de esta lucha diaria con los destructores de almas. Basta con echar una mirada a los escaparates de las librerías para ver cuántas miasmas no exhalan de los libros que se publican. Apóstoles improvisados, de sospechoso origen, se acercan a los hombres con el aparente propósito de educarles y hacerles felices. Pero, en realidad, todas estas sectas, escuelas, direcciones, no traen consigo alivio alguno al hombre, dejándole más desorientado y más desesperado que antes de haber sido adoctrinado con las «nuevas verdades».

Las intenciones del enemigo son claras: de un lado someten al hombre al procedimiento del lavado del cerebro, el que se puede llevar a cabo también en estado de libertad, con la ayuda de una avalancha de libros y publicaciones; por otro lado, al mismo hombre, con la mente enturbiada, con la mirada apagada, con el alma vacía de toda certidumbre le ofrece el ramo salvador de la «nueva sociedad», lo que no es otra cosa que la antigua sociedad, instaurada en Rusia hace cincuenta años y conocida por los horrores que ha cometido.

Hay dos movimientos complementarios que sirven al mismo objetivo: la atomización de las naciones. Los individuos desprendidos de la comunidad nacional y de la Iglesia se comportan como átomos libres, cayendo después en la esfera de gravitación del comunismo. En este aspecto es interesante de observar que los protagonistas de las revoluciones estudiantiles de izquierda de Alemania y de Francia de los

años pasados, con el famoso Bendit-Cohn al frente, han empujado luego a la juventud a constituirse en comunas maoístas. Es un puro absurdo desde el punto de vista de la actitud de esta masa estudiantil, ya que ella se ha levantado en nombre de la libertad para protestar contra el sistema capitalista del Occidente, el cual, dicen ellos, ahoga el desarrollo de la personalidad y, en contra del sistema de represión policiaca que defiende a estos mastodontes industriales y a los banqueros. Pues bien, ¿qué buscan estos jóvenes, supuestos defensores de la libertad, con el libro de Mao en la mano, cuando en su imperio reina el más perfecto sistema de deshumanización de la persona humana? ¿Dónde está la consecuencia? Las masas estudiantiles que participan a estos desórdenes no se dan cuenta de lo que hacen, pero sus dirigentes saben a quien sirven y saben que se abusa de la buena fe de la juventud. Estos meses hemos vivido un fenómeno aún más interesante. El maestro mismo, Sartre, se ha puesto en Francia al frente de la juventud maoísta, lo que confirma plenamente su conexión con el comunismo. Su filosofía nihilista no es más que una posición táctica en la lucha que lleva el comunismo para la destrucción del Occidente. Cuando recibe una señal de parte de las fuerzas ocultas olvida su filosofía de la desesperación, olvida el ambiente de libertad desenfrenada que ha propagado y se alinea con los matadores de la libertad.

Un otro hecho extraño que pasa en la vida intelectual de hoy día es que todo el mundo habla de existencialismo, siendo la filosofía en boga, pero pocos prestan atención a sus orígenes cristianos, como si se tratara de una cosa de poca importancia. Ni siquiera los más encarnizados enemigos de la Iglesia niegan que la filosofía de la existencia se ha desprendido del tronco del cristianismo. Entonces, ¿por qué se evita una confrontación de las experiencias logradas hasta ahora sobre la persona humana, con el cristianismo? ¿Por qué se balbucea en la oscuridad, cuando la luz está tan

cercana? No pueden existir motivos racionales por medio, sino los intereses de ciertos círculos de esconder al hombre moderno las verdaderas dimensiones de su alma.

No nos sorprende que estos «compañeros de viaje», que se comportan tan ingratamente con la fuente de donde brotó la filosofía de la existencia, pero nos sorprende que muchos cristianos se someten a sus juicios y en la cuestión de la persona humana prefieren orientarse tomando como guía a Marx, a Freud, a Sartre, a Marcuse, en vez del Divino Maestro, olvidando que Cristo no es un hecho histórico, sino «el camino, la verdad y la vida», para todos los tiempos hasta el final de los siglos.

La persona humana no es un descubrimiento de nuestra época. Sus bases han sido puestas por el Divino Redentor y desde entonces nada se ha añadido sustancialmente. A lo sumo se ha deteriorado su brillante contorno, mediante intervenciones humanas no adecuadas, como en un cuadro de valor, caído en manos de profanos. La persona humana pertenece a las verdades reveladas. Cristo mismo se ha encargado de explicarnos lo que es el hombre. Y no mediante teorías, ni disertaciones acerca del destino humano, sino ofreciéndonos su estremecedor ejemplo. La teoría y la práctica de la persona humana, la idea y la acción, la norma y el ejemplo, forman un todo inseparable en Su vida terrenal.

En definitiva, por esto vino al mundo, para enseñarnos a vivir como personas, como verdaderos hombres, personas que no pertenecemos a este mundo, que tenemos un origen sobrenatural y somos hijos de Dios. Jesucristo se ha sacrificado para restaurar la imagen auténtica de la persona humana, así como salió de la mano de Dios, y para advertirle a la vez al hombre que, si no vive conforme su destino celestial, está amenazado a desaparecer definitivamente en el nada del que ha venido.

El problema de la persona humana ha sido radical y defi-

nitivamente resuelto por Jesucristo. Solamente en Su vida la encontramos realizada en toda su plenitud y belleza. No hace falta indagar en el campo de la sapiencia humana, sino sólo esforzarnos a comprender al Divino Maestro y a seguir Su ejemplo, haciendo uso de la gracia divina y del escudo protector de la Iglesia.

La vida de Cristo no es la reproducción de una esencia muerta, ya que está eliminado el peligro de caer bajo la influencia de las leyes de la naturaleza o de los conceptos abstractos. Esta se desarrolla conforme a las más altas aspiraciones del hombre. Se trata de lo humano llevado a su poderío supremo. Es la parte viva del hombre que vence los obstáculos que encuentra en el mundo. No se puede imaginar una existencia más intensamente vivida, más dramática y ni más ampliamente distribuida en la escala de las posibilidades humanas. La aventura divina en la tierra es también la más grande aventura humana. Las escuelas existencialistas de todas las categorías pueden estar satisfechas. Pero a diferencia de la filosofía de la negación y del nihilismo que maltrata a la persona humana, hasta la empuja para precipitarse en el remolino del nada, Jesucristo le abre otra perspectiva, igual de profunda y vasta como la nada, sólo que es de signo positivo, representada por un deslumbrante manojo de posibilidades creadoras.

Según la enseñanza de Cristo, la esencia de la persona humana es el amor. En la composición de la existencia humana entran numerosos factores; la arquitectura del hombre es extremadamente complicada, pero uno solo lo eleva a la dignidad de ser el rey de la creación: el amor.

El amor es el resorte íntimo de la persona humana, la imagen divina de nuestra alma que distingue al hombre de los demás seres. La imagen existe en la persona mediante la participación del hombre a la Naturaleza Divina. Dios es amor y, por consiguiente, el supremo obsequio que se nos

ha hecho, la distinción que nos ha concedido al prohijarnos no puede ser más que un lazo de amor.

El mundo es un poco desconfiado hacia el amor, ya que lo confunde con el amor humano. Tenemos delante dos realidades distintas, que pertenecen a dos planes diferentes de existencia. Tenemos que hacer distinción entre el amor-afecto, el amor-emoción o el sentimiento del amor, que pertenece a la psicología, y el amor espiritual o el amor cristiano, que es una noción metafísica-religiosa. La diferencia entre las dos especies de amor es como el de la tierra al cielo. El afecto o el sentimiento de amor implica elementos egoistas. Se basa en la reciprocidad de sentimientos. En el amor humano existe un «do ut des» entre dos personas. El individuo que ama quiere absorber en su esfera la vida de la otra persona y cuando sus sentimientos no son compartidos sufre e incluso puede ocurrir que su amor inicial se convierta en odio. El amor afectivo es inestable, puesto que está condicionado por el estado de ánimo de otros. ¿Quién puede entregar su destino al amor humano, que se encuentra en permanente oscilación?

El amor cristiano o espiritual no está mezclado con elementos instintivos o psicológicos. Su característica es su ofrecimiento, su desbordamiento generoso desde el interior. Este amor no sirve a los intereses del individuo o a sus placeres. No le regatea sus frutos. No pide reciprocidad en el trato. No busca la recompensa. No especula, no explota a otros seres, no asimila del exterior lo que conviene a su prosperidad propia. El amor no busca su lucro, como dice el Apóstol San Pablo. La alegría del amor puro es de proyectarse en la obra realizada y no en el sentido de pertenencia. El amor espiritual ofrece sin pedir nada a cambio.

No sabemos lo que es en sí el amor, porque es idéntico con el Principio Divino, del que se ha desprendido para penetrar en el hombre. No lo puede definir noción alguna. Escapa a toda circunscripción lógica. No podemos conocerlo

más que al vivir la experiencia del amor, por parte de cada individuo. Es un acto personal de vivencia, de adentrarnos en nuestro propio yo.

El amor es un misterio que nadie conoce. Lo que nosotros podemos percibir desde afuera son sólo sus efectos en la vida del individuo. El individuo que ha alcanzado los peldaños del amor puro se le reconoce según los sacrificios que hace para el bien de los demás. Y en este sentido tenemos el ejemplo del Divino Redentor. El se ha desprendido de Su Divinidad y se ha ofrecido como presa a la malicia humana para salvar al mundo. «Mayor amor, ha dicho El, no posee más que aquél que ofrece su vida por sus amigos.» Tenemos el ejemplo de Abraham, quien condujo a su hijo al lugar del sacrificio, porque así se lo mandó Dios, que quería comprobar su fe. Tenemos el sublime ejemplo de los soldados que caen en el frente en defensa de su patria. Su sacrificio es en tanto mayor en cuanto que la historia ni siquiera registra sus nombres. Un sacrificio anónimo, que sólo Dios recompensará. Tenemos el ejemplo de las mujeres que arriesgan su vida para crear un nuevo ser. Todos estos hechos pertenecen al amor espiritual, porque son desinteresados, porque no persiguen provecho alguno personal. Bien entendido que no sólo los gestos de sacrificio supremo emanan de nuestra naturaleza espiritual. Todo sacrificio, por pequeño que sea, sin padecer del vicio del egoísmo, sin la adulteración de los cálculos mezquinos, es una confesión de fe superior. Por esto ha puesto de relieve Jesucristo el dinero de la viuda, en su parábola.

En un artículo escrito por Ion Mota, con el título «La medida de nuestro cristianismo», explica en los siguientes términos la relación existente entre el amor y el sacrificio:

«El sacrificio que se desencadena en nuestra alma por amor, por un amor que sea otra cosa que nuestro ser, el sacrificio que nos inunda, vaciando los cimientos humanos de la vida, mas enfervorizándonos al mismo tiempo con la

satisfacción que no puede abarcar el pensamiento humano, este sacrificio es el gesto que arranca por encima del caparazón de nuestra insensibilidad ante las cosas divinas, transformándonos en herida viva, y nos pone en comunión directa con la divinidad, que penetra impetuosamente adentro de nuestra alma.»

«El sacrificio es de este modo la medida de nuestro cristianismo.»

De la perspectiva cristiana de la persona humana proceden consecuencias incalculables para la comunidad dentro de la que vivimos. El individuo que ha descubierto la fuente del amor espiritual sufre una transformación profunda. En su vida se origina un acontecimiento transcendental, una ruptura, una sacudida que cambia su ser. Es como si naciera de nuevo. El siente cómo se derraman las fuerzas vivas de su alma. Un torrente de energías inunda su conciencia, lo que le permite llevar a cabo empresas que no hubiera realizado en las condiciones normales de su existencia. Bajo la influencia del amor, el hombre se convierte en un campo de altas tensiones espirituales. No es un hombre, sino una fuerza humana. El crea, se afirma, lucha, se lanza al mundo para la victoria de unos fines, que sobrepasan a su persona. Incluso, si las circunstancias lo reclaman, sacrifica su vida. El amor, eje de la conciencia humana, se pone de manifiesto bajo la forma del impulso creador. El individuo iluminado por el amor se encuentra en un estado de pasión creadora. Nada le espanta y nada puede resistir a su dinamismo creador. Dios ha creado el Universo, ha creado la persona, ha creado el mundo de los espíritus superiores y crea ininterrumpidamente. Y el hombre, tocado por las alas del amor, sigue el mismo camino de las grandes realizaciones, de las grandes creaciones, convirtiéndose en un colaborador de Dios. El amor espiritual es el poder creador de la personalidad humana. Todo lo que se ha creado de grandes dimensiones en la Humanidad, incluso cuando no ha sido recono-

cida su fuente de creación, se debe al amor. El puede ser equiparado, en el orden material, a la energía atómica o nuclear. Pero para que se manifieste al exterior desde las profundidades del alma tiene que sufrir un bombardeo espiritual, que viene del Espíritu Santo, con la asistencia de la Iglesia.

3. *La fuerza destructiva del comunismo.*

Una vez que sabemos quienes somos —una energía creadora que emana de la Naturaleza Divina— nos podemos enfrentar con el enemigo y con la seguridad de que podemos vencerle. Pero previamente hay que someter también al enemigo al mismo examen: ¿Qué estructura tiene el hombre-comunista en comparación con el hombre-cristiano? No me refiero a las masas que votan por los partidos comunistas y las cuales se imaginan erróneamente que con la llegada del comunismo al poder mejorarían sus condiciones de vida; se trata de minorías dirigentes, de los endoctrinados y definitivamente ligados a esta empresa infernal.

El hombre-comunista pertenece a otro mundo, a otro universo moral e intelectual distinto al nuestro. A diferencia del hombre-cristiano, que tiene un sentido creador en la vida, el comunista es un poseído de la destrucción. El comunista odia la creación bajo todos sus aspectos: odia a Dios, odia a la persona humana, odia a la nación, odia a la cultura, odia todo lo que es noble y hermoso en este mundo. Ante todas las grandes obras de la Humanidad, ante todo lo que ha creado el genio humano a través de milenios, él levanta el puño para destruirlas. Su alma hierve de odio y se manifiesta mediante actos de vandalismo. El cristiano no odia ni siquiera cuando se encuentra luchando contra alguien. Después de vencerle, le tiende la mano. El comunismo no se contenta con la victoria. Su pasión destructora le prohíbe

hacer gesto de generosidad. El atormenta a los vencidos hasta la muerte.

Así como hemos hecho la distinción entre el amor humano y el amor espiritual, del mismo modo, no debemos confundir el sentimiento del odio, que pone a prueba algunas veces incluso a los hombres equilibrados, con el odio que profesa un comunista. El odio de éste es una constante de su alma; es su eje constitutivo. El no comete el mal por casualidad, no destruye empujado por un impulso ciego y momentáneo, porque no sabe lo que hace, sino porque así se lo dicta su naturaleza pervertida. El odio se ha convertido en el sustituto del amor. El comunista encuentra en la comisión del mal, en la tortura de las personas, una voluptuosidad, una satisfacción, un sentido de la vida, una realización de su personalidad. Por esto es inútil y a la vez absurdo pedirle que tenga piedad por sus víctimas. Es un lenguaje que no entiende. Su alma se ha petrificado. Sólo la llama del odio le quema continuamente y este fuego, que no se apaga, le empuja a devorar sin cesar la existencia de otros. Gheorghiu-Dej, ex jefe de Estado de la Rumania comunista, muerto en 1964, estuvo a punto de perder no sólo su situación política, sino de costarle también la cabeza, porque uno de sus colaboradores, durante una entrevista con Stalin, calificó a su jefe de «sentimental». Stalin había expresado su descontento por la lentitud con la cual llevaba Gheorghiu-Dej la acción de comunizar al país. Es la más grave acusación que se puede imputar a un dirigente comunista, puesto que ser sentimental significa tener piedad para con el enemigo de clase. Gheorghiu-Dej, para conservar su puesto, tuvo que demostrar a Stalin cuán poco sentimental era e hizo, por ello, correr ríos de sangre rumana. Dos millones de rumanos fueron víctimas del terror de su tiempo.

Ya desde el primer mensaje dirigido por los comunistas al mundo —*El Manifiesto,* de 1847, de Marx y Engels— propagaron el odio y la destrucción. Este manifiesto ataca

en bloque todos los valores de la civilización europea y cristiana y proclama su próxima destrucción. En todo país donde se vaya instaurando el comunismo será abolida la propiedad privada, la familia, el derecho, la cultura, la religión, la patria, las naciones y los Estados nacionales. Según se puede apreciar, no queda nada en pie de las columnas de nuestra civilización. Europa y los pueblos europeos han pasado por inumerables crisis, guerras, revoluciones, pero durante todas estas transformaciones se ha salvado lo esencial de nuestra civilización, es decir, precisamente aquellos valores a los que los comunistas han jurado hacer desaparecer.

Nuestro eje de vivencia está sobre la vertical. Las principales entidades de este eje son el individuo-patria y Dios, representado en la tierra por la Iglesia. El hombre se convierte en creador y cumple con su destino cuando se lanza al infinito, con espíritu de sacrificio y desisterés, para servir a la Patria y a Dios, valores mucho más superiores que su propia persona. Existe un orden social, naturalmente establecido por el mismo Creador. El individuo no se puede desarraigar del seno de su pueblo, así como tampoco un pueblo se puede alejar de Dios, sin que mediante esta acción antinatural no atraiga sobre sí graves riesgos y castigos. El comunismo lucha para que este eje de vivencia del hombre, que tiende hacia el infinito del cielo, baje a la horizontal. Para la organización de la futura sociedad ellos se centran en el concepto de «masa». El ser humano es absorbido por la masa, la estirpe desaparece dentro del seno de la masa y Dios es sustituido por la realización mecano-científica de la masa.

El carácter destructivo del comunismo no es solamente una manifestación teórica suya. No se limita a una violencia de lenguaje, la cual desaparece cuando llegan al poder los partidos comunistas y se encuentran frente a frente con las responsabilidades de gobernar.

No. Cuando llegaron los bolcheviques a ser dueños de

Rusia, aplicaron con una exactitud feroz el catequismo de Marx. Destruyeron todos los antiguos estamentos de la sociedad y si algunas veces moderaron sus crueldades, se debió sólo a necesidades tácticas. Hay que recordar el asesinato de la familia imperial, los millares de sacerdotes que sufrieron el martirio, la liquidación de la clase dirigente, los seis millones de campesinos asesinados en Ucrania para la realización de la colectivización de la tierra, a la trágica suerte de las nacionalidades de Rusia, diezmadas y deportadas, a los doce mil oficiales polacos enterrados en las fosas de Katyn, a los seis millones de alemanes que perecieron cuando se les vino encima el diluvio bolchevique en el centro de Europa. A lo largo de todos los cincuenta años de la historia comunista en Rusia y en los países invadidos no encontramos más que sangre, muerte, atrocidades que no han ocurrido en el mundo desde el tiempo de Gengis-Khan. Que nos sea permitido a recordar el genocidio de la población rumana de Besarabia. De los cuatro millones de rumanos, habitantes de esta región, un millón no existe ya, víctima de las operaciones sucesivas de deportación, las cuales adquirieron un ritmo vertiginoso tan pronto llegó Breznev a ser amo de todos los rusos. La deportación no significa, como podría creerse, traslado en otros lugares de trabajo, sino llana y simplemente una condena a muerte. Se llevan a las personas durante la noche de sus pueblos; familias enteras son embarcadas en vagones de mercancía y transportadas durante semanas y semanas, sin la más mínima asistencia alimenticia y médica. Luego, los sobrevivientes, descienden en lugares desérticos, donde no encuentran otra cosa que la inmensa estepa siberiana. El hambre, la intemperie y el invierno, el terrible invierno siberiano, acaban por matar a todos. Mueren los hombres como las moscas: hombres, mujeres y niños. De la floreciente población de antaño que habitaban los pueblos de Besarabia no quedará en poco tiempo más que unos montones de cadáveres insepultos, puesto

que, a causa de la tierra helada, los muertos no pueden ser enterrados hasta la llegada de la primavera.

Se comete un inmenso error en el Occidente, y, en general, en el mundo libre, cuando se considera al comunismo como una expresión de la lucha de clase, como una revolución que arranca el poder de una clase y la transfiere a otra clase social, es decir, al proletariado, a las clases de abajo, oprimidas por la antigua clase. Así como el régimen feudal fue obligado a ceder en la preeminencia del Estado a la clase burguesa, del mismo modo en la actualidad el comunismo sustituye en la jefatura del Estado al orden burgués. Nada más falso. El comunismo no es una expresión de una clase. Se aprovecha de ciertas clases para conquistar el poder y derribar el Estado Nacional, pero no para llevarlas a la jefatura del Estado, sino para cumplir con el plan de la destrucción de la nación entera, con todas sus instituciones y sus clases. No se salva ninguna clase, ninguna institución, cuando se hace cargo del poder el comunismo. La acción de aniquilamiento continúa implacable, «erga omnes», hasta que de la hermosa nación de antaño no ha quedado más que una masa de hombres atemorizados, quienes no osan ni siquiera levantar la mirada hacia los nuevos dueños. Según la manera de comportarse, se asemejan más a unos autómatas que a unos seres dotados con voluntad propia.

Para prevenir cualquier duda acerca de esta cuestión, me permito indicar someramente cómo han actuado los bolcheviques en Rumania y cuáles han sido las etapas principales de destrucción del pueblo rumano hasta llevarle al estado de sumisión actual.

Después de la invasión de Rumania por los ejércitos soviéticos, dos categorías de ciudadanos han tenido que sufrir el martirio y la persecución desde el primer momento: los funcionarios del régimen de la dictadura del mariscal Antonescu, sobre todo los oficiales, y los legionarios de la Guardia de Hierro, todos tachados de «fascistas», aunque los legiona-

Entre 1952-1953, la sanguinaria orgía del régimen comunista rumano se concentró contra los antiguos grandes terratenientes, expropiados mucho tiempo antes ya, y contra los campesinos «chiaburi» («ricos») de los pueblos. Estos eran campesinos que gozaban de un cierto bienestar, poseyendo más de 10 hectáreas y que para poder labrar el campo empleaban también brazos ajenos. Todos han sido tachados de explotadores del pueblo, su fortuna confiscada y pasada a la propiedad del Estado, mientras que ellos han sido condenados a trabajos forzados.

Pero las cosas no han parado ni a este punto, cuando prácticamente ya no existían más explotadores, puesto que los bancos, las industrias, los talleres, las fincas y toda clase de propiedad privada fueron expropiadas. ¿Qué queda todavía en pie del antiguo orden social? La masa de los pequeños y medianos campesinos, quienes rehusaban entregar su tierra al Estado a pesar de todas las presiones que se ejercitaban contra ellos.

En Rumania ya no existían, propiamente dicho, latifundios. Estos habían sido distribuidos a los campesinos después de la primera guerra mundial. En 1962 sonó la hora de su destrucción, también para los doce millones de campesinos libres, la inmensa mayoría de la población. Todas las fuerzas del régimen fueron movilizadas para obligar a los campesinos a que ingresen en los Kolhoz, renunciando a sus tierras. Han ocurrido escenas espeluznantes. Pueblos enteros han sido rodeados y pasados a sangre y fuego por las ráfagas de ametralladoras y los cañones de los tanques. Otros pueblos han sido bombardeados por los aviones. La operación de la colectivización de las tierras (propiedades rurales) ha costado a la nación 30.000 muertos y dos millones de detenidos y procesados por diversos delitos. Si un campesino tomaba de su viña un racimo de uvas, era procesado y condenado por robo del bien público.

Finalmente, se podría decir que tal vez hay, a pesar de todo, una clase que se ha beneficiado de la política del régimen: la clase obrera. Es paradógico que tampoco esta clase, en cuyo nombre se han cometido tantos horrores, sea la excepción de la cruel suerte con que han golpeado a los otros rumanos. Los obreros son pagados miserablemente, aproximadamente con la cuarta parte de lo que recibe un obrero español y la vida es mucho más cara. Los obreros están sometidos a trabajos agotadores y no pueden cambiar su puesto de trabajo. Son esclavos del Estado, carentes de toda iniciativa y de todo derecho de protesta. Sus familias viven con la permanente preocupación del día de mañana. En el mercado no se encuentra nada, ni siquiera patatas. Colas interminables se forman cada mañana delante de los almacenes del Estado.

Si quitamos del seno de la nación todas estas clases, caídas en desgracia del régimen, ¿qué queda de ella? A lo sumo un centenar de miles de personas, los privilegiados del Partido. Estos integran los cuadros de la seguridad, los artistas y los escritores aceptados por el régimen y una serie de hombres de ciencia y técnicos de alta categoría. A esto se limita la nación rumana. Abajo, una masa de esclavos, quienes gimen bajo las cargas que tienen que aguantar, y arriba, una ínfima minoría, entre la cual brillan las estrellas del Partido, quienes se han convertido en la nueva clase explotadora, y que lleva una vida de nabab.

¿En nombre de qué derecho, en nombre de qué legalidad histórica, en nombre de qué méritos, un millar de hombres, la mayoría extranjeros, desposeen de bienes e instituyen un régimen de esclavitud sobre 20 millones de rumanos? ¿De quién tienen la autoridad?

Tenemos que volver ahora a una cuestión de orden metafísico. ¿Cómo se explica el carácter destructivo del comunismo? Desde el punto de vista de la Historia Universal, de

la perspectiva que abarca la entera Humanidad, ¿cómo se proyecta este movimiento? El comunismo es una empresa satánica, es la obra de Lucifer y significa una reanudación de la lucha para derribar el reino de Dios. Derrotados varias veces, los cabecillas de los ángeles rebeldes han renovado sus ataques creando esta calamidad histórica de nuestra época, denominado el Comunismo.

La primera guerra estalló en el cielo, cuando Lucifer, mordido por la envidia, quería derribar a Dios y fue expulsado del Paraíso por la implacable espada de San Miguel Arcángel. Más tarde, ha engañado a la primera pareja de seres humanos para que comiera del fruto prohibido, «para ser como Dios». A causa de este acto desleal, el hombre perdió la inmortalidad y fue condenado a errar en la tierra, esclavo del pecado, hasta la llegada del Divino Redentor.

Con la Encarnación del Divino Redentor, Lucifer incitó a los judíos para que no le reconociesen la Paternidad Divina, exigiendo su crucificación. Pero la momentánea victoria de Lucifer fue saldada pronto con una derrota: Jesucristo resucitó, el pueblo judío perdió su patria, y los apóstoles de Cristo fundaron la Iglesia cristiana.

Roído por la envidia, Lucifer pensó tomarse el desquite. Como a Jesucristo no podía hacerle ningún daño, ha desencadenado toda su furia en contra del estamento fundado por Cristo, contra la Iglesia Cristiana, contra los pueblos que han abrazado la nueva fe y contra el hombre en general, como imagen viva de la «cara y la semblanza de Dios». Con este fin, ha atraído a su lado toda clase de hombres malos, envidiosos e insaciables para formar un ejército combatiente en la tierra, para aniquilar a las fuerzas cristianas. Como expresión final de este intento de corromper parte de la Humanidad, apareció el comunismo, cuyo origen satánico se reconoce por su carácter destructivo.

El comunismo persigue aniquilar todo lo que es de esencia divina: persona humana, familia, Estado, nación, Iglesia.

Los comunistas son aliados de Lucifer en la tierra. El imperio comunista que se ha creado en Rusia, Europa oriental y Asia representa una brecha luciférica en la Historia de la Humanidad, una toma de posesión en nombre y bajo el escudo de Lucifer de unas ingentes extensiones de tierra y de unas numerosas poblaciones.

Los comunistas no son ateos, así como se cree. Ser ateo no es tan grave, ya que el ateo es susceptible de convertirse y, además, los ateos dejan en paz a los otros hombres para profesar sus creencias. Pues bien, si no creen en alguien es un asunto personal. Los comunistas, por el contrario, tienen una religión: son los adeptos de Lucifer y profesan un culto. Ellos destruyen todo lo que es cristiano, ya que este es el precio que deben pagar a su dios por el poder de que gozan. Ellos han sido ayudados por Lucifer a extender su dominación sobre tantos pueblos, se les han concedido tantas satisfacciones materiales y políticas para que, a su vez, se conviertan en los instrumentos del Anticristo.

El impulso destructivo del comunismo no es humano. No pertenece a la persona normal constituida. Es un impulso de origen sobrenatural, que procede el genio del mal.

Lucifer no es un creador. El se ha anulado en su capacidad creadora a causa de su rebeldía en contra de Dios, convirtiéndose en un ser destructivo. Su ideal es el vacío, la nada, el no ser. Si todo es aniquilado y no queda nada de todo lo que ha creado Dios, entonces y sólo entonces él puede convertirse en igual a Dios.

Por consiguiente, tenemos que ser conscientes de que en la lucha contra el comunismo, la Cristiandad se juega todo sobre una sola carta. Toda la Historia de la Humanidad, con sus diversas épocas, se decide en esta lucha final. Si los cristianos desertaran de la bandera de Cristo por cálculos humanos y mezquinos, entonces vencerá el Anticristo y se realizará la visión del Apocalipsis. Entonces se extenderá la dominación de la Bestia sobre todo el globo terráqueo y el hombre

será obligado a llevar sobre su frente el signo de la Fiera, una esclavitud que debe perdurar, o bien poco, así como puede durar mucho tiempo.

Tenemos que ser conscientes que por unos cuantos años de falaz paz y de bienestar, podemos perder no sólo en el plano histórico todo lo que poseemos ahora, sino del mismo modo en el plano espiritual, periclitándonos la salvación del alma. Ante nosotros se abre la última oportunidad para salvarnos.

III. EL COMUNISMO EN ACCION Y LOS MEDIOS DE DEFENSA

La parte final de mi conferencia la dedicaré a los problemas de política práctica, es decir, a las técnicas de lucha del comunismo y cuál debería ser la réplica del mundo libre a cada uno de los golpes o de las trampas tendidas por la conspiración.

Bien entendido que no puedo agotar este tema. He selecciondo algunas cuestiones que me han parecido más importantes para ser conocidas.

En primer lugar, hay que precisar quién es el titular de la conspiración comunista, ya que detrás de ella debe existir una colectividad, una entidad nacional, una raza que pone en acción sus resortes y que persigue los objetivos que se habían propuesto. No se puede concebir que una empresa política tan compleja haya sido realizada sin el apoyo de un pueblo, que la asegura la eficacia y la continuidad.

Es cierto que en su origen el comunismo fue una creación de los judíos, mejor dicho de una rama judía, la más numerosa y la más agresiva de entre las tribus de esta nación, la raza de las kazaro-judíos. Este grupo no desciende de los antiguos judíos, de los que en la actualidad quedan muy pocos, sino pertenecen a una población de origen mongólica, la cual entre los años 600-800 se hallaba en el sur de Rusia y pasó en su totalidad a la religión mosaica.

Según otras fuentes, los judíos dominaron a la Internacional Comunista hasta que conquistaron el poder en Rusia. Bajo Stalin, han sido progresivamente eliminados de la jefatura del partido. La población judía no desempeñaría en la actualidad en la organización mundial del comunismo más que un papel secundario, y los rusos utilizarían el comunismo como instrumento de su imperialismo. El pueblo ruso, igual que el judío, es un pueblo mesiánico, es decir, cree que fue llamado por la Providencia a dominar todo el globo terráqueo.

Según una tercera teoría, el núcleo central de la conspiración se había desplazado actualmente en las manos de unas fuerzas mongólicas-chinas, que perseguirían reinstaurar el antiguo imperio de Gengis-Khan.

Cualquiera que sea la composición del grupo principal del comunismo en la actualidad, los kazaro-judíos, los rusos o los mongólicos, desde el punto de vista de Europa, la situación no varía: todas estas fuerzas son de origen asiático y profesan el mismo odio feroz contra el Occidente.

1. *Dialéctica de la acción.*

El comunismo es un sistema de acción. No cree en ideas, en teorías, en conceptos más que en la medida en que estas fórmulas promueven el proceso revolucionario. Las ideas no tienen un valor intrínseco. Son simples instrumentos de lucha. Sirven para la movilización de las masas y para estimular sus instintos de rebeldía.

El comunismo cambia ininterrumpidamente sus aspectos, sus maneras de diálogo, los métodos de lucha e incluso las ideas. Es igual que Proteo, el dios de la mitología griega, quien cambiaba según su voluntad su semblante.

Todo cambia en el comunismo salvo el centro conspirador. Todo es fluido, todo se halla en movimiento, todo se transforma en sus manifestaciones, ya que su objetivo no es el respeto

de una ideología, sino la conquista del poder. Panta rhei. Todo puede ser sacrificado, incluso la momia de Stalin, si esto puede servir al incremento de la influencia comunista en el mundo. Los comunistas estarán dispuestos a convertirse en capitalistas en cualquier momento, si los intereses de su revolución lo exige, o incluso en los más fervientes militantes cristianos.

George Dimitrov, el antiguo secretario general de la Internacional Comunista, ha declarado lo siguiente para explicar la aparente contradicción en la conducta de los comunistas:

«Somos acusados algunas veces de que nos apartamos de los principios comunistas. ¡Qué estupidez, qué ceguera! No seríamos marxistas, no seríamos revolucionarios de Lenin si no fuéramos capaces de adulterar nuestras tácticas y la manera de actuar, según las circunstancias. Mas todos estos cambios están encaminados hacia un único fin: la revolución mundial.»

El comunismo no posee honorabilidad doctrinaria. Por esto es pérdida de tiempo ocuparse de sus tesis. El verdadero marxista, es decir, el revolucionario de profesión, no cree en las especulaciones puras. La verdad, para un marxista, es una cuestión de práctica, se mide según el éxito conseguido, según la eficacia revolucionaria de una idea. A los comunistas les interesa encontrar ideas y procedimientos capaces de ayudarles a la disgregación de los pueblos. Si la idea da buenos resultados, se convierte en verdad; si la misma idea más tarde es contraproducente, se la abandona y se la sustituye por otra. El marxismo es, en primer lugar, una regla de acción, un arte de adaptarse a la lucha revolucionaria a todas las situaciones y circunstancias posibles.

Por ejemplo, al comienzo, Lenin proclamó el principio de la autodeterminación de los pueblos, porque de esta manera ganaba a su lado las nacionalidades de Rusia contra el antiguo régimen. Pero después de consolidarse en el poder, olvidó su solemne declaración y empezó a atacar y sojuzgar estos

pueblos, los cuales, tomando como base su palabra, querían disponer libremente de su suerte.

Al sistema comunista de acción, que no se embrolla en teorías, hay que oponerle en contraposición otro sistema de acción. Con teóricos estériles nunca se ganará la batalla contra el comunismo. Dejemos a un lado la fraseología marxista y atengámonos a lo que hacen ellos en el terreno práctico.

Si nos limitamos sólo a pronunciar conferencias o escribir artículos o libros, si luchamos sólo en el plan doctrinario, demostrando la falsedad del marxismo, no hemos resuelto nada. Es lo que desea el comunismo. Que no le molestemos en sus actividades. Mientras que nosotros hacemos incursiones ideológicas y científicas, sus invisibles ejércitos avanzan y se acercan a nuestro corazón. Tenemos que descender al terreno de batalla para luchar en los lugares y en las instituciones donde él actúa: en la calle, en fábricas, en Universidades, en la Iglesia, en el tren, en bares, en cafés, en empresas, en salas de conferencias y en cualquier sitio donde hace su aparición el enemigo.

2. *La conspiración trabaja a escala mundial.*

El comunismo no es un fenómeno local. Sus redes conspiradoras se extienden sobre todo el globo terráqueo. La central de esta conspiración puede estar en Moscú, pero de igual modo puede ser en Nueva York o en algún lugar de Asia. Sobre los regímenes comunistas de diversos países y por encima de los partidos comunistas del mundo entero, existe una autoridad central, algo semejante a un gobierno mundial, que no saldrá a la luz del día más que en el momento de la victoria final.

Este órgano invisible del comunismo planifica y dirige todas las acciones que se emprenden en el mundo libre para sojuzgarle.

Los comunistas llevan a cabo una guerra a escala planetaria. Cuando quieren atacar un pueblo, un partido e incluso sólo una personalidad, entonces concentran en aquel punto todos los medios que están a su alcance. Recordamos el caso de McCarthy. Este senador norteamericano había logrado movilizar a la opinión pública americana contra las infiltraciones comunistas en la Administración. Había seguido una serie de investigaciones célebres, las cuales condujeron a la eliminación de un importante contingente de agentes comunistas de las instituciones del Estado. La acción de comprometer y de eliminar a McCarthy era una cuestión vital para la supervivencia de la conspiración comunista en la política americana. Un solo hombre, mediante su decisión, su corage y su lucidez, ponía en peligro la existencia de una conspiración entera, la cual se había instalado en los Estados Unidos. Entonces se desencadenaron contra la persona de McCarthy ataques simultáneos de todos los rincones del mundo, tanto en los países comunistas como en los no comunistas, con el resultado conocido.

Igualmente podemos ofrecer otro ejemplo altamente instructivo de la coordinación comunista a escala mundial: la capitulación de Rumania el 23 de agosto de 1944. Para que se produzca el derrumbamiento del frente en este punto, con graves repercusiones para las potencias del Eje, la conspiración comunista trabajó simultáneamente sobre tres planos: En Rusia, en los Estados Unidos y en Rumania. Para lograr el golpe, es decir, destruir la alianza con Alemania, y para facilitar la penetración de las divisiones soviéticas en el país, era preciso que todos estos factores fuesen puestos de acuerdo. La Unión Soviética dio seguridades a Rumania que no tocaría su régimen político y social; las potencias anglo-sajonas aconsejaron a los delegados rumanos que se entiendiesen con los rusos, mientras que la conspiración que trabajaba en el interior de Rumania lograba convencer a los líderes políticos que el comunismo había perdido su virulencia y que en Rusia

había adquirido un carácter nacional, y, por consiguiente, no representan peligro alguno para la existencia de los demás Estados. Tanto el rey como los partidos políticos cayeron en esta trampa, aceptando la versión de la blandura del comunismo perpetrando el golpe contra el mariscal Antonescu, con el resultado conocido.

Tenemos que sacar la siguiente enseñanza: ante la amenaza comunista, ningún individuo, ningún Estado puede salvarse por sí sólo. Contra una coalición mundial no se puede luchar con medios limitados al plan nacional. La desproporción de las fuerzas es excesiva. Más tarde o más temprano, todos los Estados nacionales serán doblegados. Si tenemos una casa en un bosque y se prende el fuego a una distancia apreciable, ¿qué hacemos? Evidentemente, corremos al lugar del incendio en el bosque para impedir que el fuego se propague hasta nuestra casa.

La misma operación de salvamento tenemos que emprender en el plano internacional: hay que apagar los focos del comunismo mundial antes de que éste alcance nuestra propia casa.

La actitud poco sensata de los Estados del mundo libre recuerda un acontecimiento ocurrido en Rusia, durante la revolución de 1917-1918, en una ciudad de provincia con una población aproximada de 10.000 habitantes. Durante una noche la ciudad fue invadida por una banda de 100 bolcheviques armados que comenzaron a robar y matar. Los valientes ciudadanos, en vez de reunirse y oponer resistencia a los invasores, echándoles del pueblo, lo que podían llevar a cabo, ya que eran superiores numéricamente, prefirieron esconderse en sus casas, cerrando las ventanas y las puertas. Los bolcheviques, ante esta actitud, fueron tomando casa por casa, matando a los hombres y violando a las mujeres, así como robando lo que pudieron.

No existe salvación para el mundo libre más que mediante una acción coordinada de todas las fuerzas nacionales y

cristianas. Al Frente mundial de la conspiración comunista hay que oponerle un Frente de la misma envergadura, de todos aquellos que son decididos a salvaguardar la herencia de los milenios de civilización humana.

3. *El cultivo de las contradicciones.*

En la vida de una nación aparecen multitud de problemas y conflictos: sociales, divergencias políticas, tensiones confesionales, reivindicaciones regionalistas, etc.

De manera normal todos estos conflictos se resuelven finalmente por vías legales o revolucionarias, dentro del cuadro de cada nación. Con la aparición del comunismo, el panorama interior de los Estados nacionales cambia radicalmente. Estos Estados tienen que luchar no sólo contra las dificultades inherentes de la vida colectiva, sino también contra una fuerza extranjera, que se inmiscúe en sus asuntos internos. El comunismo aprovecha los conflictos que se producen en el seno de una nación, como de un material incendiario para destruir la misma estructura de sus permanentes históricas. El Estado nacional no combate sólo unos fenómenos locales de disgregación de su autoridad, sino que se halla ante un nuevo problema infinitamente más complicado y más difícil de resolver: la asociación de los grupos oposicionistas con una fuerza internacional. Por mediación de ésta penetran los agentes comunistas, quienes dan mayores proporciones al conflicto, ya que ellos no persiguen la pacificación de los espíritus, sino la destrucción del Estado Nacional.

A estas tácticas de perforación del dique de proteción de un Estado, formado por sus instituciones fundamentales, los comunistas las han denominado «el cultivo de las contradicciones internas». En cualquier país, los comunistas sostendrán aquellas corrientes que debilitan la autoridad del Estado y el engranaje general de la nación. Si la forma de gobierno de

un país es monárquica, los comunistas se aliarán con los republicanos; si en un país se manifiestan tendencias separatistas, ellos defenderán a los separatistas; si dentro de un Etado hay varias confesiones, ellos favorecerán la lucha inter-confesional; si el Estado es plurinacional o plurirracial, ellos azuzarán una nación contra la otra o una raza contra la otra; si un país atraviesa una crisis económica, ellos provocarán huelgas y manifestaciones; si el Estado es gobernado democráticamente, ellos preferirán sostener aquellos partidos que estén dispuestos a hacer concesiones internas y externas a favor del comunismo. Los comunistas se asociarán dentro del seno de una nación con todos los elementos disidentes y de carácter inestable, para transformarlos en una masa de maniobra contra el Estado nacional.

De todas las formas de gobierno en el mundo libre, los comunistas preferirán a la democracia, porque la infiltración y la corrupción son mucho más fáciles de realizar en un país con varios partidos. En un régimen autoritario no existe más que una sola línea de infiltración en el seno del Estado y ésta es de difícil acceso, mientras que en la democracia existen muchas más posibilidades de colocación de los agentes y de ejercer las influencias deseadas.

Como cada nación tiene sus peculiaridades, es evidente que también las fórmulas comunistas de disgregación de los Estados nacionales variarían de un país a otro. Todo depende de lo que descubren en el organismo de una nación, qué enfermedad colectiva, qué espasmos sociales, qué sectores de opinión están dispuestos hacerles el juego. Aunque ateos veremos entonces comunistas colaborando con aquellos sacerdotes que se rebelan contra la autoridad del Estado, contra la Jerarquía de la Iglesia o contra las verdades religiosas. Los comunistas son como las bacterias, las cuales se multiplican y ponen en peligro la vida del hombre cuando encuentran un organismo debilitado.

Evidentemente, no se pueden evitar los conflictos de inte-

reses entre diferentes medios sociales que integran una nación. Es una ley de vida. Pero lo que se puede evitar es que el descontento de los ciudadanos no desborden los límites impuestos por la seguridad interna del Estado. Los dirigentes de las fracciones oposicionistas tienen que pensar en aquellos que se hallan detrás de ellos, quienes no esperan más que, en el choque de intereses, se produzca una brecha en el edificio del Estado para que sobre sus huellas puedan penetrar también ellos para destruir todo el orden nacional.

4. *La trampa de las informaciones.*

Toda lucha política, así como toda acción militar se basa en las informaciones que se obtienen de los movimientos del enemigo.

Los comunistas, al comprender el valor decisivo de las informaciones, se han organizado de tal modo que ellos se enteran de todo lo que ocurre en el mundo occidental sin que de ellos escape algo de interés para la orientación de su enemigo. Los Estados occidentales no conocen nada o casi nada de lo que pasa en Rusia o en los países con régimen comunista. Sus informes referentes al espacio prohibido, detrás del telón de acero y del de bambú, son deficientes, inferiores y de ningún modo revelan algo importante sobre los grandes secretos y las grandes decisiones de la conspiración comunista. Los Gobiernos occidentales y sus Estados Mayores operan sobre el vacío, sobre la base de un material inseguro y a menudo incluso proporcionado por el mismo enemigo.

Para llegar a esta perfección en el control de las informaciones, los regímenes comunistas han creado una serie de barreras entre los países que se encuentran bajo su dominio y el mundo libre.

Tropezamos, en primer lugar, con su propio sistema de organización, basado en el llamado centralismo democrático, que

tiene por resultado la reducción de su personal político de primera fila a unas cuantas personas. Dentro de este reducido gremio se toman todas las grandes decisones, sin parlamento y sin la participación de la opinión pública.

Sigue la segunda barrera de protección de las informaciones: una severa censura de las publicaciones, que no deja aparecer ni una sola línea sin la aprobación del Partido.

Entre la Europa esclava y la Europa libre se levanta, además, el telón de acero que impide la libre circulación de las personas de una zona a otra. Por consiguiente, también este sistema informativo representado por las personas que viajan al extranjero es severamente controlado.

Finalmente, y este es el hecho más grave, los comunistas han logrado crear aquí, en Occidente, en el seno del mundo libre, otro «telón de acero», constituido por las grandes agencias de Prensa, por la así llamada «Prensa Internacional» y por numerosas editoriales.

Estos órganos informativos, que parecen estar adscritos exclusivamente a la profesión periodística y reflejar la opinión pública de los respectivos países, representan un peligro mortal para los intereses de Occidente. Por un lado, estos órganos impiden la difusión de las noticias desfavorables a los regímenes comunistas y, por otro, suministran falsas informaciones procedentes de detrás del telón de acero. Las noticias fabricadas por los comunistas con el fin de desorientar a los Gobiernos occidentales son recogidas y amplificadas por la Prensa de gran circulación internacional, controlada por aquéllos. De este modo, el Occidente no sólo no sabe nada o casi nada acerca de las grandes decisiones adoptadas por los dirigentes de los regímenes comunistas, sino que, además, es víctima de una continua desinformación.

Para ofrecer un ejemplo citaremos cómo hace unos pocos años la Prensa internacional dedicaba su atención a la «rebelión cultural» en la China de Mao. Esta Prensa nos aseguraba, con variedad de tonos y propósitos, basados en un abundante

material «documental», que China se hallaba al borde de la guerra civil. ¡Qué alivio para el mundo libre! Sin guerra, sin sacrificios, asistiendo a las convulsiones internas de China, la Humanidad se hubiera librado de la pesadilla del «peligro amarillo». Repentinamente, la campaña de prensa cesó como si este tema no hubiera estado nunca al orden del día. Han pasado los años y finalmente se ha comprobado que los disturbios de China han sido un ardid de Mao, del que no han faltado ni muertos, con el fin de ganar tiempo para la fabricación de armas nucleares y misiles. ¿Quién se siente amenazado por un país preso por una guerra civil? Pero ¿qué dicen ahora todos aquellos corresponsales y redactores que agitaron hasta la histeria este tema, asegurándonos que Mao sería liquidado por sus propios partidarios?

Para evitar los riesgos de la desinformación, tenemos que acostumbrarnos a pensar en función de las estructuras políticas existentes. El mundo comunista tiene una cierta estructura y sus objetivos son inalterables. Todo lo que podemos oír, leer sobre el comunismo no debe apartarnos de este juicio. Al ya anciano Adenauer se había presentado un refugiado político procedente de detrás del telón de acero con un memorandum integrado por 24 puntos, en los cuales quería demostrarle que el comunismo seguía siendo un peligro, mientras que la coexistencia no era realizable. Adenauer tuvo la paciencia de escuchar la lectura del memorandum, mas al final le dijo: «Yo no me guío más que por dos principios en las relaciones con el comunismo:

1) El comunismo no cambia jamás sus objetivos;

2) No confiar nunca en un comunista.»

Estos dos principios son suficientes para defendernos de la trampa de las informaciones.

5. *Los peligros del diálogo.*

Los comunistas invitan a los cristianos occidentales y, en general, a cualquier hombre libre a hablar con ellos, examinar juntos los puntos de «fricción» existentes entre ellos. «Tenemos que conocer mejor, dicen ellos, nuestros puntos de vista, ya que a menudo la falta de comprensión y los conflictos proceden de una falsa interpretación de las actitudes del otro». Invita, en otras palabras, a un diálogo a sus oponentes del mundo libre.

El diálogo supone que existe buena voluntad por ambas partes. Unos y otros tienen que poner de manifiesto el mismo interés para la confrontación de sus opiniones, esperando que mediante este método se llegue a la eliminación de las diferencias existentes. Mas aquí hay que poner el primer reparo. Los comunistas, que con tanto ardor solicitan el diálogo con el mundo libre, no conceden a este instrumento de clarificar las posiciones ideológicas o políticas el mismo valor. Más exacto, no le concede importancia alguna. Aún más, si son tan interesados en el diálogo, ¿por qué en los países donde ellos gobiernan han suprimido en las relaciones con sus gobernados toda forma de diálogo? ¿Qué oportunidad ofrecen los regímenes comunistas de Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Rusia a sus propios ciudadanos para expresar su crítica o diferencias? El diálogo es una noción desconocida en los países comunistas. Cuando un ciudadano intenta pedir una explicación de parte de una autoridad o la reparación de una injusticia sufrida, es enviado a la cárcel o al manicomio. Principalmente, por su régimen político, basado en el aniquilamiento físico de la oposición, los comunistas son inaptos para mantener un diálogo.

Si así están las cosas, ¿por qué se empeñan tanto los comunistas en dialogar con el mundo libre? Sin duda alguna no para hallar una base común de entendimiento, sino para debilitarle en su vigilancia política. Para los comunistas, el diálogo

no es más que un juego encaminado a obligar al adversario a cometer un error, del que puedan aprovecharse. En estas conversaciones su voz tajante se llena de dulzura, su mirada cruel se ablanda, para dar la impresión al interlocutor de que se encuentra ante un hombre con el cual se puede hablar. Mas ¡qué desgracia para aquellos que no entienden lo que se oculta detrás de estas máscaras cortesanas!

Pero hay algo más que se opone al diálogo con los comunistas. Pertenecemos a dos mundos distintos. Nuestro universo político y espiritual posee otra estructura. Los valores cardinales de nuestra civilización son detestados por los comunistas que intentan destruirlos. No existe término medio, no hay una plataforma común, que permita la celebración de un diálogo.

En primer lugar, un comunista no pertenece ya a la comunidad nacional. El ya no es rumano, ni español, ni francés. Un comunista es un asesino potencial de su propia patria, ya que su doctrina propaga el aniquilamiento de los pueblos. Por esto, todas las denominaciones de partido comunista español, rumano, francés, inglés, italiano, son absurdas. No eres ya ni italiano, ni francés, ni rumano, etc. si eres comunista. Te autoexcluyes de la comunidad nacional. No existe más que un solo partido comunista no nacional, antinacional e internacional, al cual pertenecen todos los comunistas, indistintamente de su origen nacional.

La contradicción es todavía más manifiesta aun cuando se intentan diálogos entre comunistas y cristianos. Un abismo separa a los dos mundos. No se puede pertenecer a la vez a las dos comunidades. Un marxista por la naturaleza de su creencia tiene que combatir y destruir el cristianismo. Un cristiano no puede aceptar el diálogo con un comunista, ya que no puede pasar por encima del abismo que les separa. Un cristiano que se ha hecho comunista ha roto con la Cristiandad, con la Iglesia, ha desertado de la bandera de Cristo y automáticamente se convierte en un enemigo del Redentor.

Finalmente, las grandes verdades de la vida, como son

Cristo, Patria, la persona humana, no pueden constituir tema de discusión. Son realidades fundamentales de la existencia. Estas verdades no se discuten. Se afirman. Se predican desde el púlpito y se defienden, si es necesario, con el arma en la mano. Ellas constituyen el «credo» de nuestra civilización y no pueden ser degradadas a materia de diálogo.

6. *Sobre la inteligencia de los comunistas.*

Cuando echamos una mirada sobre la historia del comunismo, desde que tomó el poder en Rusia hasta la fecha no podemos contener un grito de admiración: ¡qué inteligencia soberbia la de los dirigentes comunistas, qué genialidad en el manejo del complicado engranaje de su política externa, qué arte en atraer a los Estados escogidos a ser destruidos en su campo de actividad, donde les enredan como en una red de araña! ¡qué planes grandiosos y, al mismo tiempo, con cuánta finura realizados! Cuando un Estado comunista emprende el más insignificante movimiento, nadie se da cuenta que éste pertenece a un complejo operativo de largo alcance, de lejanas perspectivas. Nada se deja a la pura casualidad y nada se realiza sin servir a la meta final: la dominación mundial.

Después hay que dirigir la mirada al otro lado, hacia el mundo libre, donde vemos los Estados que han sido antaño libres y hoy en día yacen en la esclavitud comunista, y entonces no podemos evitar una exclamación de dolor y disgusto: ¡cuánta pequeñez en su concepto político y qué errores elementales de estrategia y de táctica han cometido sus dirigentes! ¡Y uno tras otro! ¡Nadie ha aprendido algo de la trágica experiencia de su vecino! Todos se han precipitado en la misma dirección fatal, arrastrando tras de ellos a la desesperación y a la muerte, sus desgraciados pueblos. Otras víctimas son empujadas por la misma especie de dirigentes incapaces en el vientre insaciable del Moloch bolchevique. ¿Dón-

de parará esta hecatombe de pueblos? ¿Ni siquiera la poderosa América se da cuenta de que se le prepara la misma suerte?

Lo que ocurre hoy día en el mundo no podemos atribuir sólo a la conspiración comunista. El fenómeno es mucho más complejo. La conspiración actúa con tanta facilidad en el mundo libre porque no encuentra una actitud inteligente que se pueda medir con ella. Entre los que han ayudado a Moscú a extender su imperio en Europa oriental no han sido solamente sus agentes infiltrados en las altas esferas de la burocracia estatal, sino muchos intachables patriotas e incluso con firmes convicciones anticomunistas. Estos últimos no podían ser acusados de ayudar al enemigo. No obstante, ellos se han dejado atraer por el juego del enemigo y ellos constituyen la principal causa de la actual desgracia de sus pueblos.

En Rumania, Maniu y Bratianu eran jefes de partidos nacionales, por encima de toda sospecha que pudieran pactar con el enemigo. Sin embargo, ellos desempeñaron el papel decisivo del golpe de Estado del 23 de agosto de 1944, que abrió las fronteras del país a la invasión soviética. Entregaron el país a la bestialidad comunista, basándose en una declaración de Molotov, que en el mes de abril de 1944 afirmó, por radio, que «Rusia Soviética respetará la independencia del país y su régimen político y social».

Podríamos multiplicar los ejemplos, ya que en todos los países del este de Europa, la penetración soviética ha sido facilitada por hombres políticos, que no eran comunistas, que se imaginaban que el comunismo no era ya lo que había sido antaño, sino una fuerza política, como cualquiera, dispuesta a cumplir los compromisos y respetar las buenas relaciones de vecindad. Aquellos hombres políticos actuaban de buena fe, pero su inteligencia no les sirvió para descubrir la trampa que se les tendía.

Tenemos el ejemplo de tantos hombres políticos del Occidente, y al frente de todos los presidentes de los Estados Unidos, que no pueden ser considerados que hayan sido instru-

mentos del comunismo y, sin embargo, se han comportado de tal manera en sus cargos de responsabilidad que ni el más perfecto agente de Moscú hubiera ocasionado tanto daño como lo han hecho aquéllos a sus propias patrias y al mundo libre entero.

Nos vemos obligados, por consiguiente, a concluir que tantas veces que la inteligencia europea y occidental en general se enfrenta con la inteligencia comunista, la primera se ve derrotada con regularidad. Los hombres políticos del Occidente comparecen como unos aficionados al frente de los asuntos público, en comparación con la seriedad y el alto grado de preparación de los cuadros de los comunistas. Si este tipo de hombre político superficial seguirá al frente de los destinos del mundo libre, la muerte del Occidente es inevitable.

La causa patente de esta inferioridad intelectual de los líderes políticos del Occidente siempre que tratan el problema del comunismo se debe a una falsa apreciación de los recursos interiores del adversario. Los comunistas emplean otra inteligencia que la del hombre normal. La inteligencia del mismo hombre se diversifica y se agudiza, según la naturaleza de su relación espiritual que mantiene con su yo. Tenemos en primer lugar el tipo de inteligencia común que empleamos a diario en nuestra vida. Con esta inteligencia operamos en un 90 por 100 de los casos. Pero si nuestro yo se adhiere a las fuerzas del mal, si entra consciente y lúcidamente bajo la obediencia del Lucifer, entonces también nuestra inteligencia sufre un salto cualitativo. Ya no se trata de la misma inteligencia, sino se convierte en una inteligencia superior a aquella que poseíamos antes en estado normal. Nuestra inteligencia adquiere reflejos luciféricos, de parte del amo al que hemos entregado el destino de nuestra vida.

Los comunistas son devotos y aliados del Satanás. En consecuencia, su inteligencia se ha refinado, es más profunda, más penetrante que la del hombre normal. Ellos actúan desde otro plan de existencia, superior a la inmensa mayoría de la huma-

nidad.. Ellos son unos poseídos, y todo ser poseído dispone de un arsenal inmenso y variado de medios para imponer su voluntad.

Cuando un hombre político del mundo libre trata con un comunista y no se da cuenta —como pasa en la mayoría de los casos— que se halla ante una inteligencia pervertida, capaz de cualquier crimen y de toda infamia, está perdido.

Entonces, ¿qué hay que hacer? Para vencer a los comunistas, para escapar de sus trampas, ¿tenemos que convertirnos nosotros también y adquirir este tipo de inteligencia pervertida, dispuestos a perpetrar todo crimen e infamia?

Es imposible. Un cristiano no puede emplear más que medios legales y correctos. Incluso para el caso de los comunistas. Pero entonces, ¿cómo defendernos contra ellos? Si permanecemos dentro del cuadro de la inteligencia ordinaria, estamos perdidos. Nuestra derrota es inevitable, porque los comunistas actúan desde un plano de existencia superior a nosotros. No, no podemos quedarnos en este estado de inferioridad intelectual. Afortunadamente, para nuestra salvación disponemos de un antídoto que anula y supera la inteligencia pérfida de los comunistas. Existe también un tercer tipo de inteligencia, inaccesible a los comunistas: la inteligencia de tipo divino.

Jesucristo nos ha aconsejado ser blandos como las palomas y sabios como la serpiente. Nos aconseja poseer una inteligencia que iguale por lo menos a la inteligencia de la serpiente, pero suavizada, purificada por la ternura del amor cristiano. Este tipo de inteligencia, que tiene sus raíces en el amor cristiano, no tiene rival en la humanidad. Cuando nos enfrentamos con los comunistas, teniendo la inteligencia enlazada con la inteligencia de naturaleza divina adquirimos superioridad ante el enemigo. Todos sus ataques, todas sus trampas, todas sus maniobras, caen impotentes ante la pantalla de nuestra inteligencia cuando es iluminada por el Espíritu Santo.

Bien entendido que para conseguir este grado de perfec-

ción intelectual tenemos que aplicarnos en primer término un baño purificador, tenemos que quitar el lastre. Tenemos que librarnos de intereses y egoísmos, para servir sólo a la verdad. Hay que empezar una nueva vida, basada en la idea del sacrificio. No vivimos para nosotros, para nuestros deseos, para nuestra gloria, sino para servir al mundo al que pertenecemos, con sus valores, con su fe, con su justicia.

Estamos perdidos si seguimos actuando como hasta ahora, es decir, abordando el peligro comunista con la inteligencia de todos los días.

La inteligencia luciférica de que se sirven los comunistas es superior a la inteligencia común y, por consiguiente, invencible en la lucha política, sostenida sólo por el interés.

Pero la inteligencia fecundada por el Espíritu Santo es superior a la inteligencia luciférica, y como tal es capaz de descubrir y destruir todos los planes del comunismo mundial...

7. *Los iconoclastas modernos*

Los iconoclastas constituyeron una secta herética, aparecida en el imperio de Bizancio en el siglo VIII, que manifestaba su odio contra la Iglesia mediante la destrucción de los iconos. Condenada por el Concilio de Nicea, esta secta desapareció en el siguiente siglo.

La secta de los iconoclastas reapareció durante la Revolución francesa, afirmándose exactamente en la aplicación de los mismos principios: las estatuas de los santos constituían el blanco predilecto de los vándalos de la fe.

Actualmente, la secta de los iconoclastas ha alcanzado gran envergadura, gracias al apoyo que recibe de parte de las fuerzas del comunismo mundial.

En los países caídos bajo su dominación, los comunistas no ocultan sus propósitos de liquidar la religión: derriban los templos y asesinan a los sacerdotes. Pero en el mundo libre,

donde aún no son los amos del Estado, para emplear el hacha y cortar las raíces de la Iglesia, los comunistas se han visto obligados a cambiar sus métodos. Ni pueden obrar con brutalidad ni manifestar directamente los sentimientos de odio que guardan ante la religión. En los países occidentales necesitan de tropas auxiliares, de iconoclastas reclutados del mismo seno de los pueblos cuya fe quieren destruir.

La secta de los modernos iconoclastas ya no destruye los iconos, sino que actúa mucho más refinadamente: saca de la Iglesia a los iconos bajo el pretexto que no corresponden ya a la sensibilidad cristiana de hoy día. El hombre moderno posee una estructura matemática. Tiende hacia la simplicidad de las formas, hacia realizaciones de tipo geométrico, y los iconos o las estatuas tan adornadas de antaño no le dicen ahora nada. Los iconos y las estatuas pertenecen a otros tiempos, a otros gustos, a otras normas artísticas.

Los actuales iconoclastas abusan de la idea del «aggiornamiento» de la Iglesia, cambiando el sentido y sus objetivos. Una cosa es la adaptación de la Iglesia a las necesidades de la vida moderna, una adaptación puramente exterior, y otra cosa distinta es considerar como un viejo mueble los vestigios de la gloria cristiana, para dejar los muros vacíos.

El movimiento iconoclasta de ahora no ataca sólo a la Iglesia, sino también se ha extendido a todos los terrenos de la actividad nacional: en la ciencia, en la literatura, en música, en el teatro, en la economía, en política. No existe campo de creación humana donde no hayan hecho su aparición los destructores de los cánones establecidos por sus predecesores. No nos podemos ocupar particularmente de cada una de estas tendencias. Deseamos sólo consignar aquí lo que tienen de común, lo que les une con un lazo invisible y lo que nos determina a creer que, en toda su variedad, el movimiento iconoclasto tiene su origen en la misma venenosa fuente.

El substrato común a todos los movimientos de «renova-

ción» cultural y religiosa es la abolición de las formas bajo cuyo aspecto se ha cristalizado la civilización cristiana. Evidentemente, las formas de expresión de una cultura o de una religión no quedan fijas. Pero su evolución es muy lenta. Los cambios no se pueden llevar a cabo de un día a otro, y tampoco al por mayor, y ni forzar la nota, usando la invectiva e incluso la violencia. Para que desaparezca una forma, un estilo, una escuela, tiene que pasar mucho tiempo. Y tiene que desarrollarse dentro del mismo tronco, dentro de la misma cultura, una síntesis creadora, la cual tendría que igualar por lo menos, desde el punto de vista conceptual y de la brillantez, a la anterior fórmula.

Los iconoclastas de ahora tienen prisa. Ellos ponen de manifiesto un soberano desprecio ante toda forma que recuerda el pasado. Ellos quieren hacer «tabula rasa» con todo lo que ha creado el genio humano a lo largo de milenios de esfuerzos espirituales. No les gusta nada. Todo les parece anticuado, desusado, y todo comienza en ellos, que serían los poseedores de la llave de la suprema sabiduría en arte, en religión, en ciencia. Ellos se sienten tan seguros de sus actitudes en tanto que consideran superfluo preocuparse también del vacío que dejan detrás, compensándolo con creaciones que puedan asegurar la continuidad entre el pasado y el futuro.

Los iconoclastas actuales quieren empezar la historia y la cultura a partir de cero, después de haber destruido todos los símbolos que recuerdan los lazos de un pueblo con su propio pasado. Y precisamente en este punto comienzan a ser sospechosos. Su actitud nihilista se acerca, si no se identifica, con aquella de Marx, que reclama en el Manifiesto comunista de 1847, la destrucción de todo orden social anterior. El comunismo, en los países donde ejerce su dominación, aplica el terror con igual furia en el terreno de la cultura que en el de la religión o en el de la historia, para extinguir en la memoria de las nuevas generaciones toda huella de su glorioso pasado.

Tenemos que explicar ahora por qué los comunistas y sus

tropas auxiliares del Occidente manifiestan tanto odio contra las formas, contra los iconos, contra las estatuas, contra los cánones de nuestra cultura, contra todo símbolo patriótico y nacional. Bien entendido, no todos los iconoclastas se dan cuenta de lo que hacen; pero aquellos que les mueven detrás de los bastidores, las fuerzas ocultas del comunismo mundial, saben por qué empujan a aquéllos, inconscientes, a renegar en bloque del pasado.

Efectivamente, las formas fijan el contenido. Toda creación humana emana del interior, es un estado de espíritu; pero si no se encuadra en una forma, desaparece. ¡Cuántos grandes pensamientos no se pierden en una discusión en un café por no haber sido apuntados sobre un papel y luego publicados. La cultura popular o folklórica se transmite a viva voz, pero la cultura de grado superior necesita expresarse mediante ciertas formas, para ser entendida por las generaciones venideras. Abandonando la forma en la cual se viste la cultura de un pueblo, los iconoclastas modernos atentan de hecho contra la esencia de la cultura nacional.

Luego, desde el punto de vista religioso, hay muy pocas personas dotadas de una formación espiritual tan sólida, en tanto que ante toda circunstancia tienen que quedar firmemente anclados en su fe. Los hombres, llevados por el tráfago de la vida, necesitan de un soporte exterior, de un signo, de una imagen que les recuerde sus ideales y sus creencias. Sin esta presencia material ellos pierden el contacto con las cosas santas. Una de las causas de la falta de religiosidad actual es el hecho de apartar los iconos y las estatuas de las iglesias. Los templos del culto de hoy día, con sus paredes vacías y frías, no constituyen un marco ideal para elevar al hombre desde la tierra. De un icono, de una estatua, de una iglesia edificada en un estilo inspirado, emanan efluvios espirituales que predisponen al hombre a la oración y al arrepentimiento. Las formas del culto y las formas de cultura y las formas históricas son parte integrante de la religión, de la historia, de la cultura.

Donde existe un fondo aparecerá también su forma de expresión. Si se destruye la forma de expresión, instantáneamente se empobrece igualmente el fondo religioso o cultural de un pueblo.

Cuando los comunistas y su asociación de iconoclastas desencadenan esta campaña de devastación de los monumentos culturales y religioso de un pueblo, aquéllos encuentran, desde su punto de vista, todo esto lógico. Cuanto más rápido desaparezcan de la conciencia de las gentes las forman que fijan nuestro contenido cultural y religioso, en tanto las generaciones serán más accesibles a la doctrina satánica marxista-leninista. Las nuevas generaciones ya no tendrán un punto de apoyo para poder comparar el pasado con el presente.

La lucha del comunismo contra las formas es una lucha de extinguir la memoria histórica de los pueblos y de su pertenencia cristiana. Pero los hombres conscientes no deben dejarse arrastrar por la avalancha de los iconoclastas de nuestros días. Deben contestar a esta ofensiva de destrucción de la vida nacional y religiosa no sólo por mediación del respeto de las formas, sino con su afirmación ostentativa. En todas las circunstancias tienen que comprender la importancia de las formas en la vida de una estirpe y de manifestar su adhesión a ellas con un afán de neófito. Es preferible dejarse llamar fanáticos, santurrones, retrógrados, espíritus obtusos, mantenidos enquistados en una mentalidad medieval, etc., en vez de dejarse engañar por las trampas de la calle. Hay que saludar la enseña del país con emoción y con admiración; hay que santiguarnos con devoción ante los iconos, ante las imágenes sagradas; hay que recibir con estremecimiento el santo sacrificio e indagar con pasión la herencia cultural del pasado. ¡He aquí actitudes que impondrán respeto al enemigo para que cese de ridiculizar las formas y los símbolos que han fijado el contenido espiritual de nuestra vida!

8. «*Le fascisme ne passera pas*»

Siempre que los partidos comunistas del Occidente sienten que las fórmulas marxistas no ejercen la misma atracción sobre las masas populares, desencadenan una campaña «antifascista» para recuperar el terreno perdido.

Bajo la etiqueta del «fascismo», los comunistas incluyen al final a todos sus enemigos, a todos aquellos que se oponen a sus planes de dominación mundial. Toda afirmación del sentimiento nacional, todo estallido de patriotismo sincero de un hombre político, preocupado por la amenaza comunista, inmediatamente los comunistas le denuncian a la opinión pública como «fascista». Todo partido político que rehúsa encuadrarse en el famoso «deslizamiento hacia la izquierda de la historia», automáticamente es estigmatizado de ser un execrable resurgimiento del «fascismo».

La confusión que practica el comunismo con el término de «fascismo», aplicándolo «urbi et orbe», sin relación con la realidad, tiene por objeto final impedir la constitución de un bloque anticomunista suficientemente poderoso para poder enfrentarse con el bloque comunista. En el momento en que se lograra esta unidad de hierro entre todas las fuerzas nacionales y cristianas, la suerte del comunismo sería echada. Cuando los comunistas observan que en un país o en el mundo está a punto de cuajar una fuerza amenazadora para sus intereses, inmediatamente pone en marcha sus órganos publicitarios para denunciar a los patriotas integrados en esta lucha como a unos «delincuentes fascistas».

Sus ataques se dirigen en primer término contra los antiguos miembros de los movimientos nacionalistas de Europa. Si se realiza en un país un frente anticomunista y en este frente penetran también los elementos de los antiguos movimientos nacionalistas, entonces la agrupación entera es puesta bajo index y denunciada a la opinión pública como sospechosa de «fascismo». Nada más natural que los millones de ciudadanos

que han participado en la lucha contra el bolchevismo ingresen en las filas de estas formaciones patrióticas. En definitiva, estos movimientos han parado el alud bolchevique para que no se extienda sobre Europa en 1922, en 1933, en 1936, en 1941, y no las grandes democracias occidentales, las cuales, después de derrotar a las potencias del Eje, han abierto de par en par las puertas a los bárbaros del Este que penetren hasta en el corazón de nuestro continente.

Los comunistas no atacan sólo a las fuerzas nacionalistas, sino a toda agrupación nacionalista, incluso si no tiene relación alguna con el pasado. Si una agrupación de resistencia anticomunista hace una confesión de fe «nacionalista», y nada más, corre el riesgo de ser acusada de «fascista». La acusación carece de todo fundamento, pero esto no les impide a los comunistas seguir su furibunda campaña. Todo el mundo sabe que el nacionalismo es la expresión de unos estados generales de cosas ligados a la vida íntima de los pueblos. El nacionalismo abarca todas las manifestaciones de la conciencia nacional, desde las más blandas y equilibradas hasta las más chauvinistas. El fascismo ha sido una especie de nacionalismo, estrictamente limitada en el tiempo y en el espacio; un producto ideológico de nuestros días, mientras que el nacionalismo es antiguo como la historia y perdurará en tanto duren los pueblos. El fascismo puede ser subordinado al nacionalismo, pero el nacionalismo no puede ser reducido al fascismo. Como los comunistas ven en el nacionalismo su enemigo implacable, porque representa la fuerza viva de los pueblos, sin escrúpulo alguno mezclan estas nociones, diciendo nacionalismo = fascismo, para crear confusión en los espíritus.

Pero la insolencia de los comunistas va todavía más lejos. Ellos no atacan sólo a los antiguos movimientos nacionalistas, no atacan sólo a los neo-nacionalistas de cualquier color, sino a todos aquellos hombres políticos conocidos por su firme actitud anticomunista. Una persona puede pertenecer a una agrupación conservadora o a un partido de centro, a un partido

agrario e incluso social-demócrata, es decir, todos lejos de lo que se llama nacionalismo propiamente dicho, lo que no les impide a los comunistas colocarla en la categoría de «fascista». En el terreno de la táctica comunista, se convierte en «fascista» todo adversario peligroso, todo hombre político que ha descubierto sus intenciones secretas y está dispuesto a enfrentarse con la conspiración comunista.

Molotov consideraba al ejército del general Anders como integrado por «fascistas», aunque se coronó de gloria en las batallas contra la Alemania nacional-socialista (Byrnes, *Cartes sur Table,* pág. 320). A Moscú no le agradaba el Gobierno polaco en el exilio que había formado aquel ejército, y por esto buscaba por todos los medios eliminarlo de la vida política del país.

En el diario de Forrestal, con fecha del 14 de mayo de 1945, es intercalada una nota del senador Fargusson referente a la ideología comunista, la cual el senador consideraba incompatible con la democracia. Recordándole esta nota, el senador rogó a Forrestal que no la publicara y no la divulgara en círculos grandes, ya que podría ser acusado de «apaciguador», «FASCISTA» o de otras formas peligrosas del pensamiento.

Podemos seguir con muchos ejemplos. El presidente Truman, cuando proclamó la doctrina conocida con su nombre, en 1947, doctrina de protección y ayuda a Grecia y Turquía, fue violentamente atacado por toda la prensa comunista, sin escatimar ni el epíteto de «fascista». El general MacArthur sufrió los mismos ataques porque quería perseguir al enemigo más allá del río Yalu y liberar Corea del Norte. No hace falta hablar del senador McCarthy, quien se había convertido en el «fascista» número 1 de los Estados Unidos a causa de su vigorosa campaña de desenmascarar las infiltraciones comunistas en la Administración de su país.

Con este sistema diabólico de propaganda, que convierte automáticamente todo anticomunista en «fascista», los comu-

nistas han asestado golpes espectaculares. ¡Cuántos hombres políticos de la Alemania Federal, pertenecientes a las formaciones de centro-derecha, no han sido forzados a abandonar la escena política a causa de las campañas y de las acusaciones lanzadas contra ellos por el Gobierno de Pankow! El presidente Luebke ha tenido que presentar la dimisión de su cargo antes de finalizar su mandato. La acusación que se le imputaba era pueril, según la cual, como ingeniero, había construido barracas para los campos de concentración alemanes, lo que no ha impedido que aquella acusación produjese su efecto.

Pero el resultado más importanee obtenido por medio de esta pérfida campaña de denigración de un adversario, de la cual sólo los comunistas son capaces, ha sido el temor infundido entre los hombres políticos en el sentido que no les toque a ellos también el turno de sufrir los efectos de la mencionada campaña. Por esto, cuando alguien de las filas de los partidos de centro resulta el blanco de los ataques comunistas, descubriéndole «afiiliaciones fascistas», los demás miembros, en vez de formar una muralla protectora en torno suyo, le abandonan, se lavan las manos e incluso le aconsejan retirarse. El temor unido a la cobardía provocó una verdadera hecatombe de ilustres figuras políticas del pueblo alemán en el período de la posguerra.

Este error no debe repetirse en ningún otro país, ya que éste redunda en provecho de los comunistas, impidiendo, por consiguiente, la unificación de las fuerzas nacionales. Es un error fatal, que puede tener como consecuencia la destrucción del Estado nacional. Todos los combatientes conscientes y lúcidos tienen que responder a las agitaciones del enemigo con «el peligro fascista», formando un frente común, sin tener en cuenta el sector político de su procedencia. «Pas d'ennemis à droite» («Ningún enemigo a la derecha»). Desde los conservadores hasta la extrema derecha, una sola línea de defensa, y los que no entiendan esta necesidad elemental será porque les

falta el horizonte político o porque se hallan al servicio del comunismo.

Es ridículo y absurdo hablar de un peligro «fascista» o «nazista» cuando sobre la mitad de Europa ha pasado el rodillo rojo y la otra mitad está a punto de tener la misma suerte. Los hombres políticos, decididos a salvar su patria, disponen de soberbios argumentos para abogar a favor del frente nacional y de rechazar las opiniones de aquellos que quieren introducir discriminaciones perjudiciales a la lucha común.

9. *¿Se puede derrumbar el comunismo desde el interior?*

Existe un sofisma político de gran circulación en el mundo occidental según el cual el comunismo se derrumbará desde su interior como consecuencia de las permanentes crisis que le sacuden y las cuales, finalmente, provocarán su muerte.

En Rusia, el régimen ha pasado de una crisis a otra, y sólo con gran dificultad se ha mantenido. Después de medio siglo de dominación, el régimen no ha logrado asegurar un nivel de vida decente para la población. La agricultura soviética se halla en una ininterrumpida crisis. A menudo Rusia se ve forzada a recurrir a compras masivas de cereales en el extranjero para cubrir las necesidades elementales de la población. En el sector de la industria, las cosas no están mejor. Todos los sistemas experimentados, basados en la centralización o en la descentralización, han fracasado. La producción es mala y cara. Los sueldos de los obreros de Rusia son los más bajos del mundo. El «paraíso» de los proletarios se ha convertido en un lugar de miseria y de tortura. También hay crisis en la burocracia del partido, que obliga a los dirigentes supremos a purgas periódicas de los cuadros.

Grosso modo, la misma situación la encontramos en todos los Estados de régimen comunista. Todos estos Estados son sacudidos por interminables crisis y todos parecen hallarse a punto de derrumbarse.

Estas profecías no son nuevas. Apenas se había instalado en el poder el comunismo en Rusia, y empezaron a circular pronósticos pesimistas en torno a su duración.

Tenemos que reconocer, por otro lado, que estos diagnósticos sombríos referentes a la viabilidad del sistema comunista se basan sobre cierta realidad. Ningún otro régimen en el mundo, en las condiciones de la Rusia comunista, hubiera podido resistir a esta avalancha de crisis. Los descontentos populares hubieran podido revestir rápidamente formas explosivas a causa de tantas privaciones y escaseces.

No obstante, en contra de estas profecías, que se repiten hoy día con tanta insistencia, el comunismo resiste tanto en Rusia como en los países donde llegó al poder. Y resiste bien. Y además le sobra fuerza para extenderse a otros países y a otros pueblos. ¿Cómo se explica esta descomunal tenacidad, que contraviene a toda regla política? Un régimen comunista logra hacerse odiado finalmente por un pueblo entero en el que ejerce su dominación. No encuentra apoyo alguno en ninguna clase, en ningún sector de la población. Entonces, ¿cómo se puede mantener después de haber llegado a un conflicto agudo y permanente con la nación entera? Lógicamente, la provocación de la nación entera, por medio de la acumulación de tantas injusticias, no puede quedarse sin el correspondiente castigo. Mas ocurre exactamente lo contrario, un fenómeno extraño todavía, no encontrado en la historia del mundo: el régimen perdura, e incluso se consolida, desafiando todos los signos internos de debilidad.

La pregunta que se impone es la siguiente: ¿por qué, en el caso del comunismo, no funciona la capacidad de rebeldía de los pueblos? ¿Por qué las masas oprimidas no descargan su ira contra el régimen, derribándole del poder? ¿Qué fuerza paraliza la reacción de los pueblos, tantas veces fustigados y ofendidos, impidiéndoles emprender el movimiento de derribar del poder a esa banda de criminales?

El comunismo no puede ser derribado desde el interior, ya

que dispone de un sistema de protección desconocido a lo largo de la historia: su aparato de terror. Ni el Ejército, ni el Gobierno, y ni siquiera el Partido, garantizan al comunismo su existencia, sino exclusivamente las fuerzas de seguridad, las cuales en Rusia se han denominado, sucesivamente, C. H. E. K. A., G. P. U., N. K. V. D., M. V. D., etc. Estas fuerzas controlan todos los sectores del Estado, controlan al Ejército y controlan incluso al Partido comunista. El aparato de seguridad —el cual mejor sería denominarlo el «aparato del terror», ya que su principal función es de difundir el terror en el seno de la población, y mediante el terror impedir todo conato de aglutinación de oposición— constituye la columna vertebral de cualquier régimen comunista.

La implantación del aparato del terror explica por qué los regímenes comunistas sobreviven como ningún otro régimen y por qué es ilusoria toda esperanza de aquellos quienes creen que el comunismo se puede derrumbar desde el interior. Con el aparato del terror a su espalda, de verdad, ¿cómo podría afirmarse la oposición dentro de un Estado comunista? Los descontentos de la población en un régimen comunista se amontonan como unas montañas, pero ¿cómo podrían estos descontentos madurar políticamente, encontrar medios de expresión para constituir una fuerza capaz de enfrentarse con los gobernantes? En una democracia se celebran elecciones, existe un Parlamento, donde por un voto de desconfianza el Gobierno puede ser derribado. En un régimen comunista no existen estos instrumentos, a los cuales podría acudir la oposición para derribar al régimen. En los Estados de régimen autoritario se podría imaginar un golpe de fuerza. Tal acción sería tanto más fácil de lograr en un Estado comunista en cuanto que la oposición del régimen representa el 99 por 100 de la población. Se podría, pues, escoger el camino de la violencia para echar a los tiranos. Hacer una revolución, como han hecho tantos pueblos en la Historia, para reconquistar su independencia. Ni esta cosa no es realizable dentro

de un Estado comunista, por el sencillo motivo de no existir ya la oposición. Esta fue liquidada ya desde el tiempo en que se hallaba en estado potencial y, probablemente, cuando nadie de su seno ni siquiera pensaba en una rebelión contra el régimen.

Cuando se instala el comunismo en el poder en un país, la primera medida que se toma es aquella de eliminar incluso la misma posibilidad de ser derribado. ¿Cómo? Destruyendo los medios sociales de entre los cuales se podrían reclutar los elementos de la futura oposición. El comunismo no se contenta en fustigar a aquellos que «hic et nunc» atacan al régimen, sino que arranca de raíz partes enteras de población supuestas culpables de esconder a sus enemigos potenciales. No es menester que un individuo aislado, perteneciente a determinada clase social, participe en acciones contrarrevolucionarias, que cometa alguna infracción contra el régimen: su simple pertenencia a aquella categoría social, supuesta hostil al régimen, le condena a la muerte o a su desaparición de la sociedad.

Algunas veces, extremadamente raras, la oposición escapa a las redes de esta vigilancia omnipresente y logra enfrentarse con un régimen comunista. El efecto es fulminante. Se produce más que una revolución. Un terremoto social. En unos cuantos días el régimen comunista es barrido por la avalancha de los descontentos populares. Este fue el caso de Budapest. Una vez fuera de la circulación el aparato del terror, por la presión de las masas, el régimen comunista pierde automáticamente todo su poder y toda su autoridad sobre la población. No queda nada de él. Como si no hubiera existido. El poder de un régimen comunista radica en el aparato de terror, pero también su debilidad. La destrucción del aparato del terror atrae consigo la brusca disgregación del sistema entero comunista.

El comunismo ha previsto también esta eventualidad de un estallido de la población, a la cual no puede controlar y desarticular con antelación y la cual, por su formidable propaga-

ción, deshace todos sus cálculos, echándole del poder de un país.

Para contrarrestar este golpe-sorpresa tiene en reserva el dispositivo de la intervención, destinado a suprimir la efervescencia revolucionaria de un pueblo y encadenarle de nuevo. Aunque la revolución tuviera éxito y el equipo de los comunistas perdiera el control del Estado, dentro de unos días, dentro de unas semanas, dentro de unos meses, ellos vuelven al poder con la ayuda de los tanques soviéticos. La masa central del bolchevismo, cuya sede se halla en Moscú, envía sus divisiones al país rebelde y aplasta la revolución nacional. Son hechos conocidos por todo el mundo, ocurridos en Berlín, Budapest y Praga.

Pero esta intervención, ¿no es arriesgada? ¿No significa la penetración de una potencia extranjera en el territorio de un Estado nacional? Es un hecho inadmisible y de graves consecuencias desde el punto de vista del Derecho Internacional. Podrían aparecer complicaciones que llevarían al estallido de una guerra. Sin embargo, tampoco esta cosa ocurre después de la intervención armada soviética. Los corifeos comunistas han tenido cuidado para neutralizar toda intervención del mundo libre en su área de dominación. La nación invadida no encuentra apoyo alguno en el mundo libre. En balde protesta, en vano pide ayuda; sin resultado alguno se dirige a todos los fueros internacionales, quejándose de la agresión cuya víctima ha sido objeto. Nadie se mueve por aquella nación. Algunas palabras de consuelo, y la tragedia sigue su curso fatal.

Después de algún tiempo se descubre la monstruosidad, como ocurrió en el caso de Hungría, en el sentido de que las grandes naciones occidentales fueron cómplices de las acciones de represalia de las divisiones soviéticas. Es conocido el hecho de que Kruschev no envió sus tanques a Budapest hasta después de haber recibido seguridad de parte de Foster Dulles, por mediación de Tito, de que los Estados Unidos no apoyarían la rebelión magiar.

Esta inexplicable actitud del Occidente ante los gritos de ayuda de una nación cautiva es comprensible solamente si tenemos en cuenta la influencia que ejercen las redes conspirativas del comunismo mundial sobre los gobiernos del mundo libre.

Ahora poseemos el cuadro claro de la situación y comprendemos por qué tenemos que abandonar la vana esperanza de que el comunismo podría derrumbarse desde su interior. El dispone de tres instrumentos de aniquilamiento de la voluntad de un pueblo de una gran magnitud, que le asegura la eficacia absoluta: en primer término es el aparato del terror; luego, la fuerza militar de la Rusia soviética, y en el tercer lugar, la complicidad de las grandes democracias occidentales.

10. *El policentrismo comunista*

Paralelamente con las acciones emprendidas en el mundo libre para desorganizar su sistema de defensa, el comunismo realiza igualmente una serie de maniobras para ocultar su verdadero poderío. Difunde en el exterior imágenes turbias, confusas, acerca de su capacidad combativa; provoca crisis artificiales dentro de su propio imperio y pone en escena tensiones o incluso rupturas en el seno de su bloque monolítico. La opinión pública occidental, engañada por estos signos de debilidad interna, espera un inminente derrumbamiento del comunismo desde su interior, y de este modo descuida sus propios medios de defensa, dejándose llevar por una errónea esperanza y por falso sentimiento de seguridad.

Uno de los trucos propagandísticos de este género, que ha gozado del mayor éxito entre los ingenuos ciudadanos de Europa y de América, es el llamado policentrismo comunista.

El policentrismo significa la fragmentación del poder comunista bajo la presión de las aspiraciones nacionales de los pueblos. «El nacionalismo —afirman los exegetas del fenómeno— ha pasado el examen brillantemente, mostrándose más fuerte

que el internacionalismo. Jamás los pueblos permitirán ser gobernados desde un centro único de mando, como pretende el comunismo mundial. En el bloque comunista se multiplican las manifestaciones de independencia, las fisuras e incluso las rebeliones. Las naciones, sin tener en cuenta el gran terror que será desencadenado contra ellas, no se dejan aplastar y ser uniformizadas por la doctrina standard del marxismo-leninismo. Las naciones reaccionan con vigor para salvaguardar su ser específico nacional. El cinturón de hierro impuesto a los pueblos revienta, cuando se alcanza el punto crítico de su existencia.»

La especulación con el policentrismo comunista es tanto más peligroso para la seguridad del mundo libre en tanto que opera con un material real. En efecto, las naciones llevan una lucha desesperada y permanente para librarse de la opresión del imperialismo comunista. Hay tantos actos de sacrificio, movimientos de resistencia e incluso revoluciones que ofrecen fundamento y credibilidad a la teoría del policentrismo comunista. Nada más natural, después de enterarse de la firme oposición de las naciones contra la tiranía roja, para conceder crédito también a los conflictos que estallarán entre los diferentes partidos y regímenes comunistas. Cualquiera puede ser tentado a sostener que la fuerza del nacionalismo es tan poderosa en tanto que se propaga hasta las esferas dirigentes de los partidos comunistas, determinando profundas escisiones incluso entre aquéllos.

Este juicio, aunque atrayente y cómodo, es superficial, puesto que no hace un distingo entre dos realidades de diferente origen: una es la rebelión de los pueblos sojuzgados, y otra cosa la desobediencia de unos corifeos comunistas contra Moscú. Los pueblos sojuzgados luchan contra el comunismo como sistema, como noción global, y persiguen librarse de su yugo; el policentrismo, por el contrario, es un supuesto conflicto que ha estallado dentro del cuadro de los dirigentes del comunismo internacional, sin la participación de los pueblos, y afecta sólo a las relaciones entre los partidos comunis-

tas. Son los dirigentes, en este caso, de los partidos comunistas locales quienes se han tomado cierta libertad de acción, rehusando someterse al «diktat» de Moscú en materia de disciplina u obediencia, pero no ponen en discusión y no quieren adulterar las bases doctrinales del comunismo. Todos son marxistas-leninistas, todos emplean el terror en el gobierno del Estado, y lo que piden ellos es que se les conceda una cierta libertad de acción en resolver los problemas específicos de cada nación.

Ciertamente, en este punto se abre la posibilidad de un vasto engaño de la opinión pública occidental. Al aparecer el policentrismo dentro del bloque comunista, y teniendo este carácter íntimo, esotérico, conocido sólo por sus cuadros dirigentes, fácilmente se puede convertir en una estratagema de inducir en error a su enemigo.

Para distinguir las rebeliones reales surgidas en el seno del bloque comunista de aquellas prefabricadas en las grutas de la conspiración del comunismo disponemos de un criterio infalible: cuando se produce una auténtica revolución nacional, la masa central del comunismo interviene inmediatamente y con todo el salvajismo para sofocar el comienzo de emancipación de un pueblo. Tenemos el caso de Berlín de 1953, el de Hungría de 1956 y de la primavera checoslovaca. Cuando la rebelión es una farsa y ella sirve para engañar al Occidente, entonces el conflicto que ha estallado no sobrepasa los límites de un duelo de oratoria. Se escriben artículos duros, se pronuncian discursos de condena de los «hermanos separados», pero nada más. Ninguna de las partes emprende acción alguna que eliminaría la dominación de los supuestos rivales.

La mayor puesta en escena del policentrismo comunista, y que ha producido los mayores y perjudiciales efectos sobre el sistema de seguridad del mundo libre, es la supuesta rivalidad que existe entre Pekín y Moscú. Si ha empezado realmente la lucha por la supremacía entre los dos colosos del mundo comunista, entonces el Occidente puede dormir tranquilo. No tiene nada que hacer más que esperar como tercer ganador el final

de esta batalla gigantesca. El peligro comunista está virtualmente liquidado, ya que cualquiera que sea el vencedor, Moscú o Pekín, ninguno de los sobrevivientes sería capaz de recomponer la fuerza del comunismo.

Para que el conflicto ofrezca todas las apariencias de un hecho real se han puesto en escena incluso luchas a lo largo de las fronteras, de las cuales no han faltado tampoco los muertos y los corresponsales, así como las películas y reportajes de televisión para servir como testimonio. Estos enfrentamientos ruso-chinos han aparecido luego igualmente en las pantallas de los televisores del mundo entero. Así, vemos que desde 1962 hasta ahora han corrido ríos de tinta sobre este tema, pero en realidad no ha pasado nada grave en las relaciones de los dos imperios comunistas.

Otro caso típico de rebelión registrado en el seno del comunismo mundial es la actitud de Rumania ante Moscú. De unos ocho años acá, Rumania comunista retiene el lugar preferente de la publicidad del Occidente, que revela con lujo de detalles las fases de su desprendimiento de Moscú, alabándose al mismo tiempo la extraordinaria valentía del Gobierno rumano. Rumania se ha convertido en un caso demostrativo de la incapacidad del bloque comunista de gobernarse con un solo centro de mando. El entusiasmo de la prensa internacional ha enmudecido de repente cuando se ha descubierto el formidable asunto de espionaje de París, cuyos héroes son precisamente los «independientes» rumanos. Los documentos sustraídos por los agentes del régimen de Ceausescu de los «dossiers» de la Alianza del Atlántico Norte habían seguido el camino de Moscú.

Finalmente tenemos el caso más antiguo de la «rebelión de Tito». A consecuencia de esta «rebelión», Yugoslavia ha cobrado 3.000 millones de dólares a título de ayuda por parte del Occidente para que pudiese asegurar su «independencia» frente a Moscú. Esta supuesta neutralidad no ha impedido a Tito que, en todos los problemas grandes que afectan a la

seguridad de Europa y del mundo occidental en general, esté al lado del bloque comunista.

A la hora de la verdad, todos los comunistas dejan caer sus máscaras ocasionales y aparecen como realmente son: los implacables enemigos del Occidente y de la civilización cristiana.

11. *La teoría de la convergencia*

Un tema que se trata cada vez con mayor frecuencia en los círculos intelectuales del Occidente, y sobre todo en las cátedras universitarias, es la así llamada teoría de la convergencia. Los expertos en problemas de política mundial nos aseguran que el conflicto entre Este y Oeste se resolverá de un modo inesperado: no por mediación de una guerra u otro género de competiciones agresivas, sino por el acercamiento de los dos bloques. La sociedad occidental se desplaza hacia el socialismo, mientras que en el mundo comunista se observan síntomas de liberalización. Los dos bloques tienen una evolución convergente hacia formas sociales intermedias, las cuales no serían ni capitalismo ni comunismo, sino una especie de socialismo moderado. A la larga, las dos formas se fundirán, dando lugar a una nueva sociedad, dedicada exclusivamente al bienestar y al progreso humano.

Los forjadores de esta nueva evolución, y al mismo tiempo benefactores de la humanidad, son los técnicos y los empresarios, y la futura sociedad realizada por su genio será la tecnocracia. Bajo la acción irresistible de los hombres de ciencia y de los grandes hombres de empresa, presentes en ambos bloques, caerá el telón de acero, dejando sitio a una fraternidad universal. Actualmente, la clase de los técnicos desempeña un papel importante tanto en Rusia como en América, y mañana constituirán el factor predominante en la política. Los ideólogos y los profesionales de la política serán eliminados

por estos taumaturgos de una nueva época de la historia, los cuales no conocen más que el lenguaje de las cifras.

La tendencia de acercamiento entre los dos sistemas ha encontrado adeptos igualmente en los círculo científicos de la Rusia Soviética. Un físico ruso, doctor Sakharov, ha tratado en un ensayo la cuestión de «cómo se podría mantener la paz entre los Estados Unidos y la Unión Soviética». El ensayo ha sido traducido y publicado en «New York Times» del 22 de julio de 1968. Partiendo de la misma premisa de la creciente evolución técnica de la sociedad contemporánea, el científico ruso prevé que «los Estados comunistas se harán cada vez más democráticos, mientras que en los países occidentales seguirá la actual tendencia de planificación económica y social, lo que significa en último análisis una orientación hacia el socialismo». El concepto de la «convergencia» es compartido igualmente por el científico soviético, de origen rumano, Kapitza. Durante una visita de buena voluntad a los Estados Unidos, realizada en octubre de 1969, Kapitza ha declarado que él ha hecho suya la tesis de su colega Sakharov acerca de la convergencia de los dos sistemas, hecho que ahorrará a la humanidad un nuevo cataclismo. En Rusia soviética —ha añadido él— hay un gran interés en los últimos años por la persona humana, lo que se refleja en la atención concedida ahora a las ciencias sociales.

Según vemos, el movimiento tecnócrata se propaga por el mundo entero más allá de cualquier ideología. En un universo dominado por los tecnócratas, los actuales bloques desaparecerán, siendo sustituidos por los técnicos, por la producción y por el progreso. De un lado y del otro del telón de acero se está desarrollando un nuevo tipo de hombre: el tecnócrata, desprendido de cualquier ideología de grupo, el cual devolverá a los pueblos que sufren, gracias al bienestar que dejará derramarse sobre ellos, la tan ansiada libertad.

Siguiendo esta línea, la perspectiva tecnocrática de la hu-

manidad impone una modificación radical de la orientación también en el campo de la seguridad de los Estados libres:

«— Es inútil mantener ejércitos permanentes y gastarse millares de millones en rearme.

— Es inútil alertarnos frente al peligro comunista y comprometernos en combatirlo.

— El futuro, sin complicaciones y sin peligros, nos es garantizado por los técnicos y por los empresarios. Podemos dedicarnos tranquilamente a nuestros asuntos sin el temor por el día de mañana, pues nada grave ocurrirá. Desaparecerá también el comunismo, desaparecerá igualmente el telón de acero, pero no mediante una confrontación de las fuerzas, sino por la atenuación de las diferencias que separan a los dos mundos, gracias a los cambios introducidos en la estructura de la sociedad por el espíritu técnico.»

Vamos a examinar ahora también el revés de la moneda. Vamos a ver si de verdad los cambios señalados por los partidarios de la teoría de la convergencia en los dos bloques tiene lugar en realidad. Nos hemos equivocado demasiado acerca del significado de unos fenómenos y de unos procesos en la política mundial.

En lo que al Occidente se refiere, la tendencia de acercamiento hacia el comunismo es real, pero al mismo tiempo es también muy antigua. Casi desde la implantación del comunismo en Rusia. Siempre que Moscú se ha encontrado en dificultades económicas, políticas y militares, las democracias occidentales, y especialmente los Estados Unidos, han venido en su ayuda, salvándola de una desaparición segura. Esta protección permanente de que ha gozado la Rusia bolchevique por parte del Occidente se explica por el control que ejercen sobre estos Estados las fuerzas ocultas del comunismo mundial. Las mismas fuerzas provocan en las estructuras de los Estados occidentales modificaciones económicas y sociales que les acercan al comunismo y les preparan mentalmente para aceptar

su dominación. Señalamos entre estas medidas, de inspiración comunista, la destrucción de la clase campesina libre. Son empujados los campesinos a renunciar a su trozo de tierra y trasladarse a la ciudad, y en su lugar implantan los planificadores las grandes explotaciones agrícolas, las cuales se asemejan más a las empresas industriales y no representan otra cosa que una semejante de los *sovhoz* y de los *colhoz* de los Estados comunistas.

Si echamos una mirada hacia los países bajo el dominio de Moscú, las tendencias de liberalización, señaladas como un hecho indiscutible, no pueden ser comprobadas en ningún sitio. Si se han producido en algún lugar, en Hungría o en Checoslovaquia, han sido suprimidas en el acto por la aparición de los tanques soviéticos. La democratización del comunismo no existe más que en la imaginación fecunda de los tecnócratas, pero los hechos desmienten de manera brutal y categórica la existencia de un proceso de ablandamiento del comunismo.

La supuesta convergencia se reduce, pues, a una convergencia del Occidente hacia el comunismo, pero no como consecuencia de un proceso natural, sino de una acción concertada por la conspiración comunista para provocar del interior mismo de los Estados occidentales el famoso «deslizamiento de la historia hacia la izquierda».

La teoría de la convergencia es una nueva arma forjada en el arsenal del comunismo mundial para desarmar moral y mentalmente la vigilancia del mundo libre.

Un ejemplo de burda falsificación de la realidad para forzarla a servir como argumento de la teoría de la convergencia lo encontramos en el ensayo del economista holandés Jan Tinbergen, «Convergencia de los sistemas económicos del Este y del Oeste», publicada en castellano en 1968 en Buenos Aires.

Tinbergen es adepto a la interpretación marxista de la Historia y, por consiguiente, cree que los cambios que tienen lugar

Sobre esta progresiva debilidad de memoria de las naciones se han apoyado los comunistas cuando han pedido a la O. N. U. que se celebre por parte de esta institución el centenario del nacimiento de Lenin, 1870-1970. Después de medio siglo de la victoria bolchevique en Rusia, los pueblos recuerdan vagamente lo que ha significado este hombre para los destinos de la humanidad, qué sistema monstruoso de gobierno ha concebido y cuántos ríos de sangre han corrido en todos los países donde se ha implantado su doctrina. Si hubiera existido un mínimo de conciencia histórica y de previsión para con el porvenir de la humanidad, se hubieran levantado todos los representantes del mundo libre como un solo hombre y hubieran abandonado el recinto de la O. N. U. cuando algún delegado comunista se hubiera atrevido a hacer esta proposición. No se ha producido esta reacción salvadora, que hubiera honrado a la institución y a sus miembros. No se ha registrado este movimiento masivo de la opinión pública, que hubiera puesto en descubierto a los impostores, que deseaban convertir al más grande criminal de la Historia en un benefactor de la humanidad. La aceptación de la propuesta procedente del lado comunista indica el grado de decadencia moral del Occidente y constituye un siniestro presagio de la tragedia que se le echará encima.

El Secretario General de las Naciones Unidas, U Than, ha ido con su inconsciencia tan lejos que ha glorificado la figura de Lenin, declarando que ¡sus ideales han sido incorporados en la Carta de las Naciones Unidas! «Jamás, afirma un manifiesto de protesta de la organización A. B. N. (el Bloque Antibolchevique de las Naciones), el cinismo se ha puesto de relieve con mayor desprecio hacia el hombre y hacia la Humanidad que con esta ocasión, el centenario del nacimiento de Lenin, cuando el más grande tirano de todos los tiempos, asesinos de pueblos y perseguidor de la religión, ha sido proclamado merecedor de ser homenajeado por las Naciones Unidas y ser venerado como ejemplo de «humanismo» y de

«humanidad».” Una vez abierto el camino por parte del Secretario General, rápidamente han seguido otras decisiones. UNESCO, es decir, el Departamento de las Naciones Unidas, encargado de los problemas de la educación, de la ciencia y de la cultura, ha decidido que el centenario de Lenin constituyera el tema de un symposium que se celebraría en el mes de abril de 1970, en Helsinki, capital de Finlandia. En esta reunión se trataría sobre la «contribución de Lenin al desarrollo de la educación, de la cultura y de la ciencia».

Finalmente, tampoco la Comisión de las Naciones Unidas para los Derechos del Hombre podía quedar inactiva. Este organismo tomó igualmente la iniciativa para celebrar una reunión que tendría lugar en Ginebra, también durante el mes de abril de 1970, dedicada a la memoria de «las ideas humanistas de Lenin y la influencia que han ejercido acerca del desarrollo y a la realización de los derechos económicos, sociales y culturales».

La verdad es que Lenin puede ser consultado con éxito por todos aquellos que deseen suprimir los derechos del hombre; por aquellos que quieren suprimir la libertad de los pueblos, para transformarlos en masas de esclavos; por aquellos que han elevado el genocidio al rango de doctrina de Estado. En todas estas cuestiones, Lenin es guía infalible. Hay claros testimonios para ello; los millones de sacrificados de la colectivización bárbara, de la muerte por el hambre organizada por el Estado, los campos de concentración y las prisiones, de los luchadores por la libertad y de los creyentes que han dado su vida por Cristo. Pero por eso, al proclamar a Lenin «humanista y humanitarista», es no sólo grotesco sino, al mismo tiempo, un insulto dirigido a estos millones de inocentes, sacrificados en su nombre.

«La ignorancia del pasado es grave», afirma el profesor ukraniano Iwan Wowchuk, en un panfleto bajo el título «In Defense of Humanisme». Al proclamar las Naciones Unidas a Lenin como «un gran humanista», no sólo cometen un bur-

do error, sino se convierten en el vehículo de propaganda de la subversión comunista en el mundo libre.

Los veteranos americanos de las dos guerras mundiales, agrupados en la Legión Americana, protestaron durante las reuniones celebradas en el mes de agosto de 1969 contra las decisiones adoptadas por las Naciones Unidas. «Es grotesco —afirmaron en su resolución la Legión Americana— honrar a Lenin por sus supuestos servicios ofrecidos a los intereses humanos y, al mismo tiempo, un insulto para los millones de muertos inocentes, caídos víctimas del terror organizado por Lenin.»

En un informe presentado al Congreso americano, con fecha del 30 de abril de 1970, se condena la actitud adoptada por las Naciones Unidas:

«Mediante la decisión de festejar y glorificar la figura de Lenin, las Naciones Unidas han pisoteado los sufrimientos de los hombres, esclavos de la tiranía comunista y, especialmente los sufrimientos de los pueblos sojuzgados que no sean rusos. Las Naciones Unidas han falsificado de una manera sin igual en hipocresía las nociones de paz, libertad, humanidad y justicia y se han convertido conscientemente en un instrumento de difusión del fascismo rojo en el mundo...»

Ni Marx, ni Lenin ni Engels y ninguno de los doctrinarios o de los jefes comunistas pueden ser considerados como representantes del «humanismo» o de la «humanidad», sin violentar las mencionadas nociones. Todos aquellos no sólo no tienen nada que ver con la visión humanista, así como se ha proyectado por encima de los destinos de la Humanidad, empezando con el período del Renacimiento, sino por el contrario, son enemigos declarados del hombre y de sus aspiraciones íntimas. En este sentido nos permitimos citar a Unamuno, quien no puede ser acusado de simpatía ni por el fascismo, ni por la Iglesia y tampoco por las antiguas estructuras sociales:

«Materia, en el lenguaje popular de España..., es el pus. Le está saliendo materia de la herida, dicen «los malos humos, lo que tapan las pustulas.» Lo material resulta, pues, lo purulento y el materialismo ese es purulentísimo. Y el sentimiento —no la concepción, sino el sentimiento— materia lista de la historia, de la que está siempre en hacerse, es un sentimiento purulento. Lo tuvo el mismo Marx, que no pasó hambre, pero sí lo otro. Y lo otro es pus. O, digámoslo más claro, en plata: el resentimiento; o más aún, en oro: la envidia.» (Citado de la obra *La Guerra política,* pág. 21, de José Díaz de Villegas.) Unamuno no considera a Marx como pensador de gran talla, un filósofo en la aceptación pura de la palabra, sino un hombre que ha escrito todo lo que ha escrito impulsado por resentimientos, por envidia. Si hubiera sido más explícito tendría que añadirse: impulsado por el odio. Pero el odio no es un sentimiento humanista y ni humanitarista. Es un estado del alma destructivo, un impulso ciego que aniquila la creación de los individuos y de los pueblos.

Lenin ha aplicado los principios marxistas al primer Estado caído en manos de los comunistas: Rusia. El implantó el terror como factor esencial y consustancial del nuevo régimen.

El creó la famosa Cheka, departamento encargado de las ejecuciones masivas y de las deportaciones.

He aquí el balance de los sacrificios humanos en Rusia bajo el régimen comunista, según datos recogidos por la Cruz Roja de Ginebra y diversos historiadores:

Muertos en la guerra civil de 1917	4.500.000
Muertos por hambre entre los años 1921-1923	6.000.000
Muertos durante el terror, en 1921:	
— Profesores, estudiantes, escritores	160.000
— Funcionarios, oficiales	740.000

— Miembros del Partido	50.000
— Sacerdotes	40.000
— Obreros y empleados	1.300.000
— Víctimas de la Cheka, 1923-1930	2.050.000
— Las víctimas del hambre provocadas entre los años 1930-1933	7.000.000
— Ejecutados durante la colectivización	750.000
Las víctimas del GPU y del NKVD entre 1937-1938:	
— Obreros y empleados	635.000
— Miembros del Partido	340.000
— Cuadros políticos y militares	30.000
Víctimas del NKVD entre 1938-1947:	
— Varios	2.750.000
— Sacerdotes	5.000
— Militares	23.000
Víctimas de los campos de concentración entre los años 1917-1947	21.000.000

¡En total, la experiencia «humanista» y «humanitaria» de Lenin ha costado a los pueblos de Rusia 48.000.000 de vidas humanas! A estas cifras se añade luego las pérdidas sufridas por las naciones cautivas de la Europa oriental, caídas bajo el yugo de Moscú después de la Segunda Guerra Mundial. El pueblo rumano ha sido el más cruelmente castigado, perdiendo entre dos a tres millones de hombres y la hecatombe no ha finalizado aún.

Ni Marx, ni Lenin, ni ninguno de los corifeos comunistas se han interesado por los problemas del hombre. El hombre es una materia, a la cual hay que modelar sin tener en cuenta la cantidad de sangre que se derrame, según los moldes ideológicos del comunismo. «Incluso si fuese preciso exterminar el 70 por 100 de la población de un país, dijo Lenin, tenemos

que imponer nuestra doctrina.» En el comunismo no hay lugar para el humanismo y el humanitarismo, puesto que no hay sitio para el hombre, ya que éste no es considerado como persona, sino como una simple fuerza productiva, exactamente como los animales y tal vez peor que esto.

13. *El arte de lo posible.*

Bismarck definió la política como el «arte de lo posible». La definición es justa sólo si tenemos en cuenta el cuadro donde se ha de aplicar. Tenemos que ver a qué aspecto de la política se refiere esta fórmula y entre qué límites conserva su validez.

Toda empresa humana de cualquier naturaleza que sea se divide en estrategia y táctica. Incluso en la vida particular debemos distinguir, entre los dos compartimentos de una acción, el fin que perseguimos y los medios para su realización.

Bismarck, sin duda, se refería a la táctica. Este hombre de Estado, en toda su vida no persiguió más que un solo fin y con una tenacidad de hierro: la unidad del pueblo alemán. Por esto se ha llamado «El canciller de hierro». En las acciones emprendidas para la realización de este objetivo fundamental tropezó con multitud de factores e incidencias, los cuales juntos constituían el ambiente transformable de la política interna y externa. Desde el principio, ni siquiera anunció sus intenciones, sino avanzó paso a paso, según le permitía el terreno movedizo de sus relaciones con otros partidos y con otras potencias europeas.

Para la realización de la unidad nacional hizo tres guerras, pero las tres llevadas en tales condiciones en tanto que se había asegurado la supremacía ante el adversario, tanto en el terreno militar como en el diplomático. Es conocida la habi-

lidad de Bismarck para aislar a sus adversarios, de separarles en sus alianzas y amistades, antes de vencerles en el campo de batalla. Bismarck ha sido un maestro en el empleo del «arte de lo posible», pero nunca se ha equivocado de dirección, aplicándolo en el terreno de la estrategia. Jamás ha abandonado la meta de su vida, rehacer la unidad del pueblo alemán, después de haber vivido éste siglos dividido entre varios Estados. El arte de lo posible en sus manos nunca se ha apartado del objetivo que se había propuesto. Su obra política, gracias a la perfecta colaboración entre la táctica y la estrategia, se vio coronada por el éxito en 1871, con la proclamación del Segundo Imperio Germano, en Versalles, después de vencer a Francia.

Hoy día el «arte de lo posible» cobra una unánime apreciación. Nunca, ni siquiera en el tiempo del maestro, la fórmula de Bismarck ha gozado de mayor prestigio como en el mundo contemporáneo. Se pronuncia con acentos de fetichismo, siendo considerada como la suprema sabiduría en materia de política. No se puede imaginar una discusión política sin aparecer varias veces a lo largo de la misma la consigna mágica: el «arte de lo posible». Se recurre a ella sobre todo cuando se busca la justificación de una política que se ha saldado con fracasos: compromisos, concesiones, retiradas, derrotas, humillaciones. Cuando la opinión pública se agita y exige una explicación de parte del Gobierno por lo ocurrido, la simple invocación de la fórmula por aquellos que llevan la responsabilidad del Estado tiene la propiedad de producir un efecto tranquilizador. Hasta el final todo el mundo parece convencido de que no se pudo obrar de otra manera y que hay que aceptar dolorosas amputaciones para evitar un riesgo mayor e incluso un desastre nacional.

El «arte de lo posible» es inseparable de la política e imprescindible a su sano ejercicio, con la condición de que se mantenga circunscrito al campo táctico. Pero, ¡ay! del Estado que la saca de su función natural de auxiliadora de la estrate-

gia y la extiende sobre la misma estrategia. Los grandes objetivos de la nación no son de la competencia del arte de lo posible No son cosas negociables o ideas elásticas, las cuales se pueden adaptar a todas las circunstancias. El ideal que anima a una nación tiene que quedarse fijo, invariable, inmutable, durante una cierta época, hasta su realización, para que una otra aspiración suprema ocupe su lugar. El primer deber de un dirigente político es de proyectar el futuro de la nación, fijar sus metas hacia las cuales debe dirigir sus energías creadoras, para un período previsible. Prever en materia política es mucho más importante que ver. Cada jefe de Estado o de Gobierno tiene que saber en qué puerto va a anclar el buque que manda y en el cual se halla embarcada toda la nación.

Pero si el «arte de lo posible» es hoy día invocado «urbi et orbe», no es menos verdad que se ha adulterado su contenido. No sigue siendo idéntico a lo que pensaba Bismarck. Ha rebasado los límites impuestos por su propia naturaleza y ha invadido el terreno de la estrategia. No sólo las tácticas, las vías a seguir, los medios de realización son considerados fluidos y sometidos permanentemente a revisiones y adaptaciones, sino también la misma orientación del Estado. La parte fija, inamovible, inmutable de la política sufre las mismas transformaciones y deslizamientos. El concepto de los hombres políticos actuales no distingue con claridad entre táctica y estrategia.

Más aún. Los hombres políticos de hoy día han simplificado su misión, renunciando a preocuparse de la estrategia. Ellos no presentan el problema de una meta suprema, que debería iniciar y cointeresar a todas las energías de una nación, a una o varias generaciones. Los mismos ideales, las aspiraciones supremas de la nación se han convertido en cosas negociables y están sometidas con frecuencia a transformaciones. Estos políticos se dejan llevar de un fin a otro, al igual que

ellos aparecen momentáneamente en el horizonte de la historia.

Todo su cuidado consiste en escurrirse por entre los acontecimientos, sin saber a dónde se dirigen, como un barco zarandeado por las olas, sin conocer su destino, la meta de su viaje.

Los hombres políticos actuales han decapitado la política de su parte esencial, de la función histórica de la nación, de la visión de sus grandes metas y realizaciones. En estas condiciones comprendemos por qué el «arte de lo posible» se ha convertido en el criterio supremo de la política. No interesa cuál será el mañana, sino la simple existencia de la nación y su sobrevivencia de un momento a otro. Toda la política se reduce a la táctica, y la táctica es el «arte de lo posible», es decir, lo que podemos hacer «hic et nunc» por el Estado.

Esta «aurea mediocritas» de la política puede que no sería tan perjudicial a las naciones si viviéramos tiempos normales. Una nación dirigida por «posibilistas» entra dentro de una somnolencia histórica, pero conserva intactas las posibilidades para que una otra generación la sacuda de su entorpecimiento. Esto ocurriría si viviéramos en una época de relativa tranquilidad histórica, sin sacudidas demasiado fuertes. Pero hoy día no vivimos en una época plácida, la cual permite a los «posibilistas» desarrollar sus talentos tácticos. Actualmente el mundo que ha quedado todavía libre tiene que enfrentarse con la mayor amenaza que jamás ha conocido la Historia: con el comunismo. Mientras que las naciones occidentales se dedican al «dolce far niente» en el campo de la política, viviendo en la beatitud del bienestar y sin preocuparse de las nubes que se acumulan amenazadoras al horizonte, desde el otro lado del telón de acero, existe una potencia que persigue con toda tenacidad sus metas.

El objetivo fundamental del comunismo —la destrucción de la civilización cristiana— no ha variado ni siquiera con un milímetro desde su comienzo y hasta la fecha.

También los comunistas practican el «arte de lo posible», pero ellos no confunden la táctica con la estrategia. Ellos saben dónde aplicarla. Ellos igualmente realizan retiradas y hacen concesiones, pero no renuncian jamás a su meta final: la conquista del mundo. Todas sus acciones son de una flexibilidad infinita, pero en cuanto son elásticos en el terreno de la táctica en tanto son rígidos e intratables en el campo de la estrategia. Kruschev, durante la visita oficial que hizo a los Estados Unidos, invitado por el presidente Eisenhower, no vaciló en declarar: «Os enterraremos», es decir, nosotros venceremos y conquistaremos el mundo.

En el Occidente la política ha sido degradada a mera táctica; de otro lado se alza como el sol en el cielo el grandioso objetivo de la dominación mundial, el cual se realiza con una precisión matemática. El Occidente, aunque más fuerte, ha perdido la iniciativa y va a la deriva de los acontecimientos, mientras que el comunismo impone por doquier su voluntad. Las reacciones del Occidente, cuando se producen, son tardías, diluídas, incoherentes e ineficaces, mientras que los comunistas, cuando emprenden una acción, movilizan en aquel punto todo el peso de su poder y obtienen siempre una ganancia sustancial.

El enderezamiento de la política occidental no es posible sin la revalorización del concepto político. Los occidentales deben reconquistar el sentido de las perspectivas y elaborar una estrategia. El destino de una nación no puede ser salvado escurriéndose entre los acontecimientos, sino abordando con valentía el problema del futuro.

Si el comunismo persigue la sojuzgación del mundo libre, de esta amenaza claramente confesada e impecablemente realizada hasta ahora, en el perjuicio de tantos pueblos, tiene que repelerse con un objetivo que pueda trastornar los planes del enemigo: la destrucción del comunismo.

Una vez establecido el fin, el «arte de lo posible» puede

entrar en acción para determinar los medios por los cuales pueda ser destruido el comunismo.

14. *Realismo político y la realidad política.*

«El realismo político», igual que el «arte de lo posible», es un concepto muy en boga. Día tras día los lectores encuentran esta noción en la prensa. ¿Qué corresponsal no recurre, para comentar los acontecimientos, a la expresión del «realismo político»?

Si el gobierno de Bonn se decide por una política de «apertura hacia el Este», los corresponsales de los grandes diarios se apresuran a subrayar la actitud «realista» de aquel gobierno. Si De Gaulle se retira de la OTAN y reclama la neutralización de la Europa occidental, la prensa internacional elogia la visión «realista» de su política. Si en Italia, ciertos líderes democristianos preconizan la formación de un gobierno de izquierda, sobre anchas bases, incluyendo también a los comunistas, ellos son considerados por los más influyentes órganos de prensa, como hombres políticos «realistas». Si algunos senadores americanos piden el abandono del Sur-Este asiático a los comunistas, su demanda es saludada como una victoria del espíritu «realista» en política.

Mas nunca se concede esta nota calificativa de «realista», la cual parece ser equivalente a un «summum» de inteligencia política, a los gobiernos, a las agrupaciones o a los hombres políticos que se oponen a la penetración comunista en el mundo libre. Cuando en un país, como en Brasil o en Grecia, llega al poder un gobierno de mano fuerte, que restablece el orden, prohibiendo la actividad de los agentes comunistas, la prensa internacional comenta el acontecimiento con frialdad, de manera distante, a veces, agresivamente, e incluso con evidentes signos de nerviosismo. Ya no se prestan a aplaudir la acción emprendida por el gobierno contra los agitadores co-

munistas como a una acción «realista». Por el contrario, los comentaristas de aquella prensa se esfuerzan en demostrar, acumulando sofismas tras sofismas, de que la represión anticomunista es sólo un pretexto para yugular la democracia e instaurar la dictadura.

El «realismo político», en el lenguaje moderno, significa consentir todas las agresiones comunistas, sin intentar oponer resistencia alguna a éstas, no denunciarlas y no combatirlas cuando aparecen camufladas bajo otras denominaciones y otras corrientes. No eres «realista» si no aceptas como un hecho inevitable la presencia de la flota soviética en el Mediterráneo. No eres «realista» si no reconoces el telón de acero como una realidad impuesta por las condiciones en las cuales concluyó la Segunda Guerra Mundial. No eres «realista» si no apruebas a perpetuidad la división de Alemania. No eres «realista» si intentas hablar aún de la liberación de los pueblos cautivos o exigir la aplicación del principio de la autodeterminación también en Europa oriental. La expansión comunista en el mundo tiene prioridad sobre todo y sobre todas las leyes internacionales. La Carta del Atlántico o los principios de la ONU enmudecen cuando tiene que enfrentarse con el colonialismo soviético.

«El realismo político» es cultivado y difundido en el Occidente por las redes de la conspiración comunista con el fin de suplantar a la realidad política. El comunismo avanza vertiginosamente en todos los continentes: en Europa, en Asia, en Africa, en América. No hay país que no sea atacado por las termitas rojas. Se desencadenan huelgas, atentados, revueltas e incluso agresiones armadas. Y, en este tiempo, cuando el peligro comunista aumenta fulminantemente, cuando el instinto de conservación de los pueblos debería imponer una extremada vigilancia y una movilización de todos los recursos para rechazar al enemigo, «los realistas» de la política nos aseguran que no ocurre nada grave, que la alarma no tiene jus-

tificación alguna y que nos podemos dedicar tranquilamente a nuestros asuntos particulares.

La realidad política nos indica que la situación es grave, que si Occidente no reacciona inmediata y enérgicamente la partida está perdida y que caerá él también en la esclavitud comunista. «El realismo político» intenta calmar estas preocupaciones. El abrazo del oso moscovita no es tan peligroso si sabemos cómo tratar con él. Hace falta sonreirle y tenderle la mano con confianza, incluso cuando nos abraza tan fuerte que nos tritura los huesos y clava sus garras en nuestra carne. No debemos exagerar los peligros y tampoco rechazar el diálogo y la coexistencia pacífica, en virtud de no sabemos qué principios abstractos, actualmente rebajados y anacrónicos. El comunismo se ablandará, se hará más tolerante, se va a «ecumenizar» y podremos vivir en paz con él.

El grado de contaminación de la atmósfera política de Occidente ha alcanzado el punto de alarma. Los partidarios del «realismo político», iniciados en los grandes secretos del mundo, nos recomiendan que no nos preocupemos de los actos de injusticia perpetrados por los comunistas. En interés de la paz mundial ya no hay que agitar más los principios de la libertad individual, los derechos de la persona humana, el derecho de cada pueblo a decidir libremente su suerte. Es preferible este estado, a pesar de que tantos pueblos yacen en el cautiverio, en vez de una guerra devastadora. Tenemos que soportar estoicamente, con serenidad, con calma, todos los golpes, toda ofensa, toda agresión, cuando procede de parte de los comunistas, para salvar la humanidad indiferentemente del régimen bajo el cual viven los pueblos, de una horrenda catástrofe.

Los hombres conscientes, los verdaderos patriotas, tienen que orientarse según la «realidad política», que no permite retraso alguno en la organización del frente de defensa contra el imperialismo comunista y no conceder crédito alguno a los propagadores del «realismo político», los cuales no se dan cuen-

ta de lo que hacen o se hallan al servicio del enemigo. «Los realistas» en política son los sepultureros de las naciones libres.

15. *Conflicto de generaciones*

El problema de la juventud ha invadido el primer plano de la actualidad. En todos los países occidentales, la juventud universitaria se halla en efervescencia. Los disturbios se encadenan en las escuelas superiores. Ni siquiera termina la agitación en una Universidad cuando de pronto estalla ésta en otro centro universitario. Pero lo que es más grave todavía en estos disturbios es que las protestas de los estudiantes no se manifiestan por demandas dirigidas a las autoridades competentes, sino que revisten formas violentas. Los edificios de las Universidades son ocupados por los estudiantes rebeldes, los profesores son impedidos de ejercer su misión, y cuando abandonan aquéllas, expulsados por la fuerza pública, las dejan en un estado más que lamentable. Con una furia inexplicable destruyen todo detrás de ellos: las aulas universitarias, las salas de clase, e incluso los laboratorios. No respetan ni siquiera sus propios instrumentos de trabajo, libros, aparatos y otros utensilios. El pueblo queda consternado, ya que no comprende qué relación existe entre una buena sistematización de la vida universitaria y estos actos de vandalismo.

Los Gobiernos occidentales, después de haber examinado la situación, han llegado a la conclusión unánime de que es necesario emprender una urgente reforma de la enseñanza de todos los grados para apagar las agitaciones. En efecto, los estudiantes tienen razón. La estructura de las Universidades ha quedado anticuada. No corresponde ya a las dimensiones de la vida moderna. El nuevo programa educativo persigue tres objetivos:

— Conceder prioridad en la enseñanza a las asignaturas científicas.

— Ofrecer igualdad de oportunidad a todos los hijos de

la misma nación, indistintamente de su origen social o de la situación económica de sus padres.

— Facilitar la cooperación del estudiantazgo con el cuerpo docente en la dirección de las Universidades, por mediación de la creación de organismos mixtos.

Pero ni después de haber sido aprobadas en distintos países y realizadas parcialmente estas reformas los espíritus no se han tranquilizado. Las agitaciones continúan, e incluso se han intensificado. En muchos países, y sobre todo en Francia, Italia y los Estados Unidos, han tenido lugar sangrientos choques con las fuerzas del orden público. Los estudiantes han salido a la calle, manifestándose por medio de actos reprobables. Barrios enteros han tenido que sufrir devastaciones como consecuencia de estos desmanes y desórdenes.

La principal causa de los disturbios estudiantiles en Europa y América no es de índole profesional, como se han imaginado los gobernantes, espantados por la envergadura adquirida por aquéllos. Si en la base de los disturbios hubiera existido un interés puramente formativo para una mejor preparación de los futuros cuadros de la nación, entonces, una vez atendidas estas reivindicaciones, hecho en gran parte en vía de realizar por los Gobiernos respectivos, también tendrían que desaparecer las agitaciones. Lo que no ocurre en realidad. Los estudiantes rebeldes ignoran lo que han pedido y han obtenido y formulan otras condiciones, vienen con otras pretensiones, entre las que alcanzan campos que no tienen nada que ver con la vida universitaria. Sus protestas se han iniciado sobre el estado de retraso de las Universidades, para extenderse luego a otros problemas de orden político, como, por ejemplo, la guerra de Vietnam.

Los sociólogos contemporáneos y otros científicos tienen más razón cuando ven en la crisis de la juventud actual un conflicto de generaciones. La nueva generación desea emanciparse de la tutela de la vieja generación y forjarse un destino propio. Existe una faceta universitaria de la crisis, que es secundaria (por esto no se terminan las agitaciones). y una estimación

global de éstas, que tienen sus orígenes en una aspiración más profunda. Nada más natural que la juventud sea invadida por inquietudes y quiera plantearse el problema de su futuro. En definitiva, la juventud tiene la vida por delante, mientras que la vieja generación se halla a punto de retirarse y ha perdido la fuerza espiritual para forjar una nueva época. Sin esta preocupación renovadora de cada ola de jóvenes no existiría el progreso en ningún terreno. Historia no significa inmovilismo histórico. En todos los tiempos, en todas las épocas, la juventud ha enfocado de otra manera los problemas políticos y sociales de la vieja generación y ha buscado amoldarles según su espíritu.

Pero existe algo difícil de comprender en las actuales agitaciones estudiantiles. En todos los países, los estudiantes en rebeldía contra la autoridad del Estado lanzan los mismos *slogans,* se inspiran en las mismas fuentes doctrinarias y reclaman la instalación del mismo tipo de sociedad. Todos los que salen a la calle y destruyen los bienes del Estado y de los ciudadanos son afiliados de las corrientes de izquierda. Unos son leninistas puros, otros trotzkistas y otros desfilan por las calles con el librito de Mao en la mano. No hay nada anormal que la juventud busque una nueva orientación, y para afirmar su propia personalidad, incluso entrar en conflicto con la generación que detiene el poder en el Estado; pero es una cosa anormal el hecho de que en todos los países la juventud adopte como plano de lucha las directrices del comunismo internacional.

Vamos a explicarnos. La juventud no es una entidad abstracta, universalmente valedera y con la cual se puede operar indistintamente de la longitud o de la latitud. La juventud forma parte integrante de una nación. Cuando la juventud de un país busca descubrir su propia vocación, resolver las incógnitas de su vida, no se puede desprender de su estirpe, la cual constituye su plasma germinativa. La juventud es sólo un momento de la gran historia nacional, la cual mañana se convertirá en un pasado. La juventud no puede pensar de otra manera y no puede actuar de otro modo más que teniendo en cuenta la tota-

lidad que representa. Su misión es la de ofrecer a su estirpe una nueva aspiración, un nuevo ideal, una nueva perspectiva, que debe llevar a su cumplimiento, pero sin merma absoluta del etnos nacional. Por consiguiente, en todo conflicto de generaciones, como toda rebelión de la juventud, las reacciones deben ser distintas según los países donde se producen estas agitaciones. De una manera reaccionará la juventud en un país ante el inmovilismo de la vieja generación, y de otro modo distinto en otro país. Es una ley natural, ya que cada pueblo, cada Estado nacional, tiene sus problemas específicos, los cuales no pueden ser resueltos con la ayuda de unos programas procedentes del extranjero. Un slogan, una idea, una doctrina, pueden ser de provecho en un cierto país, pero puede resultar completamente impracticable en otros. La juventud no puede gritar en todos los países los mismos «slogans», sin descubrir la falta de madurez política y espiritual y desembocar en el ridículo. Esto no se llama afirmación de la personalidad política por mediación de la adopción de una actitud ante la vieja generación, sino la confesión de su propia impotencia. ¿Cómo, la juventud de un país no es capaz de definir su actitud tomando como base el patriotismo nacional, con su cultura milenaria, con sus siglos de luchas y sacrificios?

¿Qué clase de originalidad es ésta, que la juventud reniega de sus propias fuentes de inspiración y corre tras préstamos doctrinarios extranjeros? ¿No ha encontrado esta juventud nada digno, nada grandioso en el pasado de su estirpe, en su historia, en su cultura, que la inspire y la anime para crear ella también algo memorable? ¿Necesita esta juventud para afirmarse en sí misma que acudir a Marx, a Lenin, a Mao, cuya ideología se resume, en esencia, en destruir todo lo que ha creado hasta ahora la Humanidad para que, por encima de la ruina de las culturas nacionales se erija la más tremenda esclavitud que ha conocido la Historia?

Repetimos: la rebeldía de la juventud es un hecho normal y compadecemos al pueblo cuya juventud no posee preocupa-

ciones espirituales o políticas. Aquel pueblo es condenado a la mediocridad e incluso a la extinción por no tener continuadores dignos de llevarle el nombre. Pero es todavía más lamentable aún el pueblo cuya juventud se ha apartado de la tierra de sus antepasados y ha alquilado su afán y su generosidad a unas fuerzas antinacionales. Cuando la juventud hace profesión de fe marxista, leninista, trotzkista o maoísta, sale de la esfera de su nación y cae en la órbita de otros conglomerados políticos. La juventud ya no es ella misma, ha perdido el rango que poseía, convirtiéndose en una masa de maniobra contra su propia nación.

La actual rebeldía de la juventud universitaria, idéntica en sus manifestaciones en todos los países, diferenciándose sólo por la subespecie del comunismo que propaga, es una rebeldía dirigida. La lucha de clases ya no es más rentable en el Occidente. Las masas obreras han alcanzado un grado de bienestar que les saca de la categoría del proletariado. Estas masas votan en virtud de la tradición por los partidos de izquierda, pero con ellas no se puede constituir ya tropas de choque de la revolución mundial. Se han aburguesado y han perdido el sentido de la violencia. La conspiración comunista, dándose cuenta de que la lucha de clases ha llegado a un punto muerto en los países de alto nivel económico, ha inventado entonces, como sustituto de aquélla, la lucha entre las generaciones, una lucha que no se limita a un país, o a un pueblo, sino que se extiende horizontalmente, sobre todo el globo terráqueo, donde existen aún países libres y supercivilizados. En Japón, en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania, en Holanda, etc., la misma juventud melenuda y drogada ha sido empujada a la rebelión contra la triple autoridad de la familia, de la religión y de la sociedad civil por los agentes de la conspiración comunista, infiltrados dentro de sus filas. El espectáculo se repite con el mismo aparato, con los mismos procedimientos en todos los países occidentales. Así como el comunismo ha logrado crear una Internacional de los Obre-

ros, ahora quiere crear una Internacional de la Juventud desarraigada de la tierra de su patria.

Para engañar la buena fe de la juventud, la cual, carente de experiencia, se lanza a cualquier empresa contestataria para satisfacer su sed de ideal y de acción, la conspiración comunista le ofrece alternativas revolucionarias diferentes: los líderes de la juventud de izquierda, bien preparados en la materia, se declaran contra la sociedad de consumo pero, al mismo tiempo, para no ser tachados de parcialidad, repudia también el comunismo moscovita y se adhieren a la fracción trotzkista o vuelven a Lenin o proclaman a Mao como verdadero continuador de Marx. El negocio es brillante. Bajo la inspiración de los maestros ocultos la juventud se enrola en las nuevas tropas de choque de la revolución comunista y proporcionan un nuevo impulso a la lucha de supresión del orden cristiano del mundo, convencida de que representa una tercera actitud que no está ni con el Oeste ni con el Este. Pero todos estos movimientos, aparentemente divergentes, son coordinados sobre un plan mucho más alto, inaccesible a la juventud por los mismos diabólicos cerebros, que desde las sombras dirigen toda la campaña de la conquista del mundo.

16. *Sociedad de consumo.*

El primer ministro francés, Chaban Delmas, hablando recientemente de la futura sociedad, hacia cuya realización se orienta también su Gobierno, afirmó que aquélla será una sociedad de consumo, «untada con un poco de alma». En otros tiempos, semejante afirmación hubiera levantado una tormenta de protestas y el Gobierno hubiera sido forzado a retirarse. Ninguna nación, con la más mínima propia estimación, no puede permitir que sea reducida a una simple función digestiva. En la Francia actual no ha ocurrido nada anormal, como si la inmensa mayoría de los franceses estuvieran de acuerdo

con la definición emitida por parte de su primer ministro. La gloriosa Francia, con su pasado, con su Historia, con el esplendor de su cultura, es considerada por sus gobernantes como una simple masa de productores y consumidores. Para lo espiritual ya no hay sitio. Esto se ha reducido a una frágil envoltura de las preocupaciones de los ciudadanos y disminuirá todavía más hasta desaparecer completamente en un futuro previsible.

Una nación no es una sociedad de consumo, y si se convierte en una sociedad de esta especie, ha cesado de ser nación. La nación es, en primer término, una comunidad espiritual. Para proyectar la imagen de una nación tendríamos que invertir la proporción enunciada por Chaban Delmas: una nación es una entidad espiritual, «untada con un poco de materia». Los bienes materiales son necesarios a una nación; ellos le aseguran su subsistencia física, pero no son ellos los que le contorna, le define su personalidad. No se puede decir que una nación existe porque posee tantas vacas o tantos coches o tantos kilómetros de vía férrea o porque sus ciudadanos han consumido tantos kilos de carne. Una nación existe en virtud de algo inmanente, de unos imponderables que la distinguen en política y en historia de otros grupos nacionales.

«La sociedad de consumo» es una fórmula degradante y peligrosa. Es degradante porque baja al hombre del pedestal en donde le había colocado Dios, como rey de la Creación y como su colaborador, al nivel de vida de los animales, los cuales no viven más que en un sempiterno presente. En definitiva, las abejas y las hormigas poseen también una excelente organización del trabajo para asegurar su producción y la alimentación de la colectividad. No sabemos a quién le gustaría vivir en un hormiguero humano, donde los hombres se movieran exclusivamente en pro de las necesidades de la producción y de donde desapareciera todo germen de libertad y toda huella de pensamiento personal. El sistema social basado sobre el binomio producción-consumo conduciría fatalmente a la

anulación de la persona humana. Aunque si se llegara con el tiempo a que los bienes producidos con ayuda de las máquinas cubran en abundancia las necesidades de los millares de millones de hombres, la persona humana será herida mortalmente. Esta no puede subsistir dentro de una sociedad que no le exige esfuerzo alguno espiritual, fuera de ser un buen productor y un buen consumidor.

La fórmula es peligrosa, ya que conduce a la uniformidad de la mentalidad de los pueblos y en último término a su amalgamiento. La «sociedad de consumo» es igual atractiva en Francia, en Alemania, en los Estados Unidos, en Brasil y en todo país del globo terráqueo. Hombres pertenecientes a distintas nacionalidades empiezan a pensar en los mismos términos sobre la consecución del bienestar, del progreso material y sobre los beneficios que puedan sacar de su colaboración. El acercamiento se realiza, pero, ¡ay!, sobre valores inferiores, sobre elementos de civilización técnica, la cual se trasplanta con facilidad de un país a otro y se borran las diferencias entre los pueblos. «La sociedad de consumo» se sobrepone a los Estados nacionales por encima de los intereses permanentes de los pueblos, por encima de su personalidad histórica, creando fenómenos de «babilonia» moderna.

«La sociedad de consumo» amenaza igualmente a la idea de cultura. Toda cultura tiene un substrato nacional. «La cultura es universal como brillantez, pero nacional como origen», dice Corneliu Codreanu. No existe cultura mundial, así como no hay humanidad pura. La cultura es la expresión del genio creador de cada pueblo. «La sociedad de consumo», aplastando el carácter específico de los pueblos, implícitamente ataca el *humus* espiritual del que brota toda cultura.

Finalmente, «la sociedad de consumo» es incapaz de hacer frente a la amenaza comunista. Colocando en primer término la felicidad física del hombre, la acumulación de bienes materiales, aleja al individuo de la política, del Estado y de sus obligaciones ciudadanas. ¿Quién va a defender a la nación,

cuando todos se preocupan en primer lugar de cortar un mayor trozo en la tarta de la sociedad de consumo? Estar al servicio del Estado, ser soldado de la nación, no trae consigo más que precarias satisfacciones de orden material. Todos aquellos que desempeñan un cargo político, administrativo o religioso, llegan a un estado de inferioridad social en comparación con los partidarios de la sociedad de consumo, en tanto que, finalmente, al ver cuán poco son apreciados por sus contemporáneos, escogerán ellos también el mismo camino para avanzar en el escalafón social. Personas capaces desertarán de sus funciones de representación y protección del Estado para concentrarse en el sector técnico, industrial y bancario, donde les espera una remuneración superior. El Estado, debilitado a causa de estas deserciones masivas de los más dotados cerebros de la nación caerá en manos de los incompetentes y de las infiltraciones comunistas.

La «sociedad de consumo» seduce a los hombres a gastar sus talentos y sus energías para el logro de realidades tangibles, las cuales se manifiestan mediante un más alto nivel de vida. Pero los mismos talentos y las mismas energías escasean en los sectores vitales de la nación: en el Ejército, en la Iglesia, en la administración, en la política, precisamente en un momento en que el enemigo lleva a cabo el máximo esfuerzo para destruir la estructura ideológica y espiritual de los pueblos. «Lo más grave —dice Blas Piñar en un reciente editorial publicado en la revista «Fuerza Nueva», bajo el título de «Voluntad de ser»— de la hora presente no está en el ocaso de las ideologías, sino en el ocaso de los hombres que las representan. Al agotarse doctrinalmente, seducidos por la eficacia, o el «cómo» hacer las cosas, sin preguntarse el porqué y para qué de ellas, han llegado a una especie de «americanismo» político, que ha descuidado o despreciado el cimiento de las ideas, dejando sus construcciones a merced de los huracanes promovidos por quienes difunden y defienden las contrarias».

Los hombres a los que se refiere Blas Piñar, los agotados doctrinalmente, los que no creen más en ideologías y no están dispuestos a defenderlas, son víctimas de la sociedad de consumo. Pero, además del vacío que ocasionan en el seno del Estado se han convertido en aliados potenciales del comunismo. En efecto, mientras que ellos proclaman con tanta ligereza «el ocaso de las ideologías», la ideología marxista se afirma con mayor brutalidad que nunca mediante millares y millares de actos y de presencias en todo el mundo. El comunismo, a pesar de ser una doctrina materialista, no permite ser seducido por la materia. Para los dirigentes comunistas lo económico es una función subordinada a lo político y a un instrumento de la revolución mundial. La economía de un país comunista no sirve a la creación de una sociedad de consumo, sino para la creación de los instrumentos de lucha contra el mundo libre.

Por consiguiente, también los Estados libres deben impedir la anarquización de la vida de la nación, convirtiéndola en una sociedad de consumo. La economía es un factor de sostén material del Estado y hay que mantenerla en permanencia en esta posición de subordinación. Los ciudadanos no deben correr en pos de la acumulación de bienes materiales, sino tras la gloria que les espera al servicio de la Patria y de la Iglesia.

17. *Europa unida y el comunismo.*

Frente a la amenaza del Este se oyen cada vez más numeroso gritos que reclaman una rápida unificación política del resto de la Europa libre. La fórmula lanzada en vísperas de la segunda guerra mundial por W. B. Curry, «unirse o perecer», atraviesan ahora el cielo de Europa en todas las direcciones, acompañada de graves advertencias. No hay tiempo que perder. Hombres políticos, historiadores, sociólogos, pe-

riodistas de todos los países sostienen que si Europa occidental no sobrepasa la fase actual de división en Estados nacionales, caerá ella también en la órbita soviética. Los americanos no podrán mantener indefinidamente sus tropas en el continente europeo.

La creación de la Europa Unida tendrá, además, la ventaja que se lograría un nuevo equilibrio mundial. Aparecería una tercera fuerza, la cual eliminaría la actual supremacía soviético-americana sobre nuestro continente. Europa encontraría su centro de gravedad y con el tiempo podría incluso contrarrestar la presión de Moscú, determinando la liberación y la reincorporación de los países del Este.

La perspectiva es atrayente. ¡La salvación de todos es tan cercana, si no existiera aún la absurda resistencia de las peculiaridades nacionales para la realización de la idea europea! He aquí cómo se puede perder un gran momento histórico a causa de los nacionalismos anacrónicos. ¡Jamás una construcción social del espíritu humano se ha impuesto con mayor necesidad y nunca los dirigentes de los Estados y de pueblos han dado prueba de menor sensatez política!

No podemos entrar en los detalles de esta batalla, con los diversos intentos que se han llevado a cabo por los organismos políticos o particulares para realizarse la integración de los países libres en un organismo supra-nacional. Lo que nos interesa de este mosaico de iniciativas y agitaciones son sólo las repercusiones que podría tener el movimiento europeo en relación con el imperio comunista. El problema que se impone y que debe ser examinado por todo hombre político consciente, antes de dar el salto en la incógnita de la Europa Unida, es aquella de saber en qué medida el nuevo organismo sería capaz de constituir un dique de defensa contra la expansión comunista; en qué medida podría honrar el argumento principal, por el cual los Estados son solicitados a sacrificar su soberanía a favor de una autoridad supra-nacional. Podríamos ser víctima de una ilusión peligrosa y, prácticamente, no se lo-

graría nada más que la prolongación de una situación precaria e irremediablemente comprometida si creyéramos que por la simple integración de los países europeos implícitamente se aseguraría su seguridad. No la unificación política de Europa podría conducir a su salvación del comunismo, sino el espíritu y las condiciones en que se realizaría esta obra colectiva.

Si se concibiera la Europa Unida como una simple operación de técnica política, del tipo de los convenios realizados en el campo económico, entonces el organismo resultante de la retorta de los especialistas no tendría el vigor necesario para oponerse al dinamismo que pone de manifiesto el movimiento comunista. Los Estados nacionales sacrificarían su soberanía, total o parcialmente, por una quimera, para descubrir finalmente que se hallan tan impuestos como antes a una invasión del Este. ¿Para qué ha servido la unión cuando su fuerza coleciva no es ahora mayor?

Desde su comienzo, la constitución de la unidad europea debe hacerse en espíritu anticomunista claro. «No nos unimos para vivir mejor, para disponer de un mercado más grande para la venta de los productos, sino para defendernos en común contra el peligro del Este.» Los pueblos deben saber que el fin fundamental de la federación, de la confederación o de cualquier otra forma de unificación política, es aquel de la creación de una fuerza capaz de enfrentarse al comunismo en todos los dominios y que la meta final de la Europa Unida es la de expulsar a los bárbaros del Este hacia los lugares lejanos de donde han venido. La Europa Unida es una empresa del futuro, pero no puede haber un porvenir europeo mientras las divisiones soviéticas se encuentran a las orillas del río Elba. Las grandes realizaciones europeas en el sector económico son como una casa edificada sobre arena. Mientras el problema comunista no sea resuelto, Europa no podrá gozar con tranquilidad del fruto de su trabajo, ya que mañana los pueblos europeos libres pueden correr la misma suerte que la de sus hermanos del Este.

Por consiguiente, el movimiento europeo tiene que definir sus objetivos políticos con toda claridad. La dinámica de la idea comunista no será intimidada por una colectividad cobarde. Europa Unida sólo tendrá valor si en su formación regirá la voluntad de combatir el comunismo y de vencerle. No se le puede pedir sacrificios tan grandes a los pueblos europeos, a renunciar a su personalidad política, si no se les inculca una gran idea: el espíritu de Cruzada contra el comunismo, como una alternativa de vida o de muerte para su porvenir. La compensación debe estar a la altura de los sacrificios solicitados. La Europa Unida no debe ser un «bluff» político, sino una idea en marcha, un llamamiento a la reagrupación y coordinación de todos los recursos morales y materiales de nuestro Continente. Europa Unida tiene que ser un grito de lucha dirigido a todos aquellos que creen aún en los destinos de nuestra civilización.

Otro error que hay que evitar es aquel de no intentar la realización de la unidad europea en contra de las naciones. Kant, en su famoso proyecto filosófico para la paz perpetua (1795), afirma que «las naciones son realidades sociales, jurídicas y morales dotadas de una personalidad propia y, por consiguiente, aptas para gobernarse por sí solas». Las comunidades humanas no son una simple materia social, de la cual los príncipes pueden usar según libre antojo.

Las naciones son entidades históricas fundamentales. No existe historia ni cultura fuera de la nación. El proceso de unificación europea se orientaría hacia un falso camino y tropezaría con obstáculos infranqueables si se ignora la existencia de las naciones o se las considera como realidades sociales de segundo grado. La unidad europea, si se realiza, tiene que partir de los pueblos, de los Estados nacionales y de sus intereses permanentes. Una Federación Europea no puede abrigar otra finalidad que aquella de asegurar a las naciones participantes un desarrollo superior al estado político en que se han encontrado hasta entonces. Cada nación debe conser-

var dentro de la nueva configuración política europea no sólo su personalidad histórica y su cultura propia, sino hallar medios superiores para la afirmación y promoción de su peculiar genio.

La Europa Unida debe evitar tomar como modelo a los Estados Unidos de América. La Constitución americana ha tenido como base la existencia de una sola nación, un fuerte núcleo anglo-sajón que ha asimilado progresivamente a los inmigrantes de otras nacionalidades, mientras que Europa está formada de un conjunto de naciones, cada una de ellas con su contorno histórico bien delimitado.

Si mediante una Constitución europea se intentase la defraudación de las aspiraciones nacionales de los pueblos y su amalgamiento dentro de una masa uniforme, se seguiría exactamente la enseñanza marxista-leninista que ha aplicado un gigantesco proceso de aniquilamiento de las naciones cautivas por su mezcla en las regiones donde son deportadas. No existe una «nación europea» o un «pueblo europeo»; éstas son ficciones. Existen sólo naciones europeas, las cuales no pueden ser amputadas de su específico nacional solamente por el deseo de satisfacer las fantasías de unos teóricos que tienen prisa.

Finalmente, no hay que olvidar que no siempre «la unión hace la fuerza». Esto depende de la calidad de los hombres, de los grupos, de las colectividades que integran una asociación. Los países de la Europa occidental, con raras excepciones, se encuentran en estado de descomposición interna. Por un lado, son minados por la existencia de los partidos comunistas; por otro, en las esferas gubernamentales y administrativas, ha hincado sus tentáculos la conspiración comunista. Si completamos este cuadro deprimente con la aparición de una juventud anarquizante y de unas masas populares carentes de preocupaciones políticas y espirituales, nos damos cuenta cuán frágil puede ser una construcción política europea supra-nacional. ¿Qué consistencia puede tener, qué energía puede irra-

diar un organismo atacado por enfermedades en todas sus partes? Si se colocan juntas un montón de manzanas podridas, nunca se obtendrá una cesta de manzanas sanas.

Es imperiosamente necesario que antes de pasar a la constitución de la Europa Unida, cada Estado nacional haga una cura de desintoxicación de su organismo del veneno comunista. Los partidos comunistas deben ser disueltos y las redes conspirativas, desarticuladas y suprimidas. Solamente entonces se podrían crear las premisas necesarias para una discusión válida del proyecto de unificación política de Europa.

18. *Criminales de paz.*

No lanzamos esta acusación a los sacerdotes de todas las religiones, quienes, por la naturaleza de su vocación, tienen que predicar la paz entre los pueblos —incluso cuando lobos vestidos con piel de cordero dirigen los destinos de la Humanidad y empujan a millares de millones hacia los mataderos de Rusia y China— con la esperanza del último resplandecer de conciencia de estos dirigentes desnaturalizados, sino nos referimos a los falsos predicadores de la paz, los cuales no son otra cosa que unos intermediarios del comunismo, encargados para una función precisa dentro del cuadro del monstruoso plan de la esclavitud del mundo entero.

Estos «pacifistas» rabiosos que están dispuestos a emplear incluso la violencia para restaurar la paz allí donde, consideran ellos, parece estar enturbiada, observan una conducta extraña: ellos dirigen los rayos de su indignación exclusivamente contra los Estados occidentales y jamás contra los Estados comunistas, aunque los atentados de éstos contra la ley internacional son infinitamente más numerosos y más graves. Es una actitud absurda que recuerda la parábola de Cristo, aquella de sólo ver la paja en el ojo del próximo y no la viga en el propio.

Estos pacifistas de sospechoso origen condenan la «agresión» norteamericana en Vietnam, pero no se percatan de la invasión organizada por Ho-Chi-Minh contra unos Estados libres y de la presencia de unas tropas extranjeras sobre sus territorios. No han oído nada, y si tal vez han oído, su sensibilidad «pacifista» no reacciona acerca de la matanza de poblaciones enteras, con mujeres y niños, por haber rehusado a participar en los «raids» de robo y muerte organizados por las bandas de Vietnam del Norte.

Los «pacifistas», sostenidos con dinero de Moscú, piden la retirada de las tropas americanas de Europa, pero no se sienten incomodados por la presencia de las divisiones soviéticas estacionadas sobre el río Elba y tampoco les veremos organizando manifestaciones a favor de los pueblos sojuzgados.

Los «pacifistas», maniobrados por Moscú, pretenden que se ponga fin a las «agresiones» americanas contra el régimen de Fidel Castro, pero no se escandalizan de la guerrilla que mantiene el jefe de Cuba comunista en casi todos los países de América del Sur.

Estos «pacifistas» están al lado de las panteras negras y norteamericanos y participan en todos los desórdenes que se producen en diversos países libres, bajo el pretexto de las supuestas injusticias sociales, pero no tienen lágrimas que verter por las víctimas del terror comunista en Hungría, Checoslovaquia o de otros países sojuzgados.

Son «pacifistas» de sentido único, no conocen más que una sola dirección de manifestación y siempre en provecho del comunismo mundial.

¿Qué misión tienen estas bandas catilinarias, las cuales se han multiplicado considerablemente en los últimos años en casi todos los países occidentales? Su sentido de manifestación muestra claramente que no se trata de la expresión de unos sentimientos sinceros y leales a favor de la paz. Estos agitadores padecen de una especie de daltonismo moral y político, siendo incapaces de percatarse de los delitos contra la

paz perpetrados por los maestros de la conspiración comunista. Su misión no es una misión auténtica de paz, puesto que entonces se manifestarían con mayor ardor contra los comunistas y tendrían, gracias a Dios, numerosas oportunidades para ello, ya que sus agresiones se suceden como una avalancha.

La misión de los pacifistas encuadrados al servicio y a sueldo de Moscú es la de amortiguar, mediante sus ruidosas manifestaciones ante la opinión pública, el efecto de las agresiones cometidas por los comunistas contra los Estados libres. Con sus agitaciones, persiguen ahogar los gritos de dolor de las víctimas de los nuevos ataques comunistas o denunciar como agresores a aquellos a quienes intervienen a su favor. Estos «pacifistas» movilizan la capacidad de indignación y rebeldía de la opinión pública en una falsa dirección, para que las operaciones de bandidaje de los comunistas pasen desapercibidas. Ellos gritan «he aquí el ladrón» y señalan a los americanos, para que el verdadero ladrón, China y Rusia, se escapen sin ser observados con su presa, con un nuevo trozo de tierra arrancada al mundo libre.

El comunismo se halla en guerra permanente con todo el mundo. La paz para los comunistas no es más que un armisticio para preparar nuevos ataques. No pueden llegar a la conquista del mundo, como les dicta su objetivo final, si no se conspiran constantemente contra la paz, si no aprovechan toda oportunidad, todo momento de debilidad de sus vecinos, para abalanzarse contra ellos y sojuzgarles. El comunismo o bien se extiende sobre toda la tierra o perece. Los agresores permanentes contra la paz, contra la independencia y la libertad de otros pueblos, se encuentra en Moscú y en otras capitales del mundo comunista. «La Unión Soviética —dice Bullitt, un pro-comunista convertido al anticomunismo, antiguo embajador en Moscú— se encuentra permanentemente en estado de guerra, declarado o latente, contra los Estados no comunistas que existen en el mundo. Y todo abrazo amistoso

que el Gobierno soviético da a cualquier Gobierno no comunista, va acompañado de una intención ulterior de asestarle una puñalada por la espalda» (WILLIAM C. BULLITT, *La Amenaza Mundial,* 1947, pág. 100).

¿Desean de verdad los comunistas y sus afiliados del Occidente la paz? Pues bien, nada más sencillo: entonces ellos deben renunciar a su política de robo practicada hasta ahora. Sólo evacuando la Europa oriental y restituyendo a los pueblos de este espacio el derecho a su autodeterminación, sólo entonces, sus declaraciones pacifistas tendrían un sentido y podrían ser tomadas en consideración por los Estados occidentales. Paz con justicia, como ha pedido también el Santo Padre Pablo VI y otros Papas con anterioridad; paz que respete la dignidad del hombre y el derecho de las gentes. Mas ¿qué clase de paz es ésta que garantiza a los comunistas sus conquistas realizadas hasta ahora, representadas por el telón de acero y el derecho a la impunidad para todas sus futuras incursiones contra el mundo libre? Esta no es la paz fervorosamente deseada por la Humanidad entera, sino la paz de los cementerios, la paz de los campos de trabajos forzados, la paz de la esclavitud perpetua, la paz de la bestialidad desencadenada.

Los que han invadido tantos pueblos y los han robado hasta la médula de los huesos tienen que restituir primeramente la presa de la cual se han apoderado y luego pueden ser invitados a la mesa verde para establecer las bases de una paz duradera. De otro modo, cualquier paz basada en la actual situación no sería más que una institucionalización de la injusticia, no sería más que el reconocimiento de la agresión como factor creado del orden internacional.

Como una paz justa no es posible en las actuales circunstancias a causa de la existencia de una potencia que se arroja el derecho a la vida de los demás pueblos y persigue subyugarlos uno tras otro, el mundo libre no debe lanzarse en esta loca carrera para la paz, ya que esto significaría cavarse su

propia tumba. «No existe otro remedio —afirma también Bullitt— para impedir que la Unión Soviética se apodere de los Estados no comunistas, que el de enfrentarla constantemente con fuerzas superiores» (Idem., pág. 101).

«El instinto de conservación —continúa él— debe ser más fuerte que el deseo de paz y comodidad. Los Estados Unidos no deben vacilar en emplear incluso las bombas atómicas para impedir nuevos crímenes por parte del imperialismo soviético. No constituye inmoralidad alguna la ejecución de un asesino potencial» (Ibidem, pág. 166).

Un legionario rumano, el doctor Crisu Axente, fue sorprendido por la muerte cuando estaba a punto de publicar un libro con el título «Criminales de Paz». El quería demostrar, basándose sobre un abundante material, que no existen sólo criminales de guerra, sino que hay igualmente criminales de paz, es decir, aquellos hombres políticos de las democracias occidentales, quienes, consciente o inconscientemente, ocultan la verdad a sus pueblos, y les pregonan la paz a toda costa con sus futuros asesinos. Presentándose como apóstoles de la paz, cuando en realidad tendrían que preparar el inevitable enfrentamiento del mundo libre con el comunismo, estos hombres políticos se convierten en instrumentos del enemigo y preparan la tumba de sus naciones. Ellos son criminales pertenecientes a una especie infinitamente mucho más peligrosa que los criminales de guerra —un concepto sometido a vehementes críticas después del proceso de Nüremberg—, ya que priva a los pueblos de la misma posibilidad de defenderse, de entablar una última batalla en pro de su supervivencia. En nombre de esta funesta paz, los pueblos están atados de manos y de pies y entregados al monstruo bolchevique para ser conducidos a los lugares de tortura, convencidos hasta el último momento de que no van a la muerte, sino a la boda de confraternidad universal. Concluimos con una advertencia de Bullit hecha en el año 1947, cuando escribió su famoso libro «La Amenaza Mundial», me-

diante el cual deseaba expiar sus errores cometidos durante su carrera de diplomático.

«Sabemos que no podemos asegurar la paz más que ensanchando hasta que llegue a cubrir toda la superficie terrestre la zona de la democracia, de la libertad y de la decencia humana. Si nuestro Gobierno, con el pretexto de buscar la paz, sigue tolerando que, en vez de ensancharse, llegue a suprimirse esta zona, no nos proporcionará la paz, sino una lucha desesperada contra los ataques de fuerzas aplastantes de esclavos, obligados a avanzar por los comunistas. Si nos mantenemos firmes actualmente frente a las fuerzas del mal, tratando de extender el área de la Justicia de Dios, es posible que nos sea dada hasta la paz. Pero no la encontraremos por el método de apaciguar a Stalin» (pág. 203).

19. *Dos pasos adelante, uno atrás.*

Mediante estas palabras simples y sugestivas, ha expresado Lenin su concepto acerca de la estrategia comunista. También se denomina este concepto «el vals de Lenin». La Historia no se desarrolla en línea recta. A menudo son necesarias retiradas y compromisos. La retirada es tan importante como el ataque. Si hemos logrado hacer dos pasos adelante y la situación no te permite conservar lo que has conseguido en el primer asalto, hay que estar preparado a ceder parte del terreno. Lo esencial es que, al hacer el balance final de avances y retiradas, aparezca una ganancia sustancial.

Pero la retirada es sólo provisional. Ello no significa el abandono de las metas finales de la revolución. También Lenin afirma: «Te retiras, para avanzar mejor». Tan pronto que aparece una coyuntura favorable, el comunismo tiene que reanudar su marcha triunfal, sin tener en cuenta las promesas hechas de los compromisos contraídos e incluso de los tratados concluidos. Las relaciones con los más débiles se reglamentan sobre la base de la fuerza.

Lenin ha aplicado este principio de la estrategia elástica a partir desde el primer año de la existencia de la Unión Soviética. Los bolcheviques conquistaron el poder en noviembre de 1917, y en el mes de marzo de 1918 firmaron la paz de Brest Litovsk con las Potencias Centrales. El tratado era deplorable desde el punto de vista de los interese rusos, ya que imponía graves pérdidas territoriales. Pero para Lenin el problema primordial en aquel entonces era de orden interno, la consolidación de la revolución. Los bolcheviques no podían luchar al mismo tiempo contra los ejércitos blancos y contra las Potencias Centrales. La cuestión de la integridad del antiguo imperio zarista pasaba al segundo plano. El estaba dispuesto a sacrificar cualquier extensión territorial, sólo para que el resto de Rusia quedara en sus manos. Lenin había dado un paso atrás para salvar la revolución. Y no sólo se logró este propósito puesto que mediante saltos sucesivos Rusia Soviética ha reconquistado sus territorios perdidos y ha redondeado sus fronteras con otras conquistas, llegando hasta el Elba.

En la política interna se ha venido aplicando la misma receta. Bajo la presión de la situación catastrófica de la economía, se abandonó parcialmente el sistema rígido de la economía comunista, inaugurando el NEP, es decir, «la nueva política económica». Claro que una vez pasada la crisis, se volvió al antiguo sistema y las medidas de liberación han sido suprimidas.

De aquí dos enseñanzas: cuando oímos hablar de ciertas medidas de liberalización en el imperio comunista, o cuando asistimos al hecho de que los rusos se retiran de ciertas regiones, como ha ocurrido en Persia en 1946, o en Austria en 1955, no hay que creer que han renunciado a sus metas imperialistas. Ellos bailan el vals de Lenin.

«Los que se quejan —dice Bullitt— de lo inconstante e imprevisible de la política exterior de la Unión Soviética confunden táctica esttratégica y objetivos. El Gobierno soviético avanza con paso seguro hacia su meta, mientras cambia su tác-

tica estratégica, como lo haría cualquier Cuartel General, disimulando sus proyectos y moviendo sus tropas, midiendo con el máximo cuidado su propia fuerza o debilidad y la de los Estados no comunistas que ocupan el resto de la tierra» (WILLIAM C. BULLITT, *La Amenaza Mundial,* 1947, pág. 91). Y más adelante añade:

«La Unión Soviética avanza por dondequiera que se le deje avanzar impunemente. En cuanto la agresión es difícil o peligrosa, se detiene al momento. El Gobierno soviético sondea constantemente desde su núcleo moscovita en busca de víctimas los espacios que rodean a la Unión Soviética.

«Cuando tropieza con obstáculos serios se retira, dirigiéndose a un espacio distinto. Cuando se encuentra con una víctima de fácil digestión, la inunda y digiere» (Idem, págs. 93 y 94.

La coexistencia pacífica, que está hoy día en boga, pertenece a la misma estrategia elástica. Rusia Soviética siente la necesidad de un período de convivencia con el mundo libre para reagrupar sus fuerzas y para preparar el asalto final.

El Occidente no tiene más que una sola posibilidad para evitar el vals mortal de Lenin: el contraataque sobre la base de una estrategia propia.

20. *El plan Lenin.*

Después de que la revolución bolchevique se ha consolidado en Rusia, Lenin señaló las etapas de la conquista del mundo:

«En primer lugar —afirmó él—, tomaremos la Europa oriental, luego a las masas de Asia, luego conquistaremos los Estados Unidos, el último baluarte del capitalismo; no tendremos la necesidad de atacarle, caerá como un fruto maduro.» Existe también otra versión, según la cual Lenin hubiera afirmado que la Europa occidental caerá como un fruto maduro,

mientras que los Estados Unidos, asfixiados por los demás continentes, serán forzados a capitular.

Este proyecto no constituye un secreto de operaciones del Alto Estado Mayor de la conspiración comunista. Todo el mundo puede leerlo, si los pasos le dirigen a visitar el mausoleo de Lenin en la Plaza Roja.

Desde que fueron enunciados y hasta la fecha, todas estas etapas se han cumplido con un rigor matemático. Cualquiera puede comprobar con el mapa en la mano el incremento del imperio comunista conforme a las previsiones de Lenin.

— Primeramente, tomaremos la Europa oriental. Esta primera parte del plan se ha logrado al final de la Segunda Guerra Mundial.

— Luego, las masas de Asia, China, la masa central de Asia cae bajo la dominación de los comunistas en 1949. Ahora se libra la batalla de Indochina, India, Corea, para conquistar a las periferias continentales. Una vez que se retiren los americanos, estos territorios caerán también en las manos de los comunistas.

— ¿Cuál será la suerte de Europa occidental? Ahora nos hallamos en la fase de la conquista del oeste de Europa. Se dibuja claramente un vasto movimiento de envolvimiento desde el Mediterráneo, desde Elba y del Norte. Los comunistas están a punto de convertir el Mediterráneo en un lago soviético. Si América se retira de Europa, entonces se creará aquí un vacío político y militar y la caída de la Europa occidental se llevará a cabo sin resistencia alguna, exactamente como un fruto maduro.

Una vez caída Europa en las manos de los comunistas se acelera la disgregación de Africa y de América del Sur, en tanto que el final de los Estados Unidos como nación libre es inevitable.

Evidentemente que el plan de Lenin no se ha realizado y no se realizará mediante la fuerza conquistadora de los Ejér-

citos comunistas, sino por medio de la acción secreta y convergente de la conspiración comunista en el Occidente. Esta conspiración fue la que determinó a Roesevelt en Teherán a entregar la Europa oriental dentro de la esfera de influencia soviética. La misma conspiración ha organizado la entrega de China a Mao y la misma conspiración ha empujado a Inglaterra y a Francia a la liquidación de sus imperios coloniales. Ahora la misma conspiración, que ejerce una influencia decisiva en los Estados Unidos, presiona para la evacuación del sureste asiático y de Europa por las tropas americanas para que de este modo, en el vacío creado, penetren los soviets.

La situación requiere una máxima presión por parte de los países amenazados en Asia y en Europa, para que América no sólo se quede donde está, sino que fortalezca aún más la estructura militar que defiende la seguridad del mundo libre. Esta presión debe ser suficientemente fuerte para contrarrestar la presión de la conspiración comunista.

21. *El centro de gravedad de la batalla.*

En toda lucha tenemos que saber dónde radica su centro de gravedad, para que en aquel punto podamos concentrar las fuerzas principales. Cuántas veces hemos oído que para combatir al comunismo tenemos que eliminar la miseria del mundo. Pero he aquí que en los países industriales del Occidente la miseria ha sido casi en su totalidad eliminada y, sin embargo, el comunismo continúa cosechando éxitos. Si concentrásemos todas las fuerzas disponibles en esta dirección, es decir, para alimentar mejor a la gente, proporcionarle viviendas confortables, mejores sueldos, sin duda alguna que haríamos cosas interesantes y útiles, pero el peligro de nuestra caída en la esclavitud comunista no será alejada.

Rusia Soviética chantajea al mundo con la amenaza de una guerra nuclear que destruiría a la Humanidad entera. Esta ca-

tástrofe es muy poco probable que ocurra ya que se ha creado un equilibrio de terror, que bloquea recíprocamente las iniciativas.

Vamos a examinar ahora las posibilidades de una guerra convencional. Contrariamente a lo que cree el mundo, este tipo de guerra no podrá tener lugar en Europa a causa de la debilidad interna de la Rusia Soviética y de sus satélites. Si se realiza una línea sólida de resistencia en Europa occidental, los países del Pacto de Varsovia pierden la batalla, aunque sus ejércitos sean superiores a los del Occidente. Pierden la guerra, porque no pueden contar con la lealtad de las tropas. Ni los rumanos, ni los húngaros, ni los polacos, ni los búlgaros lucharán contra el Occidente. Se originarían deserciones masivas de unidades enteras. Se disgregaría no sólo el frente, sino igualmente los regímenes de estos países. De esta manera los Ejércitos Rojos serían aislados de sus bases de Rusia y aniquilados. Los pueblos sojuzgados, aprovechándose de la guerra, se levantarían en masa para reconquistar su libertad. El más grande aliado del que dispone el Occidente en una posible guerra convencional —aliado olvidado y despreciado— es el potencial revolucionario de los pueblos sojuzgados.

Por parte de la Rusia Soviética es descartada la iniciativa de una guerra convencional, puesto que este país conoce su irremediable debilidad. Doscientos millones de hombres, pertenecientes a diferentes nacionalidades sojuzgadas, no esperan más que esta hora bendita para que los guardianes de las cárceles sean ocupados con la guerra para reconquistar su libertad.

El peligro para Europa radica en otro lugar. En el mismo Occidente, en la ingente proliferación de las redes de la conspiración comunista en el mundo libre y en su capacidad oculta de dirigir la política occidental, conforme a los intereses del comunismo internacional. Tenemos el caso de Hungría. En unos cuantos días se derrumbó el régimen comunista de este país como un castillo de naipes, puesto que no tenía raíces algunas en el seno del pueblo. Hemos visto igualmente el caso

de Checoslovaquia. Pero tanto en uno como en el otro caso han intervenido los tanques rusos que han reinstaurado el régimen del terror. Esta intervención no hubiera tenido lugar y, hoy día, tanto Hungría como Checoslovaquia hubieran sido países libres si previamente Moscú no hubiera obtenido el consentimiento de Norteamérica. Ocurre este hecho paradójico que los regímenes comunistas de los países de la Europa oriental no son viables por sí mismos, sino su existencia es garantizada por Moscú. Moscú, a su vez, es garantizada por los Estados Unidos, respectivamente, por la conspiración comunista que ejerce una fuerte influencia acerca de las decisiones de política exterior de este país. Contrariamente a lo que se cree generalmente, el comunismo es muy débil en su propia área de dominación, en Rusia, y en los países sojuzgados por ella, y es muy poderoso en las grandes democracias occidentales, con Norteamérica al frente, es decir, precisamente en los países comprometidos a constituir el dique de defensa del mundo libre.

Esta situación paradójica convierte el mundo occidental en el campo principal de batalla. Hay que eliminar en primer lugar el enemigo del seno del Occidente, para privar al comunismo de la garantía de la impunidad que le asiste siempre que emprende una nueva agresión.

En vano esperaremos con los fusiles en las ventanas y en las puertas si el enemigo ha penetrado en el sótano y nos ataca por detrás. En balde poseemos armas nucleares y ejércitos bien entrenados y pertrechados si los que deciden su empleo se encuentran bajo la influencia de la conspiración comunista.

Hasta ahora no se ha emprendido nada sustancial en el Occidente para cubrir este frente, donde el enemigo avanza a pasos agigantados. ¡Comprobamos con sorpresa y amargura que nadie se ocupa de este género de guerra, la guerra de la cuarta dimensión, la única que interesa en este momento, porque aquí el enemigo ha concentrado su esfuerzo principal! Una parte importante del presupuesto militar de los Estados libres ten-

dría que emplearse para el aniquilamiento de la conspiración comunista que actúa en su interior.

22. *¡Todos seréis asesinados!*

Asistimos al triste espectáculo ofrecido por una multitud de hombres políticos, de escritores, periodistas, hombres de negocios e incluso de oficiales de alta graduación que van en busca de su salvación a Moscú. Ellos se figuran que al renunciar a su actitud intransigente ante el comunismo y penetrando en una zona política menos expuesta estarían al abrigo de los peligros. Ellos esperan que también al otro bando, el mundo comunista, apreciará su cambio de actitud y conseguirán atenuar su rigidez ideológica, renunciando a sus teorías de dominación mundial.

Es un tremendo error que pagarán muy caro todos aquellos que confían en la condescendencia comunista.

Para los comunistas la colaboración con otros elementos está prevista en su plan de conquista del mundo como una modalidad de penetrar en el recinto de un Estado y de invadirlo desde el interior. Mas una vez que han alcanzado su meta y no necesitan ya de estas tropas auxiliares, se deshacen de ellas de la manera más despiadada. Los que se encuentran tentados de creer en la posibilidad de un «modus vivendi» con el comunismo, que investiguen la reciente historia de los países del Este europeo. ¿Qué suerte han reservado los comunistas a los colaboradores de los demás partidos que les han abierto el camino hacia el poder? Fuera de los que han conseguido huir a Occidente, todos han terminado en prisión o en la tumba.

De la trágica experiencia de los pueblos del Este, los occidentales deberían sacar las conclusiones necesarias y aplicarlas a su propia situación. Es inútil modificar la actitud ante el

comunismo, intentando captar su benevolencia. El final es el mismo, tanto para aquellos quienes no abandonan las trincheras de la cristiandad y de la patria como para los que especulan en la bolsa de la coexistencia, o incluso para aquellos quienes ofrecen directamente sus servicios a Moscú. Estos oportunistas pueden obtener, a lo sumo, un aplazamiento del momento de su liquidación, mas no un indulto de su sentencia. El comunismo es como un paseo adornado con guirnaldas de flores, a cuyo final te espera el verdugo con el tajo y el hacha.

No deseamos provocar temor y pánico, sino dirigir a todos los occidentales, quienes ocupan altos cargos de responsabilidad en un Estado y en la sociedad, una drástica advertencia, bajo la forma que nos ha parecido más categórica:

¡Todos seréis asesinados!

Una vez dueños los comunistas de vuestro país, no van a perdonar a nadie. Perpetrarán en Occidente un baño de sangre como no ha conocido la Historia. No perecerán sólo los enemigos declarados del comunismo, sino clases enteras, sin tener en cuenta el comportamiento individual de uno o de otro.

No ayuda para nada el haberse adherido a la política coexistencialista o de haber participado a alguna formación del Frente Popular.

¡Todos seréis asesinados!

No podréis escapar de la venganza del comunismo huyendo de responsabilidades públicas y dedicándoos exclusivamente a asuntos particulares.

¡Todos seréis asesinados!

No podréis invocar vuestro pasado inmaculado: de que no habéis pertenecido a partido alguno y que no habéis desarrollado política alguna. Basta con haber sido un buen ciudadano, que ha cumplido constantemente con el deber hacia su país, para figurar en la lista de los condenados a desaparecer.

Ni vuestra calidad de intelectuales de élite será respetada por los comunistas, ya que no existe más que la alternativa o perecer en la prisión o perecer espiritualmente, al ser obligado por el régimen a escribir cosas en contra de vuestras convicciones.

¡Todos seréis asesinados!

Los funcionarios del Estado, su aparato militar, administrativo, judicial y policíaco está destinado en lugar preferente a sufrir el martirio. Sólo se salvarán unos pocos, es decir, aquellos que consientan convertirse en los instrumentos del régimen y participen en la matanza de sus camaradas y colegas.

¡Todos seréis asesinados!

Los comerciantes, los industriales y todos los hombres de negocios, poseedores del más pequeño capital, serán progresivamente desposeídos de sus bienes y echados a la calle, para finalizar su vida como vagabundos o mendigos.

¡Todos seréis asesinados!

¡Obreros, los que os imagináis que la victoria del comunismo en vuestro país traerá consigo el paraíso en la tierra, maldeciréis incluso la hora de vuestro nacimiento después de conocer a aquél con su verdadera cara! ¡No os matará, pero vais a vivir mal, sufriréis tantas privaciones y seréis sometidos a trabajos tan duros que la muerte os parecerá más deseable que la vida!

Del estado de hombres libres os convertiréis en esclavos del régimen, obligados a trabajar allí donde los nuevos dueños os manden y en las condiciones más duras por ellos prescritas.

No seréis asesinados, pero moriréis a plazos, trozo por trozo, física y espiritualmente.

No obstante, el mayor odio de los comunistas está reser-

vado para los campesinos. Como la clase campesina representa en cada nación su elemento básico, el que asegura su continuidad histórica, «eo ipso» se convierte en el blanco de los más despiadados golpes. Por su masa impresionante, millones de personas, la clase campesina no puede ser sacada de su tierra y transformada en proletariado agrícola más que por los más duros medios.

¡Todos seréis asesinados!

Nadie se podrá salvar. De la imponente nación de antaño no quedará más que un montón de ruinas. Los supervivientes constituirán una masa de gentes atemorizada por los sufrimientos pasados, que no se atreverá a levantar sus ojos hacia los nuevos amos.

La situación actual de las naciones occidentales se asemeja a la de un hombre minado por una grave enfermedad, para el cual no existe otra salvación que el quirófano. Las naciones occidentales no se pueden salvar mediante otros medios, ni haciendo la política del avestruz ni coexistiendo con el monstruo. El comunismo es una enfermedad social que se extiende como el cáncer y hasta el final invadirá el organismo nacional entero. La salvación ya no es posible, a no ser extirpando el mal de raíz.

La operación a la que deben someterse las naciones libres es aquella de ¡enfrentarse con el comunismo!

Para no ser asesinados hace falta, como afirma Bullitt, que el asesino potencial sea eliminado.

23. *Algunas normas de acción*

En las líneas que siguen intentaremos sintetizar las ideas desarrolladas hasta ahora mediante algunas «normas de acción»:

1) Nadie puede salvarse del comunismo por otros medios que enfrentándose heroicamente con él.

2) Cada individuo es responsable no sólo de su suerte y la de su familia, sino de la suerte del pueblo al que pertenece y de la Iglesia cristiana. En este momento, decisivo para el destino de nuestra civilización, nadie puede desertar del deber, refugiándose en el campo de los intereses estrictamente personales.

3) Para vencer al comunismo es preciso, en primer lugar, conocernos a nosotros mismos en relación con el concepto de vida del enemigo: ¿qué somos, qué estructura poseemos y qué valores representamos?

4) Por el camino de la exploración interior descubriremos el filón cristiano en lo hondo de nuestra conciencia. Este descubrimiento es de capital importancia para la lucha en la que estamos espeñados. Sólo el hombre cristiano dispone de las energías necesarias para medirse con el comunismo y derrotarle.

5) Una vez que hemos apartado nuestra personalidad cristiana del caos moral y espiritual del mundo moderno tenemos que identificar el frente de batalla. Este frente no está representado por una línea visible, sino que serpentea y se dobla en millares y millares de formas, mezclándose con nuestra existencia entera. No existe actividad humana que no se halle bajo el alcance de las armas del enemigo.

6) Para tener una visión clara del campo de batalla tenemos que eliminar de nuestra conciencia todas las falsas imágenes acerca del comunismo. No debemos dejarnos engañar por la propaganda del enemigo, creyendo que el comunismo puede derrumbarse desde su interior o mediante una lucha fratricida o que el tiempo atenuará su brutalidad característica. No hay sustituto para la victoria.

7) No hay que confiar exclusivamente en la intervención divina si nosotros no hacemos nada para que la merezcamos. De hecho, nosotros repudiamos la ayuda divina mediante nuestra actitud insensible ante los sufrimientos de los mártires, o mediante nuestra actitud benevolente frente al comunismo

ateo. El hombre no es un parásito de Dios, como dice Alexandru Cantacuzino, sino su colaborador. Dios no puede sustituir al hombre en la lucha contra las fuerzas del mal, ya que el hombre es un ser libre. Dios ayuda al hombre sólo en la medida en la cual éste se muestra digno de su ayuda, defendiendo el orden divino de la sociedad.

8) Tenemos que cuidar en esta lucha de no ser víctimas de los falsos anticomunistas o de los aficionados políticos. Los primeros están encargados por los comunistas para captar a las corrientes anticomunistas e impedirlas a llegar a la madurez; el gremio de los aficionados es integrado por personas carentes de hombría y coraje. Después de agitar durante cierto tiempo problemas comunistas, unos y otros se retiran a un lado, dejando desorientados y desilusionados a los que les han seguido.

9) En la lucha contra el comunismo tenemos que empeñarnos con todo lo que poseemos, con todos los recursos de nuestra personalidad y con toda nuestra capacidad de sacrificio. En este camino no existe regreso, más que la victoria o la derrota. Hay que cortar todos los puentes detrás de nosotros para poder mirar con tranquilidad y confianza sólo el futuro.

10) No debemos dedicarnos sólo a hacer planes, enunciar teorías y crear organizaciones sobre el papel. Tenemos que descender a las trincheras, a los lugares donde ataca el comunismo, y allí, combatirle con los medios correspondientes a cada situación. A la multitud de acciones emprendidas por el comunismo contra la seguridad de los Estados nacionales hay que responder con una gama igual de variada, de contra-acciones encaminadas a paralizar su iniciativa.

11) Tenemos que evitar la dispersión de fuerzas, empeñándonos en problemas secundarios, como serían los problemas sociales, económicos, regionales, confesionales, raciales, perdiendo de vista el objetivo principal. La solución de estos problemas no resuelve nada si el problema principal, el comunismo, no es resuelto.

12) La materia es secundaria en esta lucha. No debemos creer que para vencer al comunismo hace falta dinero, dinero y más dinero. Hace falta espíritu, espíritu y más espíritu. Una vez despierten del letargo las fuerzas vivas del alma vendrá también el dinero. Cada combatiente anticomunista se sentirá obligado a contribuir con todo lo que pueda para sostener la lucha. En cuanto aumente el número de los luchadores, en tanto incrementarán las posibilidades financieras de la organización. Ante la gigantesca ofensiva materialista de la conspiración comunista tenemos que contestar con el sacrificio diario, reduciendo, si es menester, el mínimo vital de nuestra existencia.

13) Siendo el comunismo un peligro mundial, tenemos que ensanchar el horizonte político hasta abarcar toda la extensión del conflicto. Sólo mediante una colaboración leal y una coordinación de los esfuerzos entre todas las fuerzas nacionales y cristianas se puede parar la avalancha comunista, pasando de una actividad defensiva a una actitud ofensiva.

24. *En pie*

Lo que nos estremece a nosotros los de detrás del telón de acero y nos crea graves preocupaciones, referentes al porvenir del mundo libre, es la falta de reacción de éste ante la inminencia del peligro. El mundo sigue su vida normal, olvidando que ¡«Hannibal ad portas»!, y tendría que vivir en un completo estado de alerta. Ocurren fenómenos semejantes con los que hemos comprobado nosotros mismos en Rumania, antes del derrumbamiento y del luto general acaecido en la nación. Hay un bloqueo de los reflejos vitales de defensa, una anestesia en la sensibilidad política, una falta elemental de visión y de previsión, ya que hacer política y asegurar el porvenir de una nación no significa tanto ver, sino sobre todo prever.

El día de mañana es más importante en la política que el día de hoy.

¿Qué tiene que ocurrir para que el mundo salga de esta apatía? ¿Ver desfilando a las divisiones soviéticas por las capitales europeas? ¿Asistir a los robos, a las violaciones, asesinatos y a la profanación de las iglesias? ¿Ver a los hombres sacados de sus hogares a millares y trasladados a los lugares de ejecución o deportados?

En las prisiones de Rumania han sido millares y millares de hombres de los antiguos partidos políticos, los mismos que anteriormente nos han perseguido. Cuando les ha llegado su calvario, con melancolía, pero demasiado tarde, reconocieron que nosotros habíamos tenido razón, y no ellos, quienes decían entonces que «el diablo no es tan negro» y que en «el vino comunista del comienzo se ha vertido mucha agua».

Hay una huida general de la responsabilidad en el Occidente. El individuo aislado deja la responsabilidad de combatir el comunismo al Gobierno; los Gobiernos dejan la responsabilidad a Europa; Europa la deja a Norteamérica, y Norteamérica al resto del mundo, o a los débiles estamentos defensivos: OTAN, SEATO y otros. De este modo se crea un círculo vicioso y nadie asume la responsabilidad de salvar al mundo de la calamidad bolchevique. No podemos imaginarnos que esta increíble situación hubiera ocurrido durante la invasión de los hunos, de los árabes o de los turcos, pues hoy día no existiría Europa ni la civilización cristiana.

¿De dónde procede este abandono general en el campo de la defensa nacional e internacional? A causa del abandono de nuestra personalidad cristiana, del abandono de nuestro auténtico sentido de la vida. El ser humano no ha sido creado para producir y consumir, como se asegura en la actualidad, sino para crear a su turno. Crear una cultura, crear una patria y crear permanentemente la Iglesia. Pero crear significa servir a un orden más alto de valores y sacrificarse permanentemente para estos valores. La vida material es sólo el soporte

físico de la existencia para que el individuo se pueda lanzar hacia campos superiores de realización; es una necesidad, pero no constituye lo esencial de la vida. En el mundo existen millares de verdades; la silla sobre la que nos sentamos igualmente es una verdad. Pero entre los millares de verdades existe un orden, una jerarquía. Al frente de todas las verdades, en la cima de la pirámide, brilla la Palabra Divina. Sigue la Patria, el Estado, la cultura y todo lo demás, en planos más inferiores. Si nos proclamamos sociedad de consumo, derribamos toda la jerarquía y perecemos. No nos defendemos del comunismo porque no nos interesan los valores que éste ataca. También el imperio romano se hundió, a pesar de que era fuerte e inmenso, cuando se proclamó sociedad de consumo.

Según existen inversiones materiales en diferentes campos de utilidad, del mismo modo hay inversiones de sacrificios. Sin los sacrificios del pueblo español durante la Cruzada de Liberación, ¿qué hubiera pasado? Los españoles no hubieran gozado de los treinta años de paz y de prosperidad como ahora. Por eso vamos a comparar el ejemplo español con lo que pasó en Rumania el 23 de agosto de 1944. Si los gobernantes de aquel entonces, en vez de perder la cabeza y en vez de abrir las fronteras del país a la invasión soviética hubieran resistido algunos meses más con las armas en la mano, Rumania hubiera obtenido otro Estatuto, incluso por parte de los soviets, semejante al de Finlandia. Hubiéramos perdido 200.000 soldados más en el frente, pero hubiéramos salvado dos millones de rumanos, cifra a la que llega el total de las víctimas desde la implantación del régimen comunista en Rumania, y la libertad de la nación.

¿Qué hay que hacer? Nadie debe echar la responsabilidad de la defensa de Europa sobre otros ni sobre los Estados o sobre los Gobiernos. Cada uno es responsable ante Dios. El día del juicio, los que sufrirán en primer lugar la justificada ira del Redentor serán los «calentitos», los que se han sustraído a las responsabilidades, los que han mirado con indife-

rencia el curso de los acontecimientos en esta era apocalíptica, atendiendo sólo sus negocios particulares. Ante lo que pasa hoy día en el mundo, ante la tremenda amenaza de implantación de la dominación de la bestia sobre todo el globo terráqueo, no hay justificación alguna por esta indiferencia. Los jóvenes y los viejos, los ricos y los pobres, hombres y mujeres, sanos y enfermos, todos deben salir a enfrentarse con el enemigo. Todos deben tener la mirada fijada hacia el campo de batalla y hacer algo, incluso desde el lecho del sufrimiento; rezar siquiera una oración para la victoria de las armas cristianas. El problema capital del mundo actual es el de sobrevivir. »

Me atrevería a afirmar que todos los demás problemas con los que se enfrentan los Gobiernos del mundo son secundarios ante el peligro que nos amenaza desde el Este.

Mas no basta salir y enfrentarnos con el enemigo, sino que hay que entablar la batalla aprovechando las inmensas fuerzas que pone a nuestra disposición nuestra personalidad cristiana. Nuestra inteligencia se agudiza, nuestra voluntad se fortalece y nos llena el alma de una confianza ilimitada en la victoria cuando nos colocamos bajo la protección de Dios. No es suficiente rezar a Dios para nuestra salvación y luego retirarnos dentro de nuestras antiguas comodidades. ¡Oh! No. No debemos olvidar que el hombre es un ser libre, y teniendo esta característica, Dios no puede sustituirle en su propia decisión. Dios quiere que el hombre ejercite, en consonancia con su yo creador, la libertad de que dispone. Dios quiere que el hombre se convierta en su colaborador en la lucha que se libra actualmente en el mundo contra el estamento fundado por nuestro Redentor. El no ayuda más que a aquellos a quienes se ayudan a sí mismos, a aquellos a quienes defienden la bandera de Cristo, y no a aquellos que desertan de esta bandera.

Ante la inmensidad del peligro y ante nuestras aparentes escasas fuerzas recordémonos de las palabras de Cristo: «Osad, yo he vencido el mundo.»

INDICE

Páginas

I. ¿QUE ES EL COMUNISMO? 7

1. El comunismo no es una doctrina 11
2. El comunismo no es un sistema económico y social. 12
3. El comunismo no es una revolución... 16
4. El comunismo no es un partido... 19
5. El comunismo no es un Estado... 23
6. El comunismo es una conspiración 26
7. Las estructuras paralelas... 28

II. CRISTIANISMO Y COMUNISMO... 33

1. La persona humana 36
2. Cristo y la persona humana 42
3. La fuerza destructiva del comunismo 49

III. EL COMUNISMO EN ACCION Y LOS MEDIOS DE DEFENSA 61

1. Dialéctica de la acción 62
2. La conspiración trabaja a escala mundial 64
3. El cultivo de las contradicciones... 67
4. La trampa de las informaciones... 69
5. Los peligros del diálogo 72
6. Sobre la inteligencia de los comunistas... 74
7. Los iconoclastas modernos 78
8. «Le fascisme ne passera pas» 83
9. ¿Se puede derrumbar el comunismo desde el interior? 87

Páginas

10. El policentrismo comunista 92
11. La teoría de la convergencia... 96
12. El humanismo comunista... 101
13. El arte de lo posible 107
14. Realismo político y realidad política 112
15. Conflicto de generaciones... 115
16. Sociedad de consumo... 120
17. Europa unida y el comunismo 124
18. Criminales de paz... 129
19. Dos pasos adelante, uno atrás 134
20. El plan de Lenin 136
21. El centro de gravedad de la batalla... 138
22. ¡Todos seréis asesinados!.. 141
23. Algunas normas de acción 145
24. ¡En pie!.. 148

COLECCION: TEMAS POLITICOS CONTEMPORANEOS